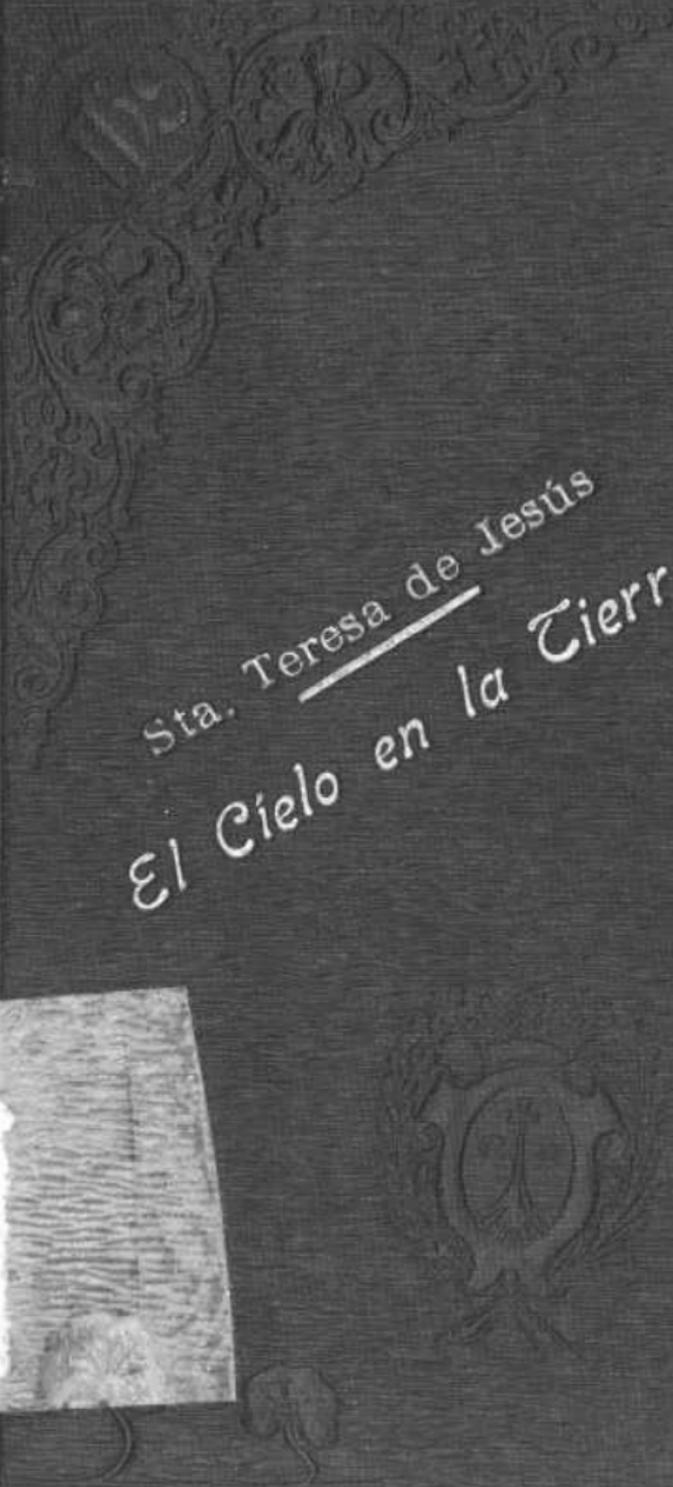


1

Sta. Teresa de Jesús
El Cielo en la Tierra



1

32
6971





EL CIELO EN LA TIERRA

SEGÚN

SANTA TERESA DE JESÚS

NO SE PRESTA

1903 FEB 23

Gloria, Honor, Alabanza

EL CIELO EN LA TIERRA

al Padre.



al Rey.



al Esposo.



al Pastor.



LETRILLA

Nada te turbe,
 Nada te espante,
 Todo se pasa,
 Dios no se muda,
 La paciencia
 Todo lo alcanza.
 Quien a Dios tiene
 Nada le falta,
 Solo Dios basta.

SANTA TERESA DE JESUS

Los del cielo y los de la tierra

seamos una misma cosa: los del cielo gozando, los de la tierra pudiendo; los del cielo adorando la Esencia divina y los de la tierra el Santísimo Sacramento.

SANTA TERESA DE JESUS.



al Redentor.

al Médico

y al Juez

de las almas, Jesús Sacramentado.

R. 3289

El Cielo en la Tierra

SEGÚN

SANTA TERESA DE JESÚS

POR

FR. SIMEÓN DE LOS SS. CC.

CARMELITA DESCALZO

Los del cielo y los de la tierra seamos una misma cosa; los del cielo viendo la esencia divina, y los de la tierra adorando el Santísimo Sacramento.

SANTA TERESA DE JESÚS



DEPOSITARIO
DE ESTA OBRA

VALENCIA — 1913

Establecimiento Tipográfico «La Gutenberg»

Calle de Salvador Giner, 10

LUIS GILI

PARIS - 82

BARCELONA

El Cielo en la Tierra

SANTA TERESA DE JESUS

ES PROPIEDAD

Los derechos y los deberes
que se refieren a los bienes
del alma y los de la tierra
son de distinta naturaleza
y se rigen por leyes
distintas.



VARANOA - 1914
Establecimiento litográfico de Varanoa
Calle de Salvador Allende, 10 - 11

VARANOA

PRÓLOGO

El cielo en la tierra. He ahí, amado lector, una frase que, por lo peregrina, tiene mucho de poética; por lo poética, mucho de dulce, y por lo dulce, es agradable y estimada de todos. Todos buscamos el cielo en la tierra, porque todos somos movidos con un mismo impulso hacia la felicidad, que es el cielo en la tierra, porque el cielo, según el sentido más obvio teológico y aun popular, no es más que el conjunto de todos los goces y venturas y destierro de toda pena y malestar.

El cielo en la tierra busca n lo mismo el epicuro que se ciega con los goces de la naturaleza, que el estoico que no halla más sabiduría y felicidad que en la virtud; lo mismo el sabio que vive de las contemplaciones científicas, que el labriego que se complace en ver crecer las plantas y madurar sus dorados frutos; lo mismo el poeta que con su corazón tierno y sensible y henchido de amores entona sus trovas al Dios que prodiga bellezas y encantos, que el ateo frío e insensible a quien sustenta una tierra vestida de flores y frutos, y cobija un cielo

cuajado de soles y estrellas, que semejan perlas, diamantes, topacios y zafiros. Sí, el cielo en la tierra, es la felicidad y la divinidad a la que, sin distinción de cultos ni religión, se le rinde por doquier culto, incienso y honor.

La vida es patrimonio de todos los hombres, pero la vida feliz, la felicidad es una flor que crece lozana en la excelsitud y solamente quien percibe sus perfumes es glorioso y feliz. Que el hombre ansía la felicidad, es un hecho tan cierto y una verdad tan evidente, que pasó a la categoría de los principios indemostrables; pues eliminar el dolor y multiplicar el placer ha sido siempre la gran ley que ha regido a todos los pueblos y a la humanidad entera, en todos los tiempos y en todas las edades; porque la vida sola no satisface, pero la vida feliz, llena el vacío que siente el corazón con la vida sola.

Mil millones de hombres suman mil millones de vo'untades diferentes, distintas, y, hasta en mil cosas, opuestas en sangrienta lucha; pero a mil millones de hombres, a mil millones de voluntades, a la humanidad entera, desde Adán hasta el último descendiente suyo que morirá en aquella catástrofe universal, cuando se concluyan los tiempos, a todos oigo que, con voz sonora y con un mismo acorde, piden ser felices, piden el cielo en la tierra. Este hermoso libro, piadoso lector, te va a conducir al mismo trono en donde descansa el cielo y la felicidad.

Mucho se ha escrito sobre esta materia,

pero ella resulta siempre nueva, porque la fuente de donde dimana no envejece jamás. Y así como la fuente no fatiga las gargantas que refrigera ni los campos que fertiliza, así también la Eucaristía, que es manantial dulce, que siempre refrigera y fertiliza, a pesar de las diferentes direcciones por donde encaminan sus aguas los diversos devocionarios que preparan al alma para recibir este Sacramento, ella aparece siempre con aquella hermosura encantadora que forman las distintas flores que brotan de un prado fértil y alegre. Dios nuestro Señor se acomodó también a las maneras y modos de exponer en las escrituras santas, por boca de sus diversos profetas, aun para profetizar y exponer una misma cosa, según lo expresa San Pablo cuando dice: *De muchas maneras y de muchos modos ha hablado Dios en otro tiempo a los Padres por los Profetas.*

Según, pues, esas maneras y esos diversos modos de hablar de las cosas santas de Dios, este hermoso libro viene a llenar un vacío en los gustos místicos y literarios, y es un libro nuevo que su autor, con mano hábil y gusto artístico, y no menos delicado sentido literario y místico, ha ido engarzando y encadenando dulce, delicada y armoniosamente todas aquellas hermosas perlas, aquellos dichos y sentencias desprendidas de aquella pluma eucarística de la escritora más célebre de nuestro siglo de oro; de la autora de las Moradas, del Camino de Perfección y de las Exclamaciones, del orgullo de nuestra patria y milagro de su sexo, de

la Reformadora del Carmelo, la dulce y sin par Teresa de Jesús. Nadie mejor que Teresa de Jesús sintió inflamarse su corazón en los amores divinos, y por eso nadie mejor que ella supo amar tan finamente la Eucaristía, llenándosele la boca de sangre divina en el momento de tener la Hostia Santa en su boca; y por eso nadie mejor que ella pudo decir tantas lindezas del Dios Sacramentado. Teresa de Jesús que, en su célebre reforma, lo primero que disponía en sus casas era un lugar para colocar el Santísimo Sacramento, siendo algunas veces tan pobre este lugar provisional, que la hacía velar toda la noche a la intemperie, por si acaso se dormían los que ella mandaba cuidar del Santísimo; ella podía, mejor que nadie, escribir tales cosas sobre este Sacramento, que ha merecido que el XXIII Congreso Eucarístico (que en el presente año se ha celebrado con tanto esplendor en la capital del imperio austriaco), la haya declarado la Santa de la Eucaristía, proponiéndose por unanimidad de los congresistas que se haga una edición popular de sus obras para fomentar los escritos de la Santa eucarística española.

Por eso, lector amado, en este libro hallarás reunidas, mejor que en ningún otro, todas aquellas bellezas y dulzuras que la regalada y enamorada Teresa de Jesús esparció por todas sus obras, cual divina Sembradora que va dejando caer los granos y semillas de los amores eucarísticos por todos los campos por donde su celestial pluma pasó. Y un hijo suyo amante, en horas de

duro combate y de amarga vida, aun dentro de las delicias del claustro, levantando sus ojos al cielo, de donde viene todo auxilio, dulzura y tranquilidad, salió, cual otra Rut, a recoger las espigas y los granos eucarísticos de los campos de su Madre Teresa de Jesús, y hoy te presenta en este libro un rico granero de pensamientos eucarísticos, cogidos todos ellos de los campos teresianos.

Y no se diga que esta labor no es meritoria ni tiene originalidad, porque mérito tiene, y grande, el labrador que, con su hoz en la mano y bajo los rigores del sol abrasador, nos siega las espigas del trigo que producen los campos para dejarnos con ellas un alimento univeral, y como originalidad y donaire tiene el florista y jardinero, que, en medio de su jardín, en las hermosas y frescas mañanas de Mayo, va cortando las flores, los capullos, las camelias, los lirios, los claveles, jazmines y azahares, para formar un vistoso y elegante ramo, y ofrecerlo a la Virgen de todas las bellezas, encantos, poesías y amores.

Una vez más se demuestra en las páginas de este hermoso devocionario eucarístico, cómo el Carmelo de Teresa será siempre el lugar en donde la Eucaristía ha tenido y tendrá los amantes más finos, naciendo de su vida exuberante escritores eucarísticos y adoradores de ese Sacramento, que los ha enviado a todos los sagrarios de la tierra, para que formen un hermoso escuadrón nocturno de Jesús Sacramentado. Jesús en el sagrario es el cielo en la tierra.

Cómo puede formarse ese sagrado y dulce himeneo entre dos cosas tan distintas y tan encontradas, como son el cielo y la tierra; la tierra que es dolor, que es destierro y amargura, y el cielo que es placer, que es patria y dulzura; te lo dirá, amado lector, este hermoso libro que tienes en tus manos.

Fr. Ricardo del Sgdo. Corazón de Jesús.

Carmelita Descalzo.

Valencia 8 de Noviembre de 1912.

El autor de esta obra

Uno de los motivos porque más aprecio y estima se tiene a un libro, es la dignidad y competencia de la persona que lo ha escrito. Por el título que encabeza a éste, si libro se puede llamar a un reducido número de cuartillas, podrás comprender, lector benévolo, que no te lo puedo ofrecer como mío. Su autor, si te dijera que es mi seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, aun entonces no resultaría cierta mi afirmación, y la Maestra de la humildad, como la llama uno de sus confesores, me saldría al paso para corregir mi expresión y protestar que ella tampoco lo es; pues en todos sus escritos no ha hecho más que escribir lo que le dictaba su Maestro celestial.

Su Majestad, me diría, fué siempre mi Maestro, sea por todo bendito, que harta confusión es para mí poder decir esto con verdad.* Muchas de las cosas que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me

* Vid. cap. XII, n. 4.

las decía este mi Maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí, o me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner o quitar una sola sílaba que sea.*

Bien creo que he de saber decir poco más de lo que he dicho de otras cosas que me han mandado escribir, porque así como los pájaros que les enseñan, no saben más de lo que les muestran y oyen, y esto repiten muchas veces, así soy yo al pie de la letra. Su Majestad ha sido el libro verdadero a donde he visto las verdades. Bendito sea tal libro que deja imprimido lo que se ha de leer, y hacer de manera que no se puede olvidar.**

Según estas declaraciones que hace esta celestial Doctora, el autor principal de todo lo que en este libro le atribuyo, tampoco es ella, sino su celestial Maestro que, según nos dice la misma Santa en varios lugares de sus obras, en los momentos después de comulgar le dictaba lo que había de escribir. Y de la dignidad y competencia de este Maestro celestial a nadie le cabe dudar.

Si en algo adolece la obra, es, sin duda, por mi falta de habilidad, por no haber sabido, a semejanza de la industriosa abeja, escoger lo más sabroso y mejor para labrar este místico panal donde el alma encuentre las dulzuras de Jesús Sacramen-

* Vid. cap. XXXIX, n. 6.

** Vid. cap. XXVI, n. 5.

tado. Pero si, bien contra mi voluntad, ha sucedido así, que por falta de habilidad y conocimiento no he sabido llenar tu deseo, cábeme aún la satisfacción de haber indicado el camino para que otro, más hábil y entendido, pueda hacer otra más escogida compilación, que no dudo que encontrará abundantes materiales en los místicos arsenales de las inspiradas obras de la Santa de Avila.

Dejando, pues, el campo abierto para otro, sólo lo que a continuación sigue, es lo que he sabido escoger, que, aunque precioso y sublime por ser de quien es, tal vez no llene por la forma que le ha dado mi cortedad, y por lo mismo mi trabajo, por lo pobre e insignificante, no merece los honores del ofrecimiento ni de la presentación.

Fr. Simcón.

Parte primera

I

EL CIELO EN LA TIERRA

He aquí que el reino
de Dios está dentro de
vosotros mismos.

Luc. cap. XVII, v. 21

POR cielo hemos de entender el lugar donde las almas santas, después de haber salido de esta vida, viendo a Dios cara a cara y tal como es en sí, se gozan con la posesión de todos los bienes que el Señor les da, según sus propios méritos, sin que les moleste ningún mal. Pero esto no es posible mientras vivimos, según el Señor manifestó a Moyses, cuando éste le pidió ver su cara: *No*

*podrás ver mi cara, le dijo, porque no me puede ver ninguno de los mortales, mientras viva; pero he aquí que hay un lugar muy cerca de mí, donde acostumbro hablar contigo. Allí te mostraré de todos mis bienes, sólo aquella parte de que tú eres capaz, según el estado en que al presente te hallas, que es mi gloria; mas no podrás ver mi rostro cara a cara, sino que me verás de espaldas.**

Según esto, pues, no es posible, alma mía, que en esta vida puedas ver a tu Dios cara a cara y tal como es en sí, sino como en un espejo, como dice el Apóstol; y no con la misma claridad que se ven las imágenes en el espejo, sino envuelto con las sombras de la fe, y en la obscuridad del misterio; pero después de esta vida, quitadas ya las sombras de la fe, le verás clara y distintamente tal como es en sí, si mientras vives te haces merecedora de ello. Lo único que puedes conseguir en esta vida es

* Exod. cap. XXXIII.

participar de los mismos bienes que gozan los bienaventurados en el cielo, si bien de muy diferente manera: ellos en el cielo, viendo la esencia divina, y gozando de su bondad; y tú en ese lugar que el Señor mostró a Moyses, que Santa Teresa llama tu cielo en la tierra, y no es otra cosa que tu misma alma, donde el Señor te enseñará su gloria y, de todos los bienes que en ella hay, te dará a gustar aquella parte de que tú seas capaz, según la disposición que encuentre en tu corazón.

Por cielo en la tierra, pues, entiende Santa Teresa de Jesús el centro de tu misma alma, donde puedes ver a Dios, hablar con El y, en cuanto cabe en esta vida, gozar de los mismos bienes que gozan los bienaventurados en el cielo, aunque de muy diferente manera; porque ellos en el cielo gozan de Dios, viéndole cara a cara, y tú le has de gozar en el cielo de tu alma, por medio de la fe, gozándote con Jesús Sacramentado, que hará de tu alma un cielo. «Porque
» así como el Señor tiene una morada en el cielo, te dice Santa Te-

»resa, debe tener en tu alma una es-
»tancia, a donde sólo su Majestad
»mora, y digamos otro cielo; porque
»te importa mucho, hermana, que no
»entiendas es el alma alguna cosa
»escura, que como no la vemos, lo
»más ordinario debe parecer que no
»hay otra luz interior, sino esta que
»vemos, y que está dentro de nues-
»tra alma alguna escuridad. De la
»que no está en gracia, yo te lo con-
»fieso, y no por falta del Sol de jus-
»ticia que está en ella, dándole ser,
»sino por no ser ella capaz, para re-
»cibir la luz».*

En este cielo es donde habla Dios al alma, le comunica sus secretos y, descubriéndole la grandeza de su bondad, la hace gozar de los mismos bienes que gozan los bienaventurados en el cielo, por medio de sus comunicaciones interiores, y haciendo que el alma sea una misma cosa con El en amor y caridad, si la encuentra dispuesta. «Cuando, estando el alma
»en esta disposición, dice la Santa,

* Mor. Sept. cap. I. n. 4.

»el Señor tiene a bien de mostrarle
»algunos secretos, como cosas del
»cielo, de tal manera queda impri-
»mido en la memoria, que nunca ja-
»más se olvida; mas cuando son vi-
»siones intelectuales, no las sabe
»decir, porque debe haber algunas
»en estos tiempos tan subidas, que
»no las conviene entender los que
»viven en la tierra para poderlas de-
»cir. ¡Ho hijas! es tan grande el pro-
»vecho que traen al alma, que no se
»puede encarecer; porque, aunque
»no las saben decir, en lo muy inte-
»rior del alma quedan bien escritas,
»y jamás se olvidan».*

Pero, aunque el alma no entienda
ni sepa decir las cosas que Dios, para
regalarla, obra en su cielo, no por
eso se debe afligir, porque el Señor
la irá preparando poco a poco; pues,
como dice la Santa, «a los que ve
»que se han de aprovechar, El se les
»descubre, que, aunque no le vean
»con los ojos corporales, muchos
»modos tiene de mostrarse al alma,

* Mor. Sext. cap. IV. n. 4. y 5.

» por grandes sentimientos interiores
» y por diferentes vías».*

«Tampoco Moyses supo decir todo
» lo que vió en la zarza, sino lo que
» quiso Dios que dijese; mas si no
» mostrara Dios a su alma secretos
» con certidumbre, para que viese y
» creyese que era Dios, no se pusiera
» en tantos y tan grandes trabajos;
» mas debía entender tan grandes co-
» sas dentro de los espinos de aquella
» zarza, que le dieron ánimo para ha-
» cer lo que hizo por el pueblo de
» Israel. Así que, hermanas, a las
» cosas ocultas de Dios no hemos de
» buscar razones para entenderlas,
» sino que, como creemos que es po-
» deroso, está claro que hemos de
» ceer que un gusano de tan limitado
» poder como nosotros, que no ha de
» entender sus grandezas. Alabémos-
» le mucho, porque es servido que
» entendamos algunas.»**

* Cam. cap. XXXIV. n. 7.

** Mor. Sext. cap. IV. n. 5.

II

IMPORTANCIA DE ESTA VERDAD

¿No te he dicho que, si me creyeres, verás la gloria de Dios?

S. Juan cap. XI. v. 40.

DE la mayor o menor importancia que el alma dé a esta verdad, depende su mayor o menor aprovechamiento espiritual. El Apóstol nos dijo que, a todo el que se ha de acercar a Dios, le es necesario creer; y al alma, que verdaderamente busca a Dios, si lo quiere encontrar, le es indispensable creer que en ninguna otra parte le ha de encontrar, sino es en sí misma; porque, según el Señor dijo a sus Apóstoles, si alguno le ama, será amado por El y, viniendo a su alma, hará en ella su morada. «Piensas, te dice Santa Teresa, que importa poco saber qué cosa es cielo, y a donde se ha de ir a bus-

»car a Dios? Pues yo te digo que,
»para entendimientos derramados,
»importa mucho, no sólo creer esto,
»sino procurarlo entender por expe-
»riencia, porque es una de las cosas
»que ata mucho el entendimiento, y
»hace recoger el alma. Mucho im-
»porta, para un alma derramada, en-
»tender esta verdad, y ver que no ha
»menester, para hablar con su Padre
»Eterno, ir al cielo, ni para regalarse
»con El, ni ha menester hablar a vo-
»ces? Por paso que hable, está tan
»cerca, que la oirá, ni ha menester
»alas para ir a buscarle, sino ponerse
»en soledad y mirarle dentro de sí,
»ni extrañarse de tan buen Huésped.

»Ya sabes que Dios está en todas
»partes, pues claro está que a donde
»está el Rey, está la Corte; en fin,
»que a donde está Dios es el cielo.
»Sin duda lo puedes creer, que a
»donde está su Majestad, está toda
»la gloria; pues mira que dice San
»Agustín que le buscaba en muchas
»partes, y que le vino a hallar den-
»tro de sí mismo.»*

* Cam. cap. XXVIII. n. 1.

Los bienaventurados en el cielo no podrían ver a Dios, ni contemplarle cara a cara tal como es en sí, si su Majestad no fortaleciera su inteligencia con esa fuerza sobrenatural, con ese auxilio especial, que los Teólogos llaman «Lumbre de la gloria», porque la grandeza de la esencia divina supera en gran manera a la pequeñez de la inteligencia de los bienaventurados; pero con esta Lumbre de la gloria se fortalece de tal manera la inteligencia de los bienaventurados, que pueden ver y contemplar a Dios cara a cara, según nos lo asegura el real Profeta cuando dice: *Por medio de la lumbre de tu gloria veremos la lumbre de tu cara y esencia, que es toda luminosa, como que habitas en una luz inaccesible.**

Pero eso mismo que hace la *Lumbre de la gloria* en los bienaventurados en el cielo, lo hace la fe en nuestra alma; porque tan cierto es lo que ella nos propone, como lo que ven los bienaventurados en el cielo,

* Psalm. XXXV.

La fe nos dice que somos templos vivos del mismo Dios que los bienaventurados ven y contemplan en el cielo; y si ellos, a más de verle y contemplarle, le aman y le gozan, nosotros, en nuestra alma, también le podemos amar y gozar. Más todavía, si los bienaventurados en el cielo están íntimamente unidos a Dios con el entendimiento, mediante la *Lumbre de la gloria*, y con la voluntad, mediante el amor frutivo, nosotros, en el cielo de nuestra alma, podemos también unirnos íntimamente a Dios, con el entendimiento, mediante la fe, y con la voluntad, mediante ese mismo amor frutivo de la caridad.

«Ansi acá, nos dice la Santa, estando
»el alma tan hecha una cosa con
»Dios, metida en este aposento del
»cielo Empireo que debemos tener
»en lo interior de nuestras almas,
»porque claro está, que pues Dios
»está en ellas; y aunque, cuando está
»ansí el alma, no debe siempre el
»Señor querer que vea estos secre-
»tos, porque está tan embebida en
»gozarle que le basta tan gran bien,
»algunas veces gusta que se desem-

»beba y de presto vea lo que está
»en aquel aposento, y así queda
»después con aquél representársele
»las grandezas que vió; mas no pue-
»de decir ninguna, ni llega su natu-
»ral a más de lo que sobrenatural-
»mente ha querido Dios que vea.*

»Bendita sea tanta misericordia, y
»con razón serán malditos los que no
»quisieren aprovecharse della, y per-
»dieren a este Señor. ¡Ho herma-
»nas mías, que no es nada lo que de-
»jamos, ni es nada cuanto hacemos,
»ni cuanto pudiéramos hacer por un
»Dios, que así se quiere comunicar
»a un gusano. Y si tenemos espe-
»ranza de, aun en esta vida, gozar
»deste bien, ¿qué hacemos? ¿En qué
»nos detenemos? ¿Qué es bastante
»para que un momento dejemos de
»buscar a este Señor, como lo hacía
»la Esposa por barrios y plazas.»**

Y más nos dice la celestial Maestra, «que si entendiésemos, como
»debemos entender, que en el cielo
»tan pequeño de nuestra alma cabe

* Mor. Sext. cap. IV. n. 6.

** Mor. Sext. cap. IV. n. 8.

»un Dios tan grande, no le dejaría-
»mos tantas veces solo, algunas nos
»estuviéramos con El, y más procu-
»ráramos que no estuviera tan sucio.
»¡Mas qué cosa de tanta admiración,
»que quien hinchiera mil mundos con
»su grandeza, se encierre en cosa
»tan pequeña!*

»Concluyo con que quien lo qui-
»siera adquirir, pues como digo está
»en nuestra mano, que no se canse
»de acostumbrarse a lo que queda
»dicho, que es enseñorearse poco a
»poco de sí mismo, no se perdiendo
»en valde, sino ganándose a sí para
»sí. Viene todo el daño de no enten-
»der con verdad que está Dios cerca
»de nosotros, sino lejos, y cuán lejos
»si le vamos a buscar al cielo. ¡Pues
»rostro es el vuestro, Señor, para no
»mirarle, estando tan cerca de nos-
»otros! Sólo esto es lo que quería
»dar a entender, pues es así, que
»tenemos el cielo dentro de nosotros,
»pues el Señor dél lo está. En fin,
»irnos acostumbrando a gustar de

* Cam. cap. XXVIII. n. 8.

»que no es menester dar voces para
»hablarle, porque su Majestad se
»dará a sentir como está allí. El Se-
»ñor lo enseñe a los que no lo sa-
»béis; y de mí os cònfieso que nunca
»lo supe, hasta que el Señor me en-
»señó este modo, y siempre he ha-
»llado tantos provechos desta cos-
»tumbre de recogimiento dentro de
»mí, que eso me ha hecho alargar
»tanto.»*

* Cam. cap. XXIX. n. 4.

III

DÓNDE HA DE BUSCAR EL ALMA
A DIOS

Bueno es el Señor
para los que esperan
en El; pero en especial
para los que le buscan.

Tren. cap. III, v. 25

PARA el alma, nos ha dicho la seráfica Doctora, es muy importante saber qué cosa es cielo, y a dónde ha de ir a buscar a Dios; pero más que saberlo, le importa procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que hace recoger el alma; y que si entendiera, como debe entender, que en sí misma, con ser tan pequeña, cabe un Dios tan grande, no le dejaría tantas veces solo; algunas veces se estaría con El y procuraría que no estuviera tan sucia. ¡Cosa admirable que una Ma-

jestad de tanta grandeza, como es Dios, quepa y se encierre en aposento tan pequeño, como es el alma!

San Bernardo nos da la razón de esto, cuando dice que Dios formó al alma humana capaz de contener en algún modo al infinito, porque nada que no sea El la podrá llenar. Puede recorrer el mundo, buscando placeres, amontonando riquezas y dando contento a todos sus deseos, como lo hizo Salomón, que sólo hallará en los bienes de la tierra sed, hambre, vanidad y aflicción de espíritu. Porque cualquier cosa que no sea Dios, aunque la posea con perfección, no causa en el alma otro efecto que apartarla de Dios; y en lugar de sosiego, sólo le causará inquietud, porque sólo en Dios halla el alma descanso y saciedad, pues, como dice la Santa, «Quien a Dios tiene, nada le falta, porque sólo Dios basta».

Por eso el alma ha de buscar a Dios, en quien descansará tranquila, y en ninguna parte lo encontrará, si no ès dentro de sí misma, como lo advierte la Santa en la siguiente poesía:

*Alma, buscarte has en Mí,
Y a Mí buscarme has en ti.*

De tal suerte pudo amor,
Alma, en Mí te retratar,
Que ningún sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada
Hermosa, bella, y así
En mis entrañas pintada,
Si te pierdes, mi amada
Alma, buscarte has en Mí.

Que Yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada,
Y tan al vivo sacada,
Que, si te ves, te holgarás,
Viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
Dónde me hallarás a Mí,
No andes de aquí para allí,
Sino, si hallarme quieres,
A Mí buscarme has en ti.

Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y así llamo en cualquier tiempo,
Si hallo en tu pensamiento
Estar la puerta cerrada.

Fuera de ti no haz buscarme
Porque, para hallarme a Mí,
Bastará sólo llamarme,
Que a ti iré sin tardarme,
Y a Mí buscarme has en ti.

Bien claro nos dice la Santa dónde hemos de buscar a Dios, y cómo,

para encontrarlo, lo hemos de buscar en el cielo de nuestra alma; y *para entrar en este cielo ya nos ha dicho que no necesitamos alas, ni hemos menester dar voces, para llamarle; que por paso que hable el alma, está tan cerca de Dios, que la oirá; no ha menester más que ponerse en soledad y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen Huésped.* Con seguridad, pues, que si le buscamos en nuestra alma, le encontraremos, y en Él nos encontraremos a nosotros mismos y todas las cosas que hemos menester para ser dichosos y felices, en cuanto cabe de dicha y felicidad en esta vida, porque teniendo a Dios, nada nos faltará.

Señor, decía San Agustín, aunque me dieras todas las cosas que has criado, de nada me servirían ni causarían saciedad en mi alma, si Tú, Dios mío, no te dabas a tu siervo. Porque de qué sirven todas las riquezas, todos los honores y todas las dignidades de la tierra, para dar consuelo y alegría al alma que ha llegado a sentir en sí la necesidad de

Dios, si Dios está ausente para ella y no le posee ni le goza? De nada, continúa el mismo Santo, porque cualquiera cosa que no sea Dios, no es dulce para el alma, y si cuanto quisiere concederme su divina largueza, quiere quitármelo, que me lo quite desde luego, con tal que me deje a sí mismo, porque sólo Dios basta, como decía la Santa.

Así suspiraba el corazón de estos Santos, mirando al cielo de su alma, para buscar allí a Dios, sin hallar descanso en nada de la tierra; y así deberíamos suspirar nosotros, buscando a Dios en ese cielo que tenemos en el centro de nuestra alma, hasta tanto poder exclamar con la Santa: «Ya mis holguras, a mi parecer, no son de este mundo, porque lo que quiero no lo tengo, y lo que tengo no lo quiero».*

* Cart. al P. Domingo Báñez.

IV

POR DONDE SE HA DE COMENZAR

El Señor que ha comenzado en ti la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.

Philip. cap. I, v. 6.

PARA comenzar con algún fundamento, nos dice la Santa, hemos de comenzar por considerar que es nuestra alma, como un Castillo todo de un diamante, o muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso a donde dice El tiene sus deleites. Pues qué tal os parece que será el aposento a donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la

» gran hermosura de un alma, y la
» gran capacidad. Y verdaderamente
» apenas deben llegar nuestros enten-
» dimientos, por agudos que fueren,
» a comprenderlo; así como no pue-
» den llegar a considerar a Dios, pues
» El mismo dice, que nos crió a su
» imagen y semejanza.»

«Pues si esto es, como lo es, no
» hay para que nos cansar en querer
» comprender la hermosura deste
» Castillo; porque, puesto que hay la
» diferencia dél a Dios, que del Cria-
» dor a la criatura, basta decir su Ma-
» jestad que es hecha a su imagen,
» para que podamos entender la gran
» dignidad y hermosura del ánima. No
» es pequeña lástima y confusión, que
» por nuestra culpa no entendamos ni
» sepamos quién somos? No sería
» gran ignorancia, Hijas mías, que
» preguntasen a uno quién es, y no
» se conociese, ni supiese quién fué
» su padre, ni su madre, ni de qué
» tierra? Pues si esto sería gran bes-
» tialidad, sin comparación es mayor
» la que hay en nosotros, cuando no
» procuramos saber qué cosa somos,
» sino que nos detenemos en estos

»cuerpos, y así a bulto, porque lo
»hemos oído, y porque nos lo dice
»la fe, sabemos que tenemos almas;
»mas qué bienes puede haber en esta
»alma, o quién está dentro en esta
»alma, o el gran valor della, pocas ve-
»ces lo consideramos; y así se tiene
»en tan poco procurar con todo cui-
»dado conservar su hermosura. Todo
»se nos va en la grosería del engaste,
»o cerca deste Castillo, que son es-
»tos cuerpos.»

«Pues consideremos que este Cas-
»tillo tiene, como he dicho, muchas
»moradas: unas en lo alto, otras en
»lo bajo, otras a los lados, o en el
»centro y mitad de todas estas tiene
»la más principal, que es a donde pa-
»san las cosas de mucho secreto en-
»tre Dios y el alma. Es menester que
»vayáis advertidas a esta compara-
»ción; quizá será Dios servido pueda
»por ella daros algo a entender de las
»mercedes que es Dios servido hacer
»a las almas, y las diferencias que
»hay en ellas, hasta donde yo hubie-
»re entendido que es posible, que to-
»das será imposible entenderlas na-
»die, según son muchas, cuanto más

» quien es tan ruín como yo. Porque
» os será gran consuelo cuando el Se-
» ñor os las hiciere, saber que es po-
» sible, y a quien no, para alabar su
» gran bondad; que así como no nos
» hace daño considerar las cosas que
» hay en el cielo, y lo que gozan los
» bienaventurados, antes nos alegra-
» mos y procuramos alcanzar lo que
» ellos gozan, tampoco nos hará ver
» que es posible en este destierro co-
» municarse un tan gran Dios con
» unos gusanos tan llenos de mal olor,
» y amar una bondad tan buena y una
» misericordia tan sin tasa.»*

Por aquí hemos de comenzar: por formar de nuestra alma el concepto que de ella nos da la Santa, que es el mismo que con diferentes palabras nos da San Pablo cuando nos dice que somos templo del Dios vivo. Y aun dice más el Apóstol: que si alguno profanara con el pecado este templo de su alma, que es más noble que los demás templos materiales, porque en él no sólo mora Dios por su presencia real, como en éstos, si-

* Mor. Prim. cap. I, n. 1, 2 y 3.

no también por gracia y amor, y no hiciere penitencia de su pecado, será destruído por haber profanado un templo que ha sido santificado por el mismo Espíritu Santo, para que fuera morada de la divinidad.

Pero si nuestra alma es el templo donde ha de morar la divinidad, nuestro corazón ha de ser el altar-donde le hemos de ofrecer el tributo de nuestra adoración, según nos lo indica la Santa. «Pues hagamos cuenta, nos dice, »que dentro de nosotros está un Pala- »cio de grandísima riqueza, todo su »edificio de oro y piedras preciosas, »en fin, como para tal Señor; y que »somos nosotros parte para que este »edificio sea tal, como de verdad lo »es, que es así, que no hay edificio »de tanta hermosura como un alma »limpia y llena de virtudes; y mientras »mayores más resplandecen las pie- »dras; y que en este Palacio está este »gran Rey, y que ha tenido por bien »ser nuestro Huésped, y que está en »un trono de grandísimo precio que »es vuestro corazón.»*

* Cam. cap. XXVIII, n. 6.

V

AVISO DE SANTA TERESA DE JESÚS

La ciencia del sabio rebotará como una inundación, y su consejo permanecerá siempre como una fuente de vida.

Eccli., cap. XXI, v. 16.

UNA vez formado ya en el interior de nuestra alma ese Palacio o Cielo que nos indica la Santa, en donde hemos de buscar a Dios con la seguridad de encontrarlo, da un paso más la celestial Maestra, y entra de lleno a incarnos la manera como hemos de adornar y hermo-sear ese Palacio con todos sus aposentos o moradas, de una manera especial la del centro, que es el trono de grandísimo precio donde está su Majestad. Porque es menester que vayamos advertidos, nos dice la

Santa, de que en esa morada que Dios tiene en el centro o mitad de nuestra alma, es la principal, donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma, y que nosotros somos parte para que ese edificio sea tal, que resplandezcan en él las piedras preciosas, como en un alma limpia y llena de virtudes, para que en él se hospede dignamente el Rey de la gloria, y se deleite en nuestra alma, como se deleita con los bienaventurados en el cielo.

Para eso, nos dice la Maestra de la vida espiritual, «los del cielo y »los de la tierra seamos una misma »cosa en pureza y en amor; los del »cielo gozando, y los de la tierra »padeciendo; los del cielo adorando »la esencia divina, y los de la tierra »el Santísimo Sacramento».* Con este aviso que la Santa nos envía desde el cielo, después de haber experimentado lo que allí hacen los bienaventurados, nos invita a que hagamos lo que esté de nuestra par-

* Aviso XV.

te para que seamos, en cuanto cabe en esta vida, tan felices y dichosos como lo son los bienaventurados en el cielo, pues ella nos asegura que en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra.*

No cabe duda que así lo conseguiremos, con la gracia de Dios (pues ya sabemos ser nada nuestra virtud, si el Señor nos quita su gracia), si ponemos en práctica las virtudes que la Santa nos indica en este aviso; y no sólo podemos conseguir la dicha y felicidad que los bienaventurados gozan en el cielo, sino llegar a superarlos, si mientras vivimos nos esforzamos más de lo que ellos se esforzaron en la práctica de estas virtudes. Si de alguna cosa pudiera haber afrenta en el cielo, dice la Santa que ella la tuviera por no haber trabajado más mientras vivía, para gozar un poquito más de gloria. «Vergüenza es, »y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con

* Mor. Quint., cap. I, n. 2.

»razón estuviera yo allá más afren-
»tada. ¿Por qué hemos de querer
»tantos bienes y deleites, y gloria
»para sin fin, todos a costa del buen
»Jesús? ¿No lloraremos siquiera con
»las Hijas de Jerusalén, ya que no
»le ayudamos a llevar la cruz con el
»Cirineo? ¿Qué? con placeres y pa-
»satiempos hemos de gozar lo que
»El nos ganó a costa de tanta san-
»gre? Es imposible.»*

Mientras vivimos en esta vida es cuando hemos de trabajar para alcanzar más gloria en el cielo, como nos dice la Santa; pues el Señor es tan sumamente generoso, que nada de cuanto hiciéramos para conseguir este fin, dejará de remunerar con creces, como nos tiene prometido. Y no solamente nos aumentarán la gloria esencial en cielo los trabajos que suframos, practicando las virtudes de la pureza y amor para ser una misma cosa con los del cielo, sino también la gloria accidental. «¿Qué gloria accidental, y

* Vid., cap. XXVII, n. 9.

»qué contento de los bienaventura-
»dos que ya gozan desto, dice la
»Santa, cuando vieren que, aunque
»tarde, no les quedó cosa por hacer
»por Dios, de las que les fué posible?
»No dejaron cosa por darle, de to-
»das las maneras que pudieron con-
»forme a sus fuerzas y estado, y el
»que más, más».

«¿Qué rico se hallará el que todas
»las riquezas dejó por Cristo? ¡Qué
»honrado el que no quiso honra por
»El, sino que gustaba de verse muy
»abatido! ¡Qué sabio el que se hol-
»gó que le tuvieran por loco, pues
»lo llamaron a la misma Sabiduría!
»¡Qué pocos hay ahora por nuestros
»pecados! ¡Ya parece se acabaron
»los que las gentes tenían por locos
»de verles hacer obras heróicas de
»verdaderos amadores de Cristo!
»¡Ho mundo, mundo, cómo vés ga-
»nando honra en haber pocos que
»te conozcan!»*

Para que no seamos de esos mu-
chos que siguen las máximas del

* Vid., cap. XXVII, n. 9.

mundo, sino de los pocos que siguen a Cristo, nos dice la Santa que seamos una misma cosa con los del cielo, y para eso hemos de practicar cuatro cosas:

1.^a Hemos de ser una misma cosa con los del cielo en la pureza.

2.^a Hemos de ser una misma cosa con los del cielo en el amor.

3.^a Hemos de ser una misma cosa con los del cielo; ellos gozando de Dios, y nosotros padeciendo por Dios.

4.^a Hemos de ser una misma cosa con los del cielo; ellos viendo la esencia divina, y nosotros adorando el Santísimo Sacramento.

VI

SEAMOS UNA MISMA COSA CON LOS
DEL CIELO EN LA PUREZA

Sé, Dios mío, que pruebas los corazones y amas la sencillez; por eso con la sencillez de mi corazón te ofrezco alegre todas estas cosas.

Psalm. XXIX. v. 17.

Lo primero que hemos de hacer para ser una misma cosa con los del cielo, según Santa Teresa de Jesús, es el ser iguales a ellos en la pureza. De dos maneras se puede entender este aviso de la Santa: bien que la pureza se tome en un sentido corporal, o en sentido espiritual. En el primer sentido significa la integridad corporal, excluyendo todo pecado, aun interno, que sea contra la virtud de la pureza para que seamos

puros y santos en el cuerpo y en el espíritu, según el consejo del Apóstol; pero en sentido espiritual se puede tomar por la completa y perfecta purificación del alma, excluyendo de ella todo afecto a las criaturas, que no pueda estar juntamente con el amor perfecto de Dios.

En los dos conceptos hemos de ser una misma cosa con los bienaventurados del cielo, donde sólo tienen entrada los puros y limpios de corazón. Muerto ha de estar nuestro corazón, y vivo nuestro espíritu: muerto nuestro corazón a los movimientos de la carne, para que la impureza no perturbe su reposo, y vivo nuestro espíritu, para que nuestra alma no sienta la lucha de la parte inferior, de que nos habla el Apóstol, que tarde o temprano viene a robar la paz de nuestro espíritu.

Los bienaventurados en el cielo beben pureza en aquella fuente de vida eterna que brota de los pies del Cordero, y nosotros la hemos de beber en la misma fuente del Cordero, que brota en nuestro espíritu cuando Dios se hospeda en él. Jesús en el

sacramento de su amor nos ha dejado una fuente de pureza que, no sólo la fomenta en las almas que le reciben, sino también en sus cuerpos, como lo experimentó Santa Teresa de Jesús, según ella misma nos dice que llegó a perder hasta la memoria de su cuerpo en las cosas de su espíritu. «Jamás, dice, con cosa »de su espíritu tuvo cosa que no fue- »se toda limpia y casta; ni se parece, »si es buen espíritu y tiene cosas »sobrenaturales, se podría tener, por- »que queda todo descuido del cuerpo, »ni hay memoria dél. Sea bendito el »que lo da. Amen».*

Naturalmente que siendo Dios todo pureza y amor, al venir a nosotros, no puede menos que comunicarnos esa misma pureza, no sólo en el alma, sino también en el cuerpo. Este efecto tan sublime de pureza que produce Dios en los que dignamente le reciben, nos lo confirma la misma Santa, escribiendo a su hermano. «Una vez, le dice, me dijo un »Letrado que había venido a él un

* Cart. al P. Rodrigo Alvarez.

» hombre afligidísimo, que cada vez
» que comulgaba venía en una torpe-
» za grande, y que le habían mandado
» que no comulgase, sino de año a
» año, por ser de obligación. Y este
» Letrado, aunque no era espiritual,
» entendió la flaqueza y dijole que no
» hiciese caso dello, que comulgase
» de ocho a ocho, y como perdió el
» miedo, quitósele».*

Y no podía ser menos; porque si Jesús se ha quedado con nosotros para hacer de nuestra alma un cielo, ha de procurar que todos los que se le acercan con las debidas disposiciones, sean como los bienaventurados en el cielo, puros en cuerpo y alma, para que El pueda hacer en los de la tierra con su sangre preciosa, lo mismo que hace en los del cielo con su divina esencia. Porque todo ser tiene el principio de reproducción igual a su propia naturaleza, y así como Jesús se comunica a los del cielo como Dios, y con esta comunicación los hace dichosos y felices, haciéndoles participantes de su

* Cart. a D. Lorenzo de Cepeda.

misma dicha y felicidad, así también a los de la tierra se nos comunica como Dios hecho Hombre, y con esta comunicación nos hace puros, porque, siendo El la fuente de la pureza, al comunicarnos su propia vida por medio de su cuerpo y sangre, no puede menos de ser una vida pura y casta con esa misma pureza de la que El es el manantial.

Además, la vida de todo ser es igual al principio de que se alimenta; y si la vida de los bienaventurados en el cielo es toda pureza, porque se alimentan con la visión beatífica, de la misma manera ha de ser pura la vida de los de la tierra, que se acercan a la Eucaristía para alimentarse con la carne y sangre preciosa del Hijo del Eterno; porque si Jesús en el Sacramento es fuente inagotable de la pureza que hace puros a los mismos Angeles, al producir en los que dignamente le reciben los frutos de su vida, por precisión han de ser los efectos de una vida pura y santa, como la de los bienaventurados en el cielo.

VII

LOS DEL CIELO Y LOS DE LA TIERRA SEAMOS UNA MISMA COSA EN LA PU- REZA CORPORAL.

Bienaventurados los
puros de corazón, por-
que ellos verán a Dios.

Math. cap. V. v. 8.

Vió San Juan en su Apocalipsis que el coro que en el cielo seguía al divino Cordero estaba formado de vírgenes que le seguían a donde quiera que fuese. San Agustín aplica este mismo pensamiento a los que en la tierra siguen a Jesús Sacramentado, porque, si Jesucristo dice de sus ministros que le siguen a donde quiera que vaya, con mucha más razón se puede decir que le siguen los que con fidelidad le imitan en la pureza y le reciben en un corazón puro; porque siguen a Jesús, para gozar de

Jesús, con Jesús, en Jesús y sin perder de vista a Jesús.

Santa Teresa también aplica este pasaje a la divina Eucaristía donde está el buen Jesús hecho Cordero y pastor de sus ovejas, que son las almas santas que le reciben con pureza de corazón: «Vió San Juan, dice, a »este divino Jesús como Cordero en »medio de sus ovejas, que las regía »y gobernaba, y, guiándolas por los »más frescos y hermosos jardines, »las llevaba a las fuentes de agua »viva. Oh qué dulce cosa es ver a »Jesús hecho Pastor y Cordero: Pas- »tor porque apacienta, y Cordero »porque es el mismo pasto; Pastor, »porque mantiene, y Cordero, por- »que es manjar; Pastor, porque cría »ovejas, y Cordero porque nació »dellas. Pues cuando le pedimos que »nos dé el Pan cotidiano o sobre- »substancial, es decir que el Pastor »sea nuestro pasto y nuestro mante- »nimiento».*

Ya este mismo Cordero, al acep-

* Cuart. Petic. *Pater Noster*, n. 6.

tar nuestra naturaleza, para dejarla en el Sacramento a fin de que fuera nuestro pasto y mantenimiento, como dice Santa Teresa, no quiso tomar otro envoltorio que el de la pureza, escogiendo por Madre a la Virgen más pura que los mismos cielos, porque, si la santidad y la pureza son un requisito en el cielo para seguir al divino Cordero, con mucha más razón habían de ser puros los elementos de los que se había de formar el cuerpo de Jesús.

De la misma manera, el alma que se acerca a la Sagrada Comunión ha de conservar puro su corazón, porque la pureza transforma el corazón que dignamente la hospeda, en templo y santuario de la divinidad; y Jesús se recrea en los corazones puros. Por eso dice que tiene sus complacencias en estar entre los hijos de los hombres: entre aquellos que, conservándose puros y limpios, le preparan en su corazón una morada pura y casta. No sin razón, pues, dice la Esposa de los cantares que su Amado se apacienta entre lirios, porque la pureza es la que hace bro-

tar espontáneamente en el corazón que la guarda con cuidado, esos lirios angelicales, a cuya sombra se apacienta y adormece el divino Cordero, atraído por los aromas del candor más puro.

Pero este Cordero immaculado no sólo se apacienta entre sus ovejas, entre los lirios de pureza, que brotan de los corazones que dignamente lo reciben en la Sagrada Comunión, sino que también apacienta a esas mismas ovejas, porque, si la Esposa santa nos dice que su Amado se apacienta entre lirios, Santa Teresa de Jesús nos asegura que ese mismo Amado apacienta a sus amantes, siendo El el pasto y mantenimiento de sus ovejas en el Sacramento de su amor, guiándolos por los más frescos y hermosos jardines de todas las flores de las virtudes y llevándolos a las fuentes de agua viva que saltan hasta la vida eterna en el divino manantial de la Eucaristía.

San Jerónimo es del mismo parecer cuando dice que la pureza del corazón nace de la abstinencia, de la penitencia y de la humildad; se

alimenta de la prudencia, con la fortaleza y con la obediencia; y se perfecciona con la soledad, con el silencio, con la caridad y con la oración, porque todas las virtudes se reúnen para resguardar a la pureza, formando en torno suyo un coro que es precisamente el coro de virtudes que hemos de formar en nuestro corazón para que sigan al divino cordero, de la misma manera que es seguido en el cielo.

Así lo hacía Santa Teresa, según ella misma nos dice con estas palabras: «Me era gran deleite, considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las flores de virtudes, que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores».*

Esto hacía la Santa; y lo mismo

* Vid., cap. XIV, n. 6.

hemos de hacer todos los que, como ella, queremos ser con los del cielo una misma cosa en la pureza de nuestro corazón.

VIII

LOS DEL CIELO Y LOS DE LA TIERRA

SEAMOS UNA MISMA COSA

EN LA PUREZA ESPIRITUAL

Sentid bien del Señor
y buscadle en la sencillez
de vuestro espíritu.

Sap. cap. I, v. 1.

LA gloria esencial de los bienaventurados en el cielo consiste en que Dios se une tan íntimamente con su alma para que le vean y contemplen con el entendimiento, y le amen y gocen con la voluntad, que los deja completamente llenos y satisfechos, según la capacidad de cada uno. Esta gloria esencial de las almas gloriosas, aunque respecto al bien que gozan en todas es igual, porque todas gozan del mismo bien infinito que es Dios, sin embargo, en cuanto a la intensidad del gozo que cada una experi-

menta, es mayor o menor, según sea mayor o menor el mérito de cada uno de los bienaventurados.

Esta misma gloria que gozan los del cielo podemos conseguir los de la tierra, conociendo y contemplando al mismo Dios que ellos ven y contemplan en el cielo, y gozando las mismas dulzuras de su bondad infinita. La diferencia sólo está en que la gloria de los del cielo es perfecta y consumada, mientras que la de los de la tierra, dada nuestra condición de viadores, sólo es comenzada y de una manera imperfecta; pero que es la misma que gozan los bienaventurados en el cielo, en cuanto al objeto, y la misma que cada uno en particular ha de gozar en el cielo, porque, para las almas santas, la bienaventuranza comienza ya en la tierra.

A este propósito nos dice Santa Teresa de Jesús: «Pedir al Señor, »pues en alguna manera podemos »gozar del cielo en la tierra, que nos »dé su favor para que no quede por »nuestra culpa, y nos muestre el camino, y nos dé fuerzas en el alma, »para cabar hasta llegar a este teso-

»ro escondido; pues es verdad que
»le hay en nosotras mismas».*

Pero así como en el cielo, aunque todos los bienaventurados gozan de un mismo bien, que es Dios, y en esto todos son iguales, sin embargo, unos le gozan más y otros le gozan menos; así también en la tierra, aunque todas las almas que se acercan a la Sagrada Comunión, todas reciben a Dios, y en esto todas son iguales, no obstante, unas gozan más y otras menos del mismo Dios Sacramento, según estén más o menos puras de todos los afectos que no sean puramente de Dios. Porque así como en la gloria, siendo Dios uno mismo para todos los bienaventurados, cada uno le goza según sus méritos, así también en la Eucaristía, aunque Jesús es el mismo para todas las almas que le reciben, cada una le goza en más o en menos abundancia, según está más o menos purificada y vacía del afecto a las criaturas.

* Mor. Quint. cap. I. n. 2.

«Dije fuerzas en el alma, continúa
»Santa Teresa, porque entendáis que
»no hacen falta las del cuerpo, a
»quien el Señor no las da; no impo-
»sibilita a ninguno para comprar sus
»riquezas, con que dé cada uno lo
»que tuviere se contenta. Bendito
»sea tan gran Dios. Mas mirad, Hi-
»jas, que para esto que tratamos, no
»quiere que os quedéis con nada;
»poco o mucho, todo lo quiere para
»sí; y conforme a lo que entendié-
»des de vos que habéis dado, se os
»harán mayores o menores merce-
»des.»*

Cuanto más trabaje el alma para purificarse, y más dispuesta se acercare a la Comunión, más gracias recibirá de Dios, y más luz le comunicará para que vea mejor sus imperfecciones, pues, como dice la Santa, «resulta en el alma lo mismo que al
»agua que está en un vaso, que si no
»le da el sol, está muy clara, y si da
»en él, vése que está todo lleno de
»motas. Al pié de la letra es esta

* Mor. Quint. cap. 1 n. 2 y 3.

»comparación: antes de estar el alma
»en esta (luz o conocimiento que le
»comunica Dios) parécele que trae
»cuidado de no ofender a Dios, y
»que conforme a sus fuerzas, hace lo
»que puede; mas llegada aquí, que
»le da este Sol de justicia, que la
»hace abrir los ojos, ve tantas motas,
»que los querría tornar a cerrar».*

»Pero entiéndase, prosigue la San-
»ta, que como en nuestro sumo bien
»no puede haber cosa que no sea ca-
»bal, todo lo que El da es para nues-
»tro bien; y así por mucha abun-
»dancia que haya no hay sobra, que
»no puede haber demasía en cosa
»suya; porque si da mucho, hace
»como he dicho, hábil al alma para
»que sea capaz de mucho, como un
»vidriero que hace la vasija de la
»manera que ve es menester para
»que quepa lo que quiere echar en
»ella.»**

Trabajemos, pues, en purificar
nuestra alma de todo lo que nos pue-
da impedir el gozar aún en la tierra

* Vid. cap. XX. n. 20.

** Cam. cap. XIX. n. 9.

de las dulzuras de Jesús Sacramentado, de la misma manera que los del cielo gozan de su bondad. «¡Qué dulce será la muerte, dice la Santa, de quien de todos sus pecados la tiene hecha, y no ha de ir al Purgatorio! Como desde acá aun podría ser que comience a gozar de la gloria. No verá en sí temor, sino toda paz; y que no lleguemos a esto, Hermanas, siendo posible, gran cobardía será; supliquemos a Dios .. no perdamos su amistad y gracia, y que nos la dé en esta vida para no andar en tentación sin que lo entendamos».*

* Cam. cap. XL. n. 7.

IX

LOS DEL CIELO Y LOS DE LA TIERRA SEAMOS UNA MISMA COSA

EN EL AMOR

El amor de Dios es
una sabiduría gloriosa.
Eccles. cap. I. v. 14.

EN el cielo donde el amor está en su más alto grado de perfección, es en donde se cumple perfectamente aquel deseo ardiente de Jesucristo: que fuéramos una misma cosa por gracia y por amor, de la misma manera que El lo es con su eterno Padre por naturaleza. Al amor cumple hacer comunes los bienes entre los que de verdad se aman; por eso en el cielo todos los bienaventurados se alegran y regocijan tanto de la gloria de los demás, como de la suya propia.

«El gran bien que me parece a mí
»que hay en el Reino del cielo, con
»otros muchos, dice Santa Teresa,
»es ya no tener cuenta con cosa de
»la tierra, sino un sosiego y gloria en
»sí mismos, con un alegrarse que se
»alegren todos, una paz perpetua,
»una satisfacción grande en sí mes-
»mos, que les viene de ver que to-
»dos santifican y alaban al Señor, y
»bendicen su nombre, y no le ofende
»nadie. Todos le aman, y la misma
»alma no entiende en otra cosa, sino
»en amarle, ni puede dejarle de amar,
»porque le conoce; y así le ama-
»ríamos acá, aunque no en esta
»perfección, ni en un ser; mas muy
»de otra manera le amaríamos de lo
»que le amamos, si le conociése-
»mos.»*

Esto, pues, que para los del cielo es ya una realidad, es lo que nos aconseja Santa Teresa que practiquemos en la tierra, para que el amor nos haga una misma cosa con los del cielo. En el conocimiento y

* Cam., cap. XXX, n. 4.

amor de Dios consiste la gloria esencial de las almas bienaventuradas, y en ese mismo amor y conocimiento de Dios hemos de buscar nosotros nuestra dicha y felicidad en la tierra. Para eso nos dejó el buen Jesús en el Sagrario la misma fuente de amor, que mana en el cielo; y si nosotros bebemos con abundancia en las corrientes de esa fuente eucarística, de la misma manera que los bienaventurados beben de aquella fuente que brota del trono del Cordero, seremos una misma cosa en el amor los del cielo y los de la tierra, porque viviremos una misma vida, la vida del amor, que es la vida aterna.

Esta vida es la que nos dice el buen Jesús, por San Juan, que vino a poner en nuestro corazón; la vida del amor para que tuviéramos esa nueva vida y la tuviéramos muy abundante. Porque no por otros motivos se quedó en la Eucaristía, sino para que seamos todos una misma cosa en el amor, no sólo los del cielo y los de la tierra, amando todos a Dios, sino también amándonos

los unos a los otros, como los miembros de un mismo cuerpo; amándonos los unos a los otros, de la misma manera que se aman los bienaventurados en el cielo.

«Acá, nos dice Santa Teresa de Jesús, solas estas dos cosas nos pide el Señor: amor de su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar; guardándolas con perfección hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El. Plegue a su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está si queremos.»

«La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes, para entender que le amamos; mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertos que mientras más en este os viederedeis aprovechados, más lo estaréis en el amor de Dios, porque es tan grande el que su Majestad nos tiene, que en pago del que te-

»nemos al prójimo, hará que crezca
»el que tenemos a su Majestad por
»mil maneras; en esto yo no puedo
»dudar.»

«Impórtanos mucho andar con
»gran advertencia, como andamos
»en esto, que si es con mucha per-
»fección, todo lo tenemos hecho;
»porque creo yo que, según es malo
»nuestro natural, que si no es na-
»ciendo de raíz el amor de Dios, que
»no llegaremos a tener con perfec-
»ción el del prójimo.»*

Amemos, pues, mucho a Dios y a
nuestro prójimo, y ya que tenemos
la certeza de que, a medida que
crezca más el amor del prójimo, se
aumentará el amor de Dios, como
nos lo asegura la Santa, amémosnos
los unos a los otros; pero no de pa-
labra ni de lengua, sino de obra y de
verdad; porque en esto manifestare-
mos que somos hijos de Dios, cuya
caridad imitamos, amando de veras
a nuestros hermanos, y, por consi-
guiente, también a Dios, por cuanto

* Mor. Quint., cap. III, n. 7 y 8.

hacemos lo que está de nuestra parte para cumplir sus mandamientos. «Entendamos, pues, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo; y mientras con más perfección guardaremos estos dos mandamientos, seremos más perfectos».*

* Mor. Prim. cap. II. n. 17.

X

LOS DEL CIELO Y LOS DE LA TIERRA

SEAMOS UNA MISMA COSA:

LOS DEL CIELO GOZANDO

Y LOS DE LA TIERRA PADECIENDO

Bienaventurados los
que padecen por el Se-
ñor, porque de ellos es
el reino de los cielos.

Math. cap. V. v. 10.

EN el cielo la bondad de Dios es la fuente de donde dimana el gozo y la alegría de los bienaventurados, según aquello del real Profeta que dice: *Serán embriagados de la abundancia de tu casa, y les darás de beber en el torrente de tu deleite.* La voluntad de cada uno de los bienaventurados, bebiendo en este torrente de las dulzuras de la bondad infinita de Dios, encuentra en esa

misma bondad de Dios todos los gozos de que es capaz, sin que sienta la necesidad de ningún otro gozo que no sea Dios, gozando todos en mayor o menor grado las divinas dulzuras, según su capacidad, no en el orden natural, sino en el sobrenatural y de la gracia.

Esta misma bondad de Dios que hace bienaventurados a los del cielo, es la que nos ha de hacer a los de la tierra igualmente felices y dichosos, en cuanto cabe la dicha y felicidad en esta vida, gozando en esta vida de la abundancia de su gracia, y pasando después a la posesión perfecta de la gloria, como nos lo asegura el mismo Profeta cuando dice que el Señor es la porción de nuestra herencia; que El nos enseñará en esta vida los caminos, y llenará de alegría con su rostro, reservándonos para la otra el goce de sus deleites, sentados ya a su derecha para siempre.

Gozando nuestra voluntad de esta alegría y gozo de Dios, encontrará en ella cuanto ha menester para satisfacer todos sus deseos; pues, como nos asegura Santa Teresa, de todas

las maneras que queramos encontraremos de gozo en Dios, sin que nos sea dado desear algo que no esté en Dios, porque quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta. Gozando, pues, los de la tierra los mismos bienes que gozan los del cielo, hemos de ser una misma cosa con ellos; la diferencia sólo está, dice la Santa, en que ellos gozan sin padecer y nosotros hemos de gozar padeciendo. Pero este padecer, aunque en sí sea una pena que no cabe en los del cielo, aumenta el gozo de los de la tierra.

«No podía entender como era esto, »dice Santa Teresa, porque veía claro estos dos contrarios: holgarme y »consolarme y alegrarme de lo que »me pesaba en el alma. Veía que »venía a meterme en un fuego, que »ya el Señor me lo había dicho, que »venía a pasar gran Cruz (aunque »nunca yo pensé lo fuera tanto como »después vi) y con todo vivía yo »alegre, y estaba deshecha de que »no me ponía luego en la batalla, »pues el Señor quería la tuviese, y »ansí enviaba su Majestad el esfuer-

»zo, y le ponía en mi flaqueza.*
»Aquí me enseñó el Señor el gran-
»dísimo bien que es pasar trabajos y
»persecuciones por El, porque fué
»tanto el acrecentamiento que vi en
»mi alma de amor de Dios y otras
»muchas cosas, que yo me espanta-
»ba; y esto me hace no poder dejar
»de desear trabajos.** Quiere Dios
»que, para que más merezcamos, el
»alma sienta aquel espanto, y mien-
»tras mayor, si sale con ello, mayor
»premio y más sabroso se le hace
»después; aun en esta vida lo paga
»su Majestad por unas vías que sólo
»quien goza dello lo entiende.»***

Bien convencida estaba la Santa de que Dios, aun en esta vida, suele pagar sobradamente lo poco que padecemos por su amor, y que tras la pena nos da el consuelo, y que la medida de lo que gocemos en la tierra y hemos de gozar en el cielo, serán los trabajos que padezcamos por su amor. «Y así, dice, me pa-

* Vid. cap. XXXV. n. 7.

** Vid. cap. XXXIII. n. 3.

*** Vid. cap. IV. n. 1,

»rece que nunca me vi en pena, des-
»pués que estoy determinada a servir
»con todas mis fuerzas a este Señor
»y consolador mío que, aunque me
»dejaba un poco padecer, me conso-
»laba de manera, que no hago nada
»en desear trabajos; y así ahora no
»me parece hay para qué vivir, sino
»para esto, y lo que más de voluntad
»pido a Dios. Dígole algunas veces
»con toda ella: Señor, o morir o pa-
»decir, no os pido otra cosa para
»mí».*

«En estas mercedes de consuelos
»y alegrías que hace Dios al alma,
»hay más y menos (como hay más y
»menos en el padecer por su amor),
»porque en algunas excede tanto la
»gloria y gusto y consuelo al que da
»en otras, que yo me espanto de
»tanta diferencia de gozar, aun en
»esta vida; porque acaece ser tanta
»la diferencia que hay de un gozar y
»regalo que da Dios, que parece no
»es posible poder haber más acá que
»desear, y así el alma no lo desea,

* Vid. cap. XL. n. 15.

»ni pediría más contento, que pade-
»cer por su amor.»

«Aunque después que el Señor
»me ha dado a entender la diferencia
»que hay en el cielo de lo que gozan
»unos a lo que gozan otros, cuán
»grande es, bien veo que también
»acá no hay tasa en el dar, cuando
»el Señor es servido; y así no que-
»rría yo la hubiese en servir ya a su
»Majestad, y emplear toda mi vida
»y fuerzas y salud en esto (en pade-
»cer por su amor), y no querría por
»mi culpa perder un tantico de más
»gozar. Y digo así, que si me dije-
»sen cuál quiero más, estar con to-
»dos los trabajos del mundo hasta el
»fin dél, y después subir un poquito
»más en gloria, o sin ninguno irme a
»un poco de gloria más baja, que de
»muy buena gana tomaría todos los
»trabajos por un tantico de gozar
»más de entender las grandezas de
»Dios».*

* Vid. cap. XXXVII, n. 1.

XI

LOS DEL CIELO Y LOS DE LA TIERRA
SEAMOS UNA MISMA COSA: LOS DEL
CIELO ADORANDO LA ESENCIA DIVI-
NA, Y LOS DE LA TIERRA EL SANTÍ-
SIMO SACRAMENTO

Venid adoremos, y
postrémonos, y llore-
mos delante del Señor
que nos crió, porque El
es el Señor Dios nues-
tro.

Psalm. XCIV v. 6 y 7.

AL mismo Dios que adoran los
bienaventurados en el cielo, lo
tenemos los de la tierra en el Santí-
simo Sacramento, y podemos nos-
otros adorarle lo mismo que ellos le
adoran, y ser una misma cosa con
ellos en la adoración de Dios.

La diferencia está, según Santa
Teresa de Jesús, en que en el cielo,

los bienaventurados le adoran viendo y contemplando cara a cara su divina Esencia, tal como es en sí, mientras que nosotros en el Santísimo Sacramento, aunque adoramos al mismo Dios del cielo, no le vemos cara a cara como ellos, sino envuelto con los velos del misterio, si bien tan cierto y verdadero como en el cielo.

Santa Teresa, era tanta la fe que tenía en el Santísimo Sacramento, que decía de sí misma, aunque hablando en tercera persona. «Mas a »esta persona habíala el Señor dado »tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran »ser en el tiempo que andaba Cristo »nuestro bien en el mundo, se reía »entre sí, pareciéndole que, teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, »que qué más se les daba».*

Y verdaderamente, en el Santísimo Sacramento tenemos a Jesucristo tan bueno y santo como cuando andaba por el mundo antes de su dolorosa pasión, y tan glorioso y

* Cam. cap. XXXIV. n. 5.

omnipotente como está en el cielo; y en el sagrario le podemos adorar lo mismo que le adoran los santos en el cielo. Sólo que los santos le ven en el cielo tal como es en sí, mientras que los de la tierra no le vemos en el Santísimo Sacramento; pero le podemos adorar tan real y verdaderamente como los bienaventurados en el cielo, si bien el Señor, para nuestro mayor merecimiento, ha dispuesto que no le veamos con los ojos del cuerpo.

«Si os dá pena no verle con los ojos corporales, dice Santa Teresa, mirad que no os conviene, que es otra cosa verle glorificado, a cuando andaba por el mundo».* Pero tiene sus maneras de dejarse ver a los ojos del alma, y a los que se han de aprovechar, más se les descubre. La Santa le veía muchas veces y se regalaba con El, si bien suspiraba por verle y gozarle cara a cara como los bienaventurados en el cielo; por eso le solía decir:

* Cam., cap. XXXIV, n. 7.

Cuando me empiezo a aliviar,
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin ti no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
Oh mi Dios, cuándo será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero.

Pero la evidencia que los bien-aventurados tienen en el cielo no puede servirles de mérito, para aumentar su gloria, mientras que las sombras de nuestra fe nos sirven de mérito que aumentará nuestro gozo

y nuestra gloria en el cielo, y cuanto más la practiquemos más. Adoremos, pues, al Santísimo Sacramento donde, envuelta con los accidentes, está la misma Esencia divina que adoran los bienaventurados en el cielo, y supla nuestra fe lo que no alcanza el sentido, como canta la Iglesia nuestra Madre:

A tan grande sacramento
Demos, pues, la adoración:
Ceda antiguo documento
A tan santa institución:
Al sentido suplemento
Den la fe y la devoción.*

* Tantum ergo.

XII

CÓMO SE HA DE ADORAR AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Dios es espíritu: y es menester que los que le adoren, le adoren en espíritu y verdad.

Joan, cap. IV, v. 24.

DIJO el Señor a la Samaritana haber llegado ya la hora para que los que adoran a Dios, le adoren en espíritu y en verdad, porque el Padre busca a los que así le adoran. Esto mismo nos dice Santa Teresa de Jesús al aconsejarnos que adoremos al Santísimo Sacramento en la tierra, de la misma manera que los bienaventurados adoran la Esencia divina en el cielo.

Adorar al Santísimo Sacramento no es otra cosa que rendirle el tributo de nuestro amor, reconoci-

miento, gratitud y dependencia, como a nuestro Dios y Señor. Esta adoración se la hemos de dar por medio de nuestras alabanzas, nuestras oraciones, nuestras súplicas y nuestras plegarias; pero para que esta nuestra adoración sea acepta a Dios, es menester que la hagamos con verdad y con espíritu: que nuestro corazón sienta lo que nuestros labios pronuncian, y que nuestras súplicas y plegarias vayan acompañadas de la atención y fervor de nuestro espíritu. Es menester que la oración no sólo sea pronunciada por nuestros labios, sino sentida también por nuestro corazón.

«Nunca Vos, Señor, permitáis,
»dice Santa Teresa, se tenga por
»bueno, que quien fuere a hablar con
»Vos, sea sólo con la boca: Sí, que
»no hemos de llegar a hablar a un
»Príncipe con el descuido que a un
»labrador, o como a un pobre como
»nosotros, que como quiera que nos
»hablaren va bien. Llegaos a pensar
»y entender, en llegando, con quien
»vais a hablar, o con quien estáis ha-
»blando. En mil vidas de las nuestras

»no acabaríamos de entender como
»debe ser tratado este Señor, que los
»Angeles tiemblan delante dél; todo
»lo manda, todo lo puede, su querer
»es obrar. Pues razón será que pro-
»curemos deleitarnos en estas gran-
»dezas de nuestro Señor,* que por
»nuestro amor se ha quedado oculto
»en el Santísimo Sacramento.»

«Pues lo que quiero ahora acon-
»sejaros es cómo habéis de rezar vo-
»calmente, porque es razón enten-
»dáis lo que decís. Y porque quien
»no puede pensar en Dios, puede ser
»que oraciones largas también la
»cansen, tampoco me quiero entre-
»meter en ellas, sino en las que for-
»zado hemos de rezar, pues somos
»cristianos, que es el *Pater noster* y
»el Ave María; porque no puedan
»decir por nosotras, que hablamos
»y no nos entendemos. Salvo si nos
»parece que basta irnos por la cos-
»tumbre con sólo pronunciar las pa-
»labras, y que esto basta. Si basta o
»no, en eso no me entremeto, los Le-

* Cam. cap. XXII,

»trados lo dirán; lo que yo querría
»que hiciésemos nosotras, Hijas, es
»que no nos contentemos con sólo
»eso, porque, cuando digo Credo,
»razón me parece será que entienda
»y sepa lo que creo, y cuando Padre
»nuestro, amor será entender quién
»es este Padre nuestro, y quién es el
»Maestro que nos enseñó esta ora-
»ción.»*

Así hemos de portarnos cuando adoremos a Dios oculto en el Santísimo Sacramento: manifestarle nuestra gratitud y reconocimiento, no sólo con las palabras, sino también con el espíritu, atendiendo a lo que le decimos y decirselo con devoción y con fe para que nuestra súplica y nuestra plegaria sea digna de su divina Majestad.

* Sabed, nos dice la Santa, que no está la falta para ser o no ser oración mental, en tener cerrada la boca: si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios, con más advertencia que

* Cam. cap. XXIV.

»en las palabras que digo, junto está
»oración mental y vocal. Salvo sino
»os dicen que estéis hablando con
»Dios, rezando el *Pater noster*, y
»pensando en el mundo, aquí callo;
»mas si habéis de estar, como es ra-
»zón que se esté hablando con tan
»gran Señor, es bien estéis mirando
»con quien habláis, y quien sois
»vos, siquiera para hablar con crian-
»za.»*

Pero no cabe duda que la mejor manera de adorar al Santísimo Sacramento es preparándole una buena morada en nuestra alma y recibién-dole dignamente, pues para eso se quedó en él su Majestad. Con un deseo muy ardiente desea el buen Jesús hospedarse en nuestra alma para darnos las mayores pruebas del amor que nos tiene; porque, si siempre nos amó, al final de su vida nos dió las mayores pruebas de su amor, quedándose en el Santísimo Sacramento para nuestra dicha y felicidad.

Para conseguir esta dicha y felici-

* Cam. cap. XXII, n. 1.

dad es menester que nosotros pongamos lo que está de nuestra parte, preparándonos para recibirle, si no de una manera tan digna como El merece, al menos lo mejor que podamos, pues como dice la Santa. «Todo »lo toma en cuenta este Señor nues- »tro, a todo hace como le queremos; »para tomarnos cuenta, no es nada »menudo, sino generoso; por grande »que sea el alcance, tiene El en poco »perdonarle para ganarnos. Es tan »mirado, que no hayáis miedo que »un alzar de ojos, con acordarnos »dél, deje sin premio».*

Antes de se graduar
prepara la alma, y así
está escrito que todos
«[Dios -
haciendo y viniendo a él.

Tronco de las cristas tiernas se preparan
Luz y las de nuestra alma, según
el consejo del Sabio, Juan de los rios
también la suya, relacionada con el
fin al que se dirigen; porque el Señor,
como dice el real Proverbo, vive
siempre el deseo de los pobres y est
* Cam. XXIII.

que sea el alcance, tiene El en poco
 mundo, sino generoso, por grande
 para tomaros cuenta, no es nada
 que a todo hace como le pareciera;
 lo tanto en castigo. Señor nues-
 tro, pues como dice la Santa. Todo
 merece, al menos lo mejor que toda-
 de una manera tan digna como El
 preparándose para recibirle, si no
 ganos lo que está de nuestra parte,
 que es menester que nosotros pon-
 gamos.

Parte segunda

ANTES DE LA COMUNIÓN

I

PREPARACIÓN

Antes de la oración prepara tu alma, y no seas como el que tienta a Dios.

Eccli. cap. XVIII. v. 23.

TODAS las cosas tienen su preparación, y las de nuestra alma, según el consejo del Sabio, han de tener también la suya; relacionada con el fin al que se dirigen; porque el Señor, como dice el real Profeta, oye siempre el deseo de los pobres y escucha la preparación de su alma.

La preparación es la que nos dispone para obrar bien y conseguir el fin que nos proponemos en nuestras acciones. Si el fin que nos hemos de proponer al recibir la Sagrada Comunión, no ha de ser otro que el adorar a Jesús Sacramentado, preparándole en nuestra alma una buena morada o, como diría Santa Teresa, un buen hospedaje, para que El pueda unirse íntimamente con nosotros, por medio de la preparación hemos de disponernos a conseguir este fin, quitando de nuestro corazón todo lo que pueda servir de obstáculo, y poner en él todo lo que pueda facilitar el conseguirlo.

Si, pues, como nos dice Santa Teresa, nuestro corazón es el trono de grandísimo precio, colocado en el centro del precioso Palacio de nuestra alma donde está el gran Rey de cielos y tierra, Jesús Sacramentado, que se digna ser nuestro huésped, hemos de procurar que este trono sea lo más puro posible; porque, a medida que sea más puro nuestro corazón, y mayor el sacrificio que en él ofrezcamos a Dios, será mayor y

más perfecta la preparación, y más dispuesta quedará nuestra alma para recibir las gracias que el buen Jesús trae siempre consigo.

El fuego que ha de consumir el sacrificio y ha de purificar nuestro corazón, es el fuego del amor. «En llegando a este fuego, dice Santa Teresa, que parece vino de arriba de verdadero amor de Dios, porque aunque más lo quiera y procure y se deshaga por ello el alma, sino es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no es parte para tener una centella dél, parece que consume el hombre viejo de faltas, y tibieza, y miseria, y a manera de como hace el ave Fénix, según he leído, y de la misma ceniza, después que se quema sale otra, así queda hecha otra el alma después con diferentes deseos, y fortaleza grande; no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo a su Majestad fuese así, y que de nuevo comenzase yo a servirle, me dijo: *Buena comparación has hecho, mira no te se olvi-*

»de para procurar mejorarte siem-
»pre».*

Esto es lo que debemos hacer al prepararnos para recibir a Jesús Sacramentado; purificar con el fuego del divino amor nuestro corazón, aseando y hermoseando los aposentos del palacio de nuestra alma, no sólo el principal donde pasan las cosas secretas entre Dios y el alma, sino también los de lo alto, los de abajo y los de los lados, que son las potencias y los sentidos interiores y exteriores, para que en ninguno de ellos haya nada que sea menos digno de la presencia de tan gran Rey, que se digna hospedarse en nuestra pobre alma.

Así lo hacía nuestra Santa, según ella misma nos dice con estas palabras: «Más sé desta persona que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada al Señor, procuraba esforzar la fe para

* Vid. cap. XXXIX. n. 15.

»(como creía verdaderamente que
»entraba el Señor en su pobre posa-
»da) desocuparse de todas las cosas
»exteriores, cuanto le era posible, y
»entrarse con El. Procuraba recoger
»los sentidos para que todos enten-
»diesen tan gran bien: digo no em-
»barazasen a el alma para cono-
»cerle».*

»b Esto mismo nos enseña el Espíri-
tu Santo en la persona del Patriarca
Jacob, a quien mandó el Señor que
subiera al monte Bethel y que allí
hiciera un altar para adorar al Dios
que se le había aparecido en el ca-
mino. Y dice el texto sagrado que lo
primero que hizo Jacob fué reunir a
toda su familia y decirle: *Arrojad
todos los dioses ajenos que hay en
medio de vosotros, purificaos y
mudad vuestros vestidos, y subid
conmigo a Bethel para hacer allí
un altar y adorar al Dios que se
me apareció, me oyó en el día de
mi tribulación y fué compañero de
mi viaje.***

* Cam. cap. XXXIV. n. 6.

** Gen. cap. XXXV. v. 2.

Con lo cual nos da a entender que antes de hacer ese altar de amor en nuestro corazón para adorar en él a Jesús Sacramentado, hemos de arrojar todos los dioses ajenos que adora nuestro corazón, que son los pecados, purificarnos de todas las manchas que hayan dejado en nuestra alma, y mudar nuestros vestidos, cambiando los de la culpa por los de la gracia, los del amor tibio é indiferente por los del amor pronto y fervoroso, y adornando nuestra alma con todas aquellas virtudes que más la dispongan para hospedar en ella al buen Jesús, y unirse íntimamente con El en el sacramento de su amor.

Gen. cap. XXIV. v. 11.
Gen. cap. XXIV. v. 21.

II

PREPARACIÓN NECESARIA Ó VIDA
ESPIRITUAL DEL ALMA

El que comiere este Pan y bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor.

I. Cor. cap. XI, v. 27.

LA primera y principal disposición que ha menester el alma para comulgar dignamente, es el estado de la gracia de Dios: hallarse libre de pecado mortal, porque, como dice el Apóstol, el que se acerca a recibir en pecado mortal el cuerpo y sangre de Dios, es reo de su propia condenación, por la profanación sacrilega del sacramento del amor, y por la indignidad con que trata a Dios, sometiéndole en cierta manera al

mismo diablo, de quien es esclava el alma que está en pecado mortal.

La Sagrada Comunión se nos administra en forma de alimento espiritual, pues en ella se nos da aquel Pan bajado del cielo para comunicarnos la vida del alma, o, como dice Santa Teresa, «el Pan nuestro» sobresubstancial que se guarda en «el Santísimo Sacramento, que todo lo mantiene, conforta nuestras almas, y es para nuestra vida espiritual». Y si nuestra alma se ha de alimentar de este Pan de la Eucaristía, es menester que esté viva y no muerta a la vida de la gracia, porque el alimento sólo es para los vivos, de la misma manera que el sepulcro para los muertos.

Vivo está Jesús en la Hostia Santa, y llena de vida, no material, sino espiritual, quiere que esté el alma que le reciba, porque de lo contrario, lejos de hospedarle en el precioso castillo o palacio de nuestra alma, le encerraríamos en un lugar obscuro y tenebroso cual es el alma que está en pecado mortal, como nos lo asegura la Santa con estas palabras:

12 «Qué será ver este castillo tan res-
»plandeciente y hermoso del alma,
»esta perla oriental, este árbol de la
»vida, que está plantado en las mes-
»mas aguas vivas de la vida, que es
»Dios, cuando cae en un pecado mor-
»tal; no hay tinieblas más tenebrosas,
»ni cosa tan oscura y negra, que no
»lo esté mucho más. No queráis más
»saber de que con estarse el mismo
»Sol, que le da tanto resplandor y
»hermosura, todavía en el centro de
»su alma, es como si allí no estuvie-
»se para participar dél, con ser tan
»capaz para gozar de su Majestad,
»como el cristal para resplandecer
»con el sol.»

25 «Ninguna cosa le aprovecha; y de
»aquí viene que todas las buenas
»obras que hiciere, estando así en
»pecado mortal, son de ningún fruto
»para alcanzar gloria; porque no pro-
»cediendo de aquel principio, que es
»Dios, de donde nuestra virtud es
»virtud, y apartándonos dél, no pue-
»de ser agradable a sus ojos, pues
»en fin, el intento de quien hace un
»pecado mortal, no es contentarle,
»sino hacer placer al demonio, que

» como es las mismas tinieblas, así
» la pobre alma queda hecha una mes-
» ma tiniebla.»*

— Preciso es que el alma, antes de
acercarse a la Comunión, salga de
esta tiniebla del pecado y se revista
de la claridad de la gracia; pues co-
mulgar en pecado mortal sería peor,
porque sucedería en el alma, como
dice la Santa, «lo mismo que si sobre
» un cristal que está a el sol se pusie-
» se un paño muy negro, claro está,
» que aunque el sol dé en él, no hará
» su claridad operación en el cris-
» tal.»**

— «¡Oh, almas redemidas por la san-
» gre de Jesucristo, entendedos y ha-
» bet lástima de vosotras! Cómo es
» posible que, entendiendo esto, no
» procuráis quitar esta pez deste cris-
» tal? Mira que se os acaba la vida y
» jamás tornaréis a gozar desta luz.»

— «¡Oh, Jesús, qué es ver a un alma
» apartada della! ¡Cuáles quedan los
» pobres aposentos del Castillo! ¡Qué
» turbados andan los sentidos, que es

* Mor. Prim. cap. II. n. 1.

** Mor. Prim. cap. II. n. 3.

»la gente que vive en ellos! ¡Y las
»potencias, que son los Alcaldes y
»Mayordomos y Maestresalas, con
»qué ceguedad, con qué mal gobier-
»no! En fin, como a donde está plan-
»tado el árbol, que es el demonio,
»qué fruto puede dar? Oí una vez a
»un hombre espiritual, que no se es-
»pantaba de cosas que hiciese uno
»que está en pecado mortal, sino de
»lo que no hacía. Dios por su mise-
»ricordia nos libre de tan gran mal,
»que no hay cosa mientras vivimos
»que merezca este nombre de mal,
»sino esta, pues acarrea males eter-
»nos para sin fin.»

«Esto es de lo que hemos de andar
»temerosos, y lo que hemos de pedir
»a Dios en nuestras oraciones; por-
»que si El no guarda la Ciudad, en
»vano trabajaremos, pues somos la
»misma vanidad.»*

Esta es la primera preparación que
hemos de procurar, si queremos in-
corporarnos a Cristo en la Sagrada
Comunión; si ha de circular por nues-

* Mor. Prim. cap. II. n. 4.

trias venas su sangre inmaculada,
nuestra alma ha de estar viva a la
gracia; y cuando lo esté, digamos
con la Santa: «Bendito seáis, Señor
»mío, que así hacéis de piscina tan
»sucia como yo, agua tan clara que
»sea para vuestra mesa. Seáis ala-
»bado, oh regalo de los ángeles, que
»así queréis levantar un gusano tan
»vil.»*

* Vid. cap. XIX. n. 1.

III

PREPARACIÓN CONVENIENTE O SALUD
ESPIRITUAL DEL ALMA

El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá en las grandes.

Eccli. cap. XIX, v. 1.

COMENTANDO San Gregorio estas palabras del Eclesiástico, nos advierte que en ellas nos da el Espíritu Santo un aviso importante para que no despreciemos esas faltas que nos parecen pequeñas, sino que con cuidadoso esmero procuremos que no arraiguen en nuestro corazón; no sea que, creciendo y tomando más fuerza, vengan después a ser causa de una inevitable y lastimosa ruina para nuestra alma.

Y aunque, para llegarnos a la Sagrada Comunión, no son obstáculo

los pecados veniales, por cuanto no privan al alma de la vida de la gracia y de la amistad de Dios, sin embargo las almas que comulgan con alguna frecuencia, no han de habituarse a comulgar en pecado venial, pues a esas almas que tratan de vivir tan amistosamente con Jesús Sacramentado, hay que recordarles aquello de Santa Teresa que dice: «Pluguiese »a su Majestad temiésemos a quien »hemos de temer, y entendiésemos »que nos puede venir mayor daño de »un pecado venial, que de todo el »infierno junto, pues ello es así».*

Las almas, lo mismo que los cuerpos, tienen sus enfermedades; y no es mucho nos portemos con las enfermedades del alma de la misma manera que con las del cuerpo. Cuando notamos algún síntoma de indisposición en el cuerpo, lo primero que hacemos es privarnos de la comida hasta que nos purguemos y desaparezca esa pequeña calentura, no por lo grave que sea la dolencia, sino

* Vid. cap. XXV, n. III.

por evitar complicaciones que pudieran perjudicar y hasta poner en peligro la vida. Los pecados veniales son para el alma lo que las enfermedades para el cuerpo: son esas indisposiciones espirituales que, si no matan al alma, debilitan sus fuerzas y su salud, y preparan el camino a una complicación que sobrevenga y acabe con su vida espiritual, según nos lo asegura la Santa cuando dice:

«Estas personas que no hacen caso
»de los pecados veniales, aunque se
»guardan de pecados mortales, no
»dejan de pecar mortalmente de cuan-
»do en cuando, a lo que creo; por-
»que no se les da nada de pecados
»veniales, aunque hagan muchos al
»día, y así están cerca de los mor-
»tales. Dicen: Desto hacéis caso? Y
»muchos que yo he oído dicen: Para
»eso hay agua bendita y los reme-
»dios que tiene la Iglesia nuestra Ma-
»dre. ¡Cosa por cierto para lastimar
»mucho! Por amor de Dios, Hijas,
»que tengáis en esto gran aviso de
»nunca os descuidar de hacer pe-
»cado venial, por pequeño que sea,
»con acordaros que hay este reme-

»dio, que es muy gran cosa tener
»siempre la conciencia tan limpia,
»que ningún impedimento os estorbe
»pedir a nuestro Señor la perfecta
»amistad que pide la Esposa; la cual
»no es esta que queda dicha, que esa
»es amistad bien sospechosa por mu-
»chas razones, y aparejada para mu-
»cha tibieza, y ni bien sabrán si es
»pecado venial o mortal el que ha-
»cen.»*

Si tratamos, pues, de vivir amisto-
samente con el buen Jesús, hospede-
rándole con frecuencia en nuestro
corazón y alimentándonos con ese
Pan que El nos bajó del cielo para
alimento y sostén de nuestra alma,
no debemos habituarnos a esas indis-
posiciones que, aunque pequeñas,
siempre resfrían esa amistad íntima
que debe haber entre Dios y las al-
mas que comulgan con alguna fre-
cuencia. «Ya sabéis, nos dice la
»Santa, que la primera piedra ha de
»ser buena conciencia, y con todas
»vuestras fuerzas libraros, aun de

* Con. cap. II. n. 15.

»pecados veniales, y seguir lo más
»perfecto».*

Si es verdad que nosotros sacaremos tanto fruto de la Comunión, cuanto sea la preparación, nos contentaremos con que nuestra alma no esté en pecado mortal? Si el buen Jesús, como dice Santa Teresa, no deja de pagar bien su estancia en nuestra alma, si le hacemos buen hospedaje, le dejaremos entrar en nuestra alma sin antes purificarla de todas esas manchas que, aunque veniales, le ofenden y desagradan? ¡Oh, no! Hagamos lo que hacía la Santa que dice de sí misma: «Quedóme
»deseo... de comulgar y confesarme
»muy más a menudo, y desearlo,
»amiguísima de leer buenos libros;
»un grandísimo arrepentimiento en
»habiendo ofendido a Dios, que mu-
»chas veces no osaba tener oración,
»porque temía la grandísima pena
»que había de sentir de haberle ofen-
»dido, como un gran castigo. Procu-
»raba confesarme con brevedad, y a

* Cam, cap. V. n. 2.

»mi parecer hacía de mi parte lo que
»podía para tornar en gracia».*

«Mas de pecado muy de adverten-
»cia, por muy chico que sea, Dios
»nos libre dél, que yo no sé cómo
»tenemos tanto atrevimiento, como
»es ir contra un tan gran Señor, aun-
»que sea en muy poca cosa. Cuanto
»más que no hay poco, siendo con-
»tra una tan gran Majestad, y vien-
»do que nos está mirando, que esto
»me parece a mí es pecado sobre
»pensado, y como quien dice: Señor,
»aunque os pese haré esto; ya veo
»que lo véis, y sé que no lo queréis,
»y lo entiendo; mas quiero más se-
»guir mi antojo y apetito que no
»vuestra voluntad. Y qué, en cosa
»desta suerte hay poco? A mí no me
»parece leve culpa, sino mucha y
»muy mucha».**

«Y estas son las ilusiones que yo
»querría, Hermanas, que temiésemos
»mucho, y supliquemos siempre a
»Dios, no sea tan recia la tentación
»que le ofendamos, sino que nos

* Vid. cap. VI. n. 2.

** Cam. cap. XLI. n. 3.

» venga conforme a la fortaleza que
» nos ha de dar para vencerla, y que
» con limpia conciencia recibamos a
» nuestro buen Jesús.»*

* Cam. cap. XLI, n. 2.

IV

PREPARACIÓN PERFECTA

O DESNUDEZ DEL ALMA DE TODO

AFECTO QUE NO SEA DIOS

Hemos de ser perfectos a semejanza de nuestro Padre celestial, que es perfecto.

Math. cap. V, v. 48.

HABLANDO de los ángeles, dice Santo Tomás que, a pesar de ser tantos en número, no hay dos que estén en el mismo grado de perfección; sino que cada uno es más o menos perfecto, a medida que se acerca más o menos a Dios y participa en mayor o menor abundancia de la divina bondad. A esta semejanza, podemos decir otro tanto de las almas que se acercan a Jesús Sacramentado, que a pesar de ser tantas las que a diario se acercan a reci-

birle en la Sagrada Comunión, no hay dos que le reciban en un mismo grado de preparación, sino que cada una va más o menos dispuesta, según sea más o menos perfecta su preparación.

Jesús en el sacramento del altar es todo amor, y este amor que es infinito, se puede comunicar a las almas de una manera infinita; pero a cada una de las almas que le reciben sólo le comunica Jesús una parte de este amor, según la disposición y capacidad que halla en ella. Así nos lo asegura Santa Teresa de Jesús cuando dice: «Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña, para contener en sí cosa tan grande, no se da a conocer hasta que va ensanchando esta alma poco a poco, conforme a lo que entiende es menester para lo que pone en ella. Por eso digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este Palacio. El punto está en que se lo demos por suyo

»con toda determinación y le desem-
»baracemos para que pueda poner y
»quitar como en cosa propia.»

«Esta es su condición, y tiene ra-
»zón su Majestad, no se lo negue-
»mos. Y como El no ha de forzar
»nuestra voluntad, toma lo que le
»damos, mas no se da así del todo,
»hasta que nos damos del todo a El;
»esto es cosa cierta y porque im-
»porta mucho, os lo acuerdo tantas
»veces; ni obra en el alma, como
»cuando del todo sin embarazo es
»cosa suya, ni sé cómo ha de obrar;
»es amigo de todo concierto. Pues
»si el Palacio de nuestra alma hen-
»chimos de gente baja y de baratijas,
»¿cómo ha de caber el Señor en su
»Corte? Harto hace de estar un po-
»quito entre tanto embarazo. ¿Pen-
»sáis, Hijas, que viene sólo? Pues
»un tal Rey a osadas que no le dejen
»solo los cortesanos, sino que están
»con El, rogándole por nosotros,
»para nuestro provecho, porque es-
»tán llenos de caridad.»*

* Cam. cap. XXVIII, n. 8,

En esta vida sólo la Santísima Virgen, cuya alma era preparada de antemano por el Espíritu Santo, alcanzó la inmensa dicha de prepararse con el mayor grado de perfección que puede soportar la naturaleza humana; sólo Ella hospedó dignamente en su alma a Jesús Sacramentado, porque le recibió con las mismas disposiciones que le había concedido en su corazón y en sus purísimas entrañas. Sólo la Virgen pudo preparar en su corazón un trono digno de la grandeza de Jesús Sacramentado; por eso solo Ella llenó las aspiraciones que animaban el corazón del buen Jesús al quedarse en la Eucaristía, porque sólo en la Virgen habitaba por gracia la misma plenitud de la divinidad que habitaba en Jesús por naturaleza; pues, como dice San Agustín, ni Dios con su Omnipotencia podía dar más a una criatura, ni criatura alguna, por más que se esforzara podía contener más gracia de la que recibió la Virgen Santísima.

Llena de gracia encontraba el Señor el alma de la Virgen, y tan llena,

que humanamente ya no podía recibir más; pero Dios, cada vez que entraba, como la encontraba tan dispuesta, y *tenía poder de hacer grande este Palacio, como dice la Santa, lo iba ensanchando poco a poco, conforme a lo que entendía era menester para lo que ponía en ella; y así cada vez se llegaba a la Comunión con mayor preparación; pero siempre llena de gracia.*

Después de la Santísima Virgen, ningún alma ha podido llegar a preparar en su corazón un trono tan puro, que fuera digno de toda la grandeza de Jesús, ni preparar su alma de tal manera, que el amante Jesús pudiera desarrollar en ella toda la fuerza de su vida eucarística, todas las energías de su amor infinito, y comunicarle toda la plenitud de la gracia que guarda en el sagrario. Sin embargo, todas las almas santas han procurado preparar su corazón para recibir en él a Jesús de la manera más digna que les ha sido dado, y hanse esforzado todas, unas más y otras menos, según el favor que recibían del Señor, en purificar su co-

razón y en recibirle lo más dignamente que han podido; y algunas ha habido, como Santa Teresa de Jesús, que han sido objeto de las ternuras y cariños del Señor, como la misma Santa nos lo dice con estas palabras:

«Un día de Ramos, acabando de
»comulgar, quedé con gran suspen-
»sión, de manera que aun no podía
»pasar la forma; y teniéndola en la
»boca, verdaderamente me pareció,
»cuando torné un poco en mí, que
»toda la boca se me había hinchado
»de sangre; y parecióme estar tam-
»bién el rostro y toda yo cubierta
»della, como si entonces acabara de
»derramarla el Señor; me parece
»estaba caliente, y era excesiva la
»suavidad que entonces sentía, y
»dijome el señor: *Hija, yo quiero*
»*que mi sangre te aproveche, y no*
»*hayas miedo que te falte mi mi-*
»*sericordia. Yo la derramé con*
»*muchos dolores, y gózasla tú con*
»*tan gran deleite como ves; bien*
»*te pago el deleite que me hacías*
»*este día.* Esto dijo porque ha más
»de treinta años que yo comulgaba
»este día, si podía, y procuraba

»aparejar mi alma para hospedar al
»Señor; porque me parecía mucha la
»crueldad que hicieron los judíos,
»después de tan gran recibimiento,
»dejarle ir a comer tan lejos, y hacía
»yo cuenta de que se quedase con-
»migo... y así para la comunión
»me ha quedado aprovechamiento.»*

No obstante ser la Santa tan cui-
dadosa en aparejar su alma para
recibir en ella a Jesús Sacramentado,
como nos acaba de decir, no pode-
mos creer que no sea posible mayor
preparación. La preparación puede
ser más perfecta todavía, y a medida
que lo sea más la desnudez de nues-
tra alma de todo otro afecto que no
sea Dios, será mayor la capacidad
de nuestra alma; y como el Señor,
según nos ha dicho la Santa, no
puede ocupar en nuestra alma más
lugar del que nosotros le prepara-
mos, de ahí que cuanto más desnuda
esté de las criaturas, más la ocupará
el Criador, y si del todo se la damos,
totalmente la ocupará.

* Papeles, n. 2.

V

LA POCA PREPARACIÓN CON QUE SE
ACERCAN LAS ALMAS A LA
SAGRADA COMUNIÓN ES CAUSA
DEL POCO FRUTO QUE SACAN DE ELLA

Yo soy el Señor tu
Dios...: ensancha tu co-
razón y yo lo llenaré.

Psalm. LXXX. v. 11.

EL poco fruto que las almas sacan de la Sagrada Comunión lo atribuye Santa Teresa a la poca preparación con que se acercan a recibir a Jesús Sacramentado. «Por cierto, dice, que pienso, que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricas, cuanto más de tantas. Sino que no parece sino cumplimiento el llegarnos a El, y así nos hace tan poco fruto. ¡Oh,

»miserable mundo, que ansí tienes
»atapados los ojos de los que viven
»en ti, para que no vean los tesoros
»con que podrían granjear riquezas
»perpetuas.»*

En la Sagrada Eucaristía nos ha dejado el buen Jesús todos los tesoros y todas las riquezas de su Pasión y muerte; y, mediante la comunión de nuestra parte, nos los aplica el Señor a cada uno en particular, según la disposición con que nos llegamos a El. Porque así como en la Cruz, por sola su bondad y misericordia, derramó el Señor su sangre preciosa por todos en general, según aquello de San Agustín: *Por todos dió cuanto dió*, ha dispuesto igualmente que en la comunión sea el alma misma la que se aplique a sí los méritos de esa sangre preciosa. Por eso no todas las almas reciben igual fruto en la comunión, como recibieron igual beneficio en la Cruz, sino unas más y otras menos, cada una según que se acerca más o menos bien dispuesta.

* Con cap. III, n. 10.

La Eucaristía, decía San Agustín, es la fuente de la vida, de la gracia y del amor; y así como la fuente para todos es lo mismo, y a todos llena y satisface, pero queda más beneficiado aquel que se acercó a ella con más sed, o con mayor depósito, así también esta fuente de las gracias de Jesucristo, aunque para todas las almas es lo mismo, y a todas llena y satisface, queda más llena y más rica aquella que se acerca con más sed y con mayor disposición para recibir los tesoros de gracia que Jesús guarda en el sagrario para regalo de las almas que le reciben bien dispuestas.

Aun a las almas que no ponen todo el cuidado que debieran en prepararse, suele el Señor dar a probar alguna que otra vez de estos regalos, por ver si por este medio las puede atraer a sí, según nos lo dice Santa Teresa con estas palabras: «Hay almas que
»entiende Dios, que por este medio
»las puede granjear para sí; ya que
»las ve del todo perdidas, quiere su
»Majestad que no quede por El, y
»aunque estén en mal estado de pre-

»paración y faltas de virtudes, dáles
»gustos y regalos y ternura que las
»comienza a mover los deseos; y esto,
»como digo, hace, porque las prue-
»ba, si con aquel sabor se querrán
»disponer a gozarle muchas veces.
»Mas si no se disponen, perdonen, o
»perdonadnos vos, Señor, por mejor
»decir, que harto mal es que os lle-
»guéis vos a un alma desta suerte, y
»se llegue ella después a cosa de la
»tierra, para atarse a ella. Tengo
»para mí, que hay muchos con quien
»Dios nuestro Señor hace esta prue-
»ba y pocos los que se disponen para
»gozar desta merced. Que cuando el
»Señor la hace y no queda por nos-
»otros, tengo por cierto que nunca
»cesa de dar, hasta que llega a muy
»alto grado.»*

«Donosa manera de buscar amor
»de Dios, y luego le queremos a
»manos llenas, a manera de decir,
»tenernos nuestras aficiones, ya que
»no procuramos efectuar nuestros
»deseos, y no acabarlos de levantar

* Cam. cap. XVI. n. 6.

»de la tierra, y muchas consolacio-
»nes espirituales con esto. No viene
»bien, ni me parece se compadece
»esto con estotro. Ansí que porque
»no se acaba de dar junto, no se
»nos da por junto este tesoro: plega
»al Señor que gota a gota nos le dé
»su Majestad, aunque sea costándo-
»nos todos los trabajos del mundo.
»Harto gran misericordia hace a
»quien da gracia y ánimo para de-
»terminarse a procurar con todas
»sus fuerzas este bien; porque, si
»persevera, no se niega Dios a na-
»die, poco a poco va habilitando el
»ánimo para que salga con esta vic-
»toria.»*

«¡Oh Hermanas mías! que no es
»nada cuanto hacemos ni cuanto pu-
»diéramos hacer por un Dios que
»ansí se quiere comunicar a un gu-
»sano. Y si tenemos esperanza de,
»aun en esta vida, gozar deste bien,
»qué hacemos? En qué nos dete-
»nemos? Qué es bastante para que
»un momento dejemos de buscar a

* Vid. cap. XI, n. 2.

»este Señor, como lo hacía la Es-
»posa por barrios y plazas?»

«¡Oh ceguedad humana! Hasta
»cuándo, hasta cuándo se quitará
»esta tierra de nuestros ojos para
»conocer nuestra miseria, y ansí,
»viéndonos tan imperfectos, crezca-
»mos en suplicarle saque bien de
»nuestras miserias, para en todo
»contentar a su Majestad? Creed
»que llegada a estas grandezas de
»Dios (que Jesús guarda en el sa-
»grario para regalo de nuestras al-
»mas) digo a hablar dellas, no puede
»dejar de lastimarme mucho, ver lo
»que perdemos por nuestra culpa,
»por no disponernos bien para reci-
»birlas. Porque, aunque es verdad
»que son cosas que las da el Señor
»a quien quiere, si quisiésemos a su
»Majestad como El nos quiere, a
»todos las daría; no está deseando
»otra cosa, sino tener a quien dar,
»que no por eso se disminuyen sus
»riquezas.»*

* Mor. sext. cap. IV, n. 8, 9, 10.

VI

CÓMO SE PREPARABA SANTA

TERESA DE JESÚS

Mi Amado es todo
para mí, y yo soy toda
para mi Amado, que se
apacienta entre lirios.

Cant. cap. II, v. 16.

DE Santa Teresa dijo el V. Palafox: *Por grandes que fueran los negocios, muchas las ocupaciones, continuados los viajes, largos los cuidados y corto el tiempo, no le había de faltar tiempo para oír misa y comulgar. Pero con qué humildad, pureza, preparación y devoción? Con qué ansias, afectos y amor? Centelleaban los incendios de su alma, hasta salir llamas por la boca. Vez hubo que el sacerdote retiró la mano, temeroso de que se la quemaran los*

*volcanes visibles que brotaban de aquel vesubio. Tal era su devoción al comulgar, que quedaba arrobada en recibiendo al Señor. En esta seráfica alma logró aquel divino Amante los deseos de encender al mundo en el fuego de su amor, como dijo por San Juan. ¡Ojalá todos los que le reciben se preparen de modo que no frusten las ansias de su divino Corazón.**

De este divino Corazón estaba tan enamorado el de Santa Teresa que, a semejanza de la Esposa Santa, estaba en continua comunicación con El, según que ella misma nos dice con estas palabras: «Esto me dijo el Señor (que no me tenía olvidada, ni que jamás me dejaría) con una piedad y regalo, y con otras palabras que no hay para qué decirlas. Estas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: *Ya eres mía, y yo soy tuyo*. Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y a mi parecer

* Not. a^a la cart. II del tom. 3.

» con verdad, son: *Qué se me da,*
» *Señor, a mí de mí, sino de Vos?*
» Son para mí estas palabras y re-
» galos tan grandísima confusión, que
» más ánimo me parece es menester
» para recibir estas mercedes, que
» para pasar grandísimos trabajos».*

Y como el amor no para hasta
juntar los corazones que se aman,
por eso la Santa deseaba ardiente-
mente la comunión, según nos dejó
escrito en esta forma: «Viéntenme
» algunas veces unas ansias de co-
» mulgar tan grandes, que no sé si
» se podría encarecer. Acaecióme una
» mañana, que llovía tanto, que no
» parece hacía para salir de casa.
» Estando yo fuera della, yo estaba
» ya tan fuera de mí con aquel deseo,
» que, aunque me pusieran lanzas a
» los pechos, me parece entrara por
» ellas, cuantimas agua. Como llegué
» a la iglesia, dióme un arrobamiento
» grande, parecióme vi abrir los cie-
» los... Comulgué y estuve en la
» misa, que no sé cómo pude estar;

* Vid. cap. XXXIX, n. 14.

»parecióme había sido muy breve
»espacio; espantéme cuando dió el
»reloj y vi que eran dos horas las
»que había estado en aquel arroba-
»miento y gloria».*

Nada tiene de extraño que Jesús en la comunión le abriera las puertas de la gloria, pues tan bien preparada le hospedaba en su alma seráfica. Cómo hallaba Jesús el alma de Teresa, se deja bien entendido con lo que le acaeció a la Santa en una ocasión en que estaba preparándose para comulgar. Ella misma nos lo cuenta de esta manera: «Estaba, dice, considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida; vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun parece que no pude ver alzar, ni oír misa, que después quedé con escrúpulo desto. Parecióme, estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad; al principio no veía quien

* Vid. cap. XXXIX, n. 15.

»me la vestía; después vi a Nuestra
»Señora hacia el lado derecho y a
»mi Padre San José al izquierdo, que
»me vestían aquella ropa; dióseme a
»entender que estaba ya limpia de
»mis pecados.»

«Acabada de vestir, yo con gran-
»dísimo deleite y gloria, luego me
»pareció asirme de las manos Nues-
»tra Señora. Díjome que le daba
»mucho contento. Parecióme haber-
»me echado al cuello un collar de
»oro muy hermoso, asida una cruz a
»él de mucho valor. Estando así
»conmigo un poco, y yo con grandí-
»sima gloria y contento, parecióme
»que los veía subir al cielo con mu-
»cha multitud de ángeles; yo quedé
»con mucha soledad, aunque tan con-
»solada y elevada y recogida en ora-
»ción, y enternecida, que estuve al-
»gún espacio que menearme ni ha-
»blar no podía, sino casi fuera de mí.
»Quedé con un ímpetu grande de
»deshacerme por Dios, y con tales
»efectos, que dejóme consoladísima
»y con mucha paz.»*

* Vid. cap. XXXIII. n. 9.

Dice la Santa que quedó con mucha soledad, pero sólo debió durar esta soledad lo que tardaron en llegar al cielo la Virgen y San José que subieron, sin duda, a llamar al divino Esposo, para que consumara el desposorio espiritual, pues ya la Esposa estaba preparada y ataviada. Lo que después pasó, dejemos que nos lo diga la misma Santa.

«Estando comulgando, dice, partió
»la Forma el P. Fr. Juan de la Cruz,
»que me daba el Santísimo Sacra-
»mento, para otra hermana; yo pen-
»sé que no era falta de Forma, sino
»que me quería mortificar, porque
»yo le había dicho que gustaba mu-
»cho cuando eran grandes las For-
»mas; no porque no entendiera no
»importaba para dejar de estar en-
»tero el Señor, aunque fuese muy
»pequeño pedacito. Díjome su Ma-
»jestad: *No hayas miedo, hija, que*
»*nadie sea parte para quitarte de*
»*mí*. Dándome a entender que no
»importaba.»

«Entonces representóseme, como
»otras veces, muy en lo interior, y
»dióme su mano derecha, y díjome:

»Mira este clavo, que es señal que
»serás mi Esposa desde hoy. Hasta
»ahora no lo habías merecido, de
»aquí adelante, no sólo como de
»Criador, y como de Rey y tu Dios
»mirarás mi honra, sino como verda-
»dera esposa mía: mi honra es ya
»tuya y la tuya mía. Hízome tanta
»operación esta merced, que no po-
»día caber en mí, y quedé como des-
»atinada y dije al Señor: que, o en-
»sanchase mi bajeza, o no me hicie-
»se tanta merced, porque cierto no
»me parecía lo podía sufrir el natu-
»ral.»*

Era muy natural que Dios corres-
pondiera con semejantes finezas al
cuidado que ponía la Santa en pre-
pararse para recibirle dignamente.
Con razón, pues, la cantaba uno de
nuestros mejores poetas:

Herida váis del Serafín, Teresa.
Corred al agua, Cierva blanca y parda,
Que la fuente de vida que os aguarda,
También es fuego, y de abrasar no cesa.**

* Papel. N.º 17.

** Lope de Vega.

VII

LA CONFESIÓN

LA vida sobrenatural o de la gracia que es menester para acercarnos a la Sagrada Comunión, no está exenta de enfermedades ni libre de la muerte. Es una vida de mortificación, de sacrificio y de expiación; porque es preciso, para sostenerla, mortificar las viciosas tendencias de la naturaleza; es preciso sujetar las pasiones y sacrificarse a sí mismo. Y, atendida nuestra condición natural, no es difícil que en esta lucha de la gracia contra la naturaleza, del espíritu contra la carne, quede el alma alguna vez vencida. Condescendientes con los vicios o débiles con las pasiones, podemos separarnos de la sen-

da del deber, y seguir el camino del placer.

«Ya sabéis, nos dice la Santa, que
»la primera cosa para acercarse a
»Dios, ha de ser buena conciencia y
»con todas vuestras fuerzas libraros
»aun de pecados veniales, y seguir
»lo más perfecto». * Cómo, pues, nos
acercaremos a la Sagrada Comuni-
ón, si entre ella y nosotros media
el abismo de la culpa? ¿Quién nos
dará la mano para salvar esa infinita
distancia que hay entre Dios y nues-
tra alma, cuando está en pecado mor-
tal? El amigo verdadero, dice Santa
Teresa: «Él ayuda y da esfuerzo,
»nunca falta, es amigo verdadero.
»Muy muchas veces lo he visto por
»experiencia; hámelo dicho el Señor.
»He visto claro que por esta puerta
»hemos de entrar». **

«Cómo es posible, Señor, que
»tan olvidados estén los mortales de
»Vos, cuando os ofenden? ¡Ho Re-
»dendor mío! y cuán olvidados se
»olvidan de sí, y que sea tan grande

* Cam. cap. V, n. 2.

** Vid., cap. XXII, n. 3.

»vuestra bondad, que entonces os
»acordéis Vos de nosotros, y que
»habiendo caído por heriros a Vos
»de golpe mortal, olvidado desto,
»nos tornéis a dar la mano, y des-
»pertéis de frenesí tan incurable para
»que procuremos y os pidamos sa-
»lud? Bendito sea tal Señor, bendi-
»ta tan piadosa piedad.»*

Jesucristo, cuya bondad es inago-
table, nos ha provisto de remedio
para tan gran desgracia en el sacra-
mento de la penitencia. «Cuán ad-
»mirable y digna de alabanza es la
»bondad y misericordia del buen Je-
»sús que dejó en ese sacramento
»tal medicina y unguento para nues-
»tras llagas, que no sólo las sobre-
»sanar, sino que del todo las qui-
»tan».** «Pero el demonio es tan
»soberbio, que pretende entrar por
»las puertas que entra Dios, que son
»las comuniones, las confesiones y
»las oraciones, y poner ponzoña en
»lo que es medicina»***

* Vid. cap. XIX, n. 5.

** Exclam. III.

*** Aviso XVI.

Todo el empeño del demonio, como nos dice la Santa, es poner ponzoña en lo que es medicina para entrar en nuestra alma por la misma puerta que entra Dios, y como no la puede poner en el sacramento, la procura poner en la recepción del sacramento. Por la confesión nos abre Jesús las puertas de la gracia y por la gracia las de la gloria; pero el demonio, por la mala confesión, intenta abrirnos la puerta de la culpa para entrar él en nuestra alma, y cerrarnos la puerta del cielo para que no entre en él nuestra alma. Pero esto no lo conseguirá, si nos confesamos como lo hacía la Santa. «Procuraba, dice ella, confesarme con brevedad, y a mi parecer hacía de mi parte lo que podía, para tornar en gracia,* porque la confesión es para decir culpas y pecados, y no virtudes ni cosas semejantes de oración.»**

Si en la confesión sólo se dijieran las culpas y pecados propios de cada

* Vid. cap. VI, n. 2.

** Fracm., LXXXVI, n. 4.

uno, con seguridad que las confesiones serían todas más breves y compendiosas, y quedarían los penitentes más consolados y los confesores más tranquilos. Porque introducir en el tribunal de la Penitencia historias o vidas ajenas, sólo proviene de falta de talento; allí sólo se ha de sujetar lo que sea materia de absolución, y todo aquello sobre que no pueda ni deba recaer la absolución, es contra la reverencia al Sacramento; hablar mucho en la confesión es señal de poco dolor; el que lleva dolor de sus pecados, de nadie se acuerda en aquel lugar, y sólo de sí mismo es severo fiscal.

Dejemos las historias para otro lugar, y las consultas para otro tiempo, y procuremos, como Santa Teresa, confesarnos a menudo, con brevedad y hacer de nuestra parte lo que podamos para tornar en gracia, si la hemos perdido por nuestra culpa, o que se nos aumente por medio del Sacramento, si por la bondad de Dios todavía la conservamos.

EL DOLOR

A más de la brevedad que Santa Teresa nos aconseja en la confesión, se requieren otros actos por parte del penitente para conseguir la gracia del Sacramento. El primero de estos actos es el dolor de haber ofendido a Dios, juntamente con el firme propósito de no volverle a ofender más; y este dolor ha de ser interno; porque el alma que es la que concibe y acepta la culpa, ha de ser la que sienta y conciba también la pena o dolor de haberla cometido.

Así lo hacía la Santa, según ella misma nos asegura, diciendo: «Que-
»dóme deseo de comulgar y confesar
»muy más amenudo y desearlo; y un
»arrepentimiento en habiendo ofen-
»dido a Dios, que muchas veces me
»acuerdo que no osaba tener ora-
»ción, porque temía la grandísima
»pena que había de sentir de haberle
»ofendido, como un gran castigo.»*

* Vid. cap. VI, n. 2.

Sin este dolor no se puede alcanzar el perdón, porque Dios, si bien es misericordioso para perdonar, su justicia no le inclina a otorgar el perdón a quien no se arrepiente ni detesta el pecado. Perdonar Dios a un alma, es dejarla limpia de todas sus manchas; pero las manchas no pueden salir del alma mientras ella no las quiera echar de sí, confesándolas y doliéndose de haberlas cometido.

DEBE SER UNIVERSAL

El dolor de haber ofendido a Dios ha de ser universal; ha de extenderse a todos los pecados, al menos graves; porque de uno sólo que el penitente dejase de dolerse, sería suficiente para que el alma quedara todavía envuelta en las mismas culpas, y por consiguiente en enemistad con Dios a cuya pureza y santidad repugna toda mancha y pecado. El que tiene afecto, aunque no sea más que a un pecado, no puede recibir la gracia del Sacramento, no puede ser justificado.

20 Aunque no es de absoluta necesidad que este dolor se extienda también a los pecados veniales, porque no privan al alma de la gracia y amistad de Dios, las almas que tratan de fomentar más esta amistad, dice la Santa, *han de sentir las faltas que hacen, y les han de dar mucha pena; que de pecado, aunque sea venial, ya se entiende que les ha de llegar al alma.* De no ser así, continúa la Santa, «Estas personas, aunque se
»guardan de pecados mortales, no
»dejan de pecar mortalmente de
»cuando en cuando, a lo que yo
»creo; porque no se les da de pecados veniales, aunque hagan muchos
»al día, y así están cerca de los
»mortales.»*

«Pecado muy de advertancia, por
»muy chico que sea, Dios nos libre
»dél, que yo no sé cómo tenemos
»tanto atrevimiento, como es ir contra un tan gran Señor, aun que sea
»en muy poca cosa; cuanto más que
»no hay poco, siendo contra una tan

* Con. cap. II. n. 15.

»gran Majestad, y viendo que nos
»está mirando, que esto me parece a
»mí que es pecado sobre pensado, y
»como quien dice: Señor, aunque os
»pese haré esto, ya veo que lo véis,
»y sé que no lo queréis, y lo entien-
»do; mas quiero más seguir mi anto-
»jo y apetito, que no vuestra volun-
»tad; ¿y qué, en cosa desta suerte
»hay poco? A mí no me parece leve
»culpa, sino mucha y muy mucha.»*

DEBE SER SUPERIOR A OTRO

DOLOR

El dolor de haber ofendido a Dios ha de ser también superior a todo otro dolor, no con superioridad intensiva, sino con superioridad de apreciación. No es necesario que exceda al dolor que nos causa cualquier desgracia, que nos hace jemir y llorar; bueno sería esto, pero no es necesario en la confesión; sino dolor y arrepentimiento del alma, que

* Cam. cap. XLI, n. 3.

puede ser muy verdadero y grande, sin que tome parte la sensibilidad. Podrá no ser tan intenso; pero no debe dejar de ser superior a todo otro dolor, con superioridad apreciativa, o como dice la Santa: *Debe sentirse más la ofensa de Dios y debe causar más pena y sentimiento en el alma que el mayor de todos los castigos, pues ella prefería la muerte a una ofensa de Dios por pequeña que fuese.*

El alma, cuando peca, prefiere el cumplimiento de su gusto al cumplimiento de la voluntad de Dios; su propia complacencia a la gloria de Dios, y las criaturas a su Criador; y para reparar este desorden, es indispensable posponer al amor de Dios el amor propio y el amor de todas las criaturas; es preciso que el alma esté dispuesta a sacrificarlo todo por la gloria de Dios, aunque sea su propia existencia.

DEBE SER SOBRENATURAL

Por último, este dolor de haber ofendido a Dios, a más de universal

y superior a todos los demás, ha de ser sobrenatural, o sea que a más de ser movido por la gracia o auxilio divino, debe fundarse en motivos del orden sobrenatural o que la fe eleve a este orden.

«El dolor, dice la Santa, crece más
»mientras más recibimos de nuestro
»Dios; verdad es que unas veces
»aprieta más que otras, y también es
»de diferente manera, porque el alma
»no se acuerda de la pena que ha de
»tener por los pecados, sino de cómo
»fué tan ingrata a quien tanto debe, y
»a quien tanto merece ser servido.
»Espántase cómo fué tan atrevida;
»llora su poco respeto, parécele una
»cosa tan desatinada su desatino,
»que no acaba de lastimar jamás
»cuando se acuerda por las cosas
»tan bajas que dejaba una tan gran
»Majestad.»

«En lo que toca a miedo del infier-
»no ninguno tiene; de si ha de per-
»der a Dios, a veces aprieta mucho,
»mas pocas veces. Todo su temor
»es no la deje Dios de su mano
»para ofenderle y se vea en estado
»tan miserable, como se vió algún

»tiempo, que de pena ni gloria suya
»propia no tiene cuidado; y si de-
»sea no estar mucho en Purgato-
»rio, es más por no estar ausente de
»Dios lo que allí estuviere, que por
»las penas que ha de pasar.»*

Dolerse solamente por temor al castigo o por haber perdido por el pecado los bienes temporales, no es suficiente para alcanzar el perdón; porque el perdón ha de venir de Dios que es el ofendido, y Dios no puede inclinarse a perdonar al pecador, sino cuando ve que éste detesta el pecado por ser ofensa suya.

Los motivos sobrenaturales en que se ha de fundar el dolor, pueden reducirse a dos: el amor y el temor; cuando el dolor se funda en el amor, se llama dolor perfecto o de contrición, y cuando se funda en el temor, es dolor imperfecto o de atrición.

DOLOR DE CONTRICIÓN

El dolor de contrición procede del amor de Dios, y este amor nace en

* Mor. Sext. cap. VII. n. 1 y 2.

el alma de la consideración de la bondad infinita de Dios y sus divinas perfecciones. Cuando el pecador, movido por la gracia, considera que Dios es infinitamente bueno, y por lo mismo infinitamente digno de ser amado; cuando contempla que de su mano bienhechora ha recibido tantos favores y beneficios, y pondera los sacrificios de Jesucristo que sólo por sacarle de la esclavitud del pecado y librarle de la muerte eterna, murió muerte de Cruz, no puede menos de sentirse movido a corresponder a tanto amor. Pero vuelve su mirada a sí y ve su alma manchada por la enormidad de la culpa, y no puede menos de afligirse y sentir el peso de tanta ingratitud con que ha correspondido a tanto amor.

«Considerando, exclama la Santa,
»la gloria que tenéis, Dios mío, apa-
»rejada a los que perseveran en ha-
»cer vuestra voluntad, y con cuántos
»trabajos y dolores la ganó vuestro
»Hijo, y cuán mal lo teníamos me-
»recido, y lo mucho que merece
»que no se desagradezca la grandeza
»de amor que tan costosamente nos

»ha enseñado a amar, se ha afligido
»mi alma en gran manera.»*

Esta aflicción o sentimiento que siente el alma por lo mal que ha correspondido a Dios, la hace detestar sus culpas, y quisiera entonces hacer algo para pagar tanto amor; pide primero al Señor la perdone y prométele serle fiel en adelante; y animada de santa confianza, vuela hacia El en alas de su amor, y este amor, según Santa Teresa, es un fuego que baja del cielo y la purifica de todas sus manchas y fealdades.

«Espántase, dice la Santa, como
»en llegando este fuego, que parece
»vino de arriba de verdadero amor
»de Dios, parece que consume el
»hombre viejo de faltas y tibieza y
»miseria; y a manera de como hace
»el ave Fénix, según he leído, y
»de la misma ceniza, después que
»se quema sale otra, así queda
»hecha otra el alma después con
»diferentes deseos y fortaleza gran-
»de; no parece es la que antes, sino

* Exclam. III.

»que comienza con nueva puridad
»el camino del Señor. Suplicando
»yo a su Majestad fuese así, y que
»de nuevo comenzase yo a servirle
»me dijo: *Buena comparación has
»hecho; mira no te se olvide para
»procurar mejorarte siempre.*»*

DOLOR DE ATRICIÓN

El dolor de atrición procede del temor y el temor nace en el alma de la consideración del número y gravedad de los pecados, de su fealdad y de lo abominable que es, por ser una perturbación del orden establecido por Dios; o de considerar la gloria del cielo que se ha perdido por el pecado, o las penas del infierno de que se ha hecho el alma merecedora. La consideración de cualquiera de éstas cosas puede muy bien, con el auxilio de la gracia que nunca falta, mover al alma del pecador a detestar el pecado que de tanto bien le ha privado y a tanto mal le ha condenado.

* Vid. cap. XXXIX, n. 15.

Sobre este temor dice la Santa:
«Bienaventurado el varón que teme
»al Señor. No ha sido poco hacer su
»Majestad que entienda yo ahora qué
»quiere decir el romance deste verso
»a este tiempo, según soy torpe en
»este caso. Por cierto con razón le
»llamaremos bienaventurado, pues
»sino torna atrás, a lo que podemos
»entender, lleva camino seguro de su
»salvación. Porque tengo por cierto
»que nunca deja el Señor de ponerle
»en seguridad de conciencia, que no
»es poco bien. Digo en seguridad, y
»dije mal, que no la hay en esta vida;
»y por eso siempre entended que
»digo si no torna a dejar el camino
»comenzado. Considera que este y
»muy mayor tenían los Santos que
»cayeron en graves pecados; y no
»tenemos seguro que nos dará Dios
»la mano para salir dellos y hacer la
»penitencia que ellos. Entiéndase el
»auxilio particular.»*

Santo Tomás enseña que con este temor, que siempre va acompañado de un amor inicial, los que así

* Mor, Terc, cap. 1, n. 1 y 2.

se arrepienten, comienzan a amar a Dios como fuente de toda justicia; y el Concilio de Trento dice también que este temor dispone al pecador, para recibir el Sacramento de la Penitencia. Por eso dice la Santa: *Lleva camino seguro de su salvación, sino torna atrás, o torna a dejar el camino comenzado; porque nunca deja el Señor de ponerlo en seguridad de conciencia.* Esta seguridad de conciencia la consigue el pecador cuando llega al término del camino comenzado, que es la absolución en el Sacramento de la Penitencia.

PROPÓSITO DE LA ENMIENDA

El dolor, sea de contrición o de atrición, ha de ir siempre acompañado de una firme y eficaz resolución de no volver a pecar, o lo que es lo mismo, del firme propósito de la enmienda. Sin este propósito el dolor no sería verdadero: qué dolor puede haber en quien, al mismo tiempo que pide perdón, no lleva una firme resolución de no volver a ofen-

der a la misma persona que le ha de perdonar? Ninguno, porque no pueden hermanarse el pecado y la voluntad de no volverlo a cometer.

«Pues mire mucho, dice la Santa, »quien esto no sufre, para no hacer »caso de lo que a solas determinó a »su parecer; que en hecho de verdad »no fué determinación de la voluntad, »sino de la imaginación, que en esto »hace el demonio sus saltos y engaños. Que algunas veces nos pone el »demonio deseos grandes, porque no »echemos mano de lo que tenemos »para servir a nuestro Señoren cosas »posibles.»*

«Hay, pues, unas personas, continúa la Santa, que habían alcanzado la amistad del Señor, porque confesaron bien sus pecados y se arrepintieron, mas no pasan bien dos días que no tornen a ellos. Y a buen seguro que no es esta la amistad que han prometido. Siempre procurad no ir al confesor cada vez a decir una falta; verdad es que no

* Mor. Sept. cap. IV. n. 11, y Mor. Quint. cap. III. n. 9.

» podemos estar sin ellas, mas siquie-
» ra múdense, porque no echen raí-
» ces, que serán más malas de arran-
» car, y aun podrían venir dellas a na-
» cer otras muchas. Que si una hier-
» ba o arbolillo que ponemos, cada
» día le regamos, pararse ha tan gran-
» de, que para haberle de arrancar
» sea menester después pala o aza-
» dón. Ansí me parece es hacer cada
» día una mesma falta, por pequeña
» que sea, si no nos enmendamos
» della; mas si un día o diez se pone
» y se arranca luego, es fácil. Todo
» el daño está en no quitar de raíz
» las ocasiones.»*

«En lo interior tened esta cuenta
» y aviso, que importa mucho que no
» os descuidéis hasta que os veáis con
» tan gran determinación de no ofen-
» der al Señor, que perdiérades mil
» vidas antes que hacer un pecado
» mortal; y de los veniales estéis con
» mucho cuidado de no hacerlos de
» advertencia, que de otra suerte
» ¿quién estará sin hacer muchos?»**

* Con. cap. II. n. 13 y Vid. cap. VI. n. 2.

** Cam. cap. XLI. n. 3.

VIII

LA ACUSACIÓN

EL segundo acto que ha de poner el penitente para recibir dignamente el sacramento de la Penitencia, es la confesión o acusación de sus propios pecados, hecha al confesor con el fin de obtener la absolución. Esta declaración que el penitente hace de sus pecados, ha de ser humilde y dolorosa, cual conviene al reo que implora el perdón de sus culpas; y a fin de que aparezcan tal como las concibe en su conciencia, las ha de expresar clara y sencillamente.

«Mucho contenta a Dios, dice la seráfica Doctora, ver un alma que, con humildad pone por tercero a

»su Hijo, y se conoce por indigno,
»diciendo con San Pedro: *Apartaos*
»*de mí, Señor, que soy hombre pe-*
»*cador*. Esto he probado; deste arte
»ha llevado Dios mi alma. Mas an-
»dando con humildad, procurando
»saber y decir la verdad de sus fal-
»tas, sujetas al confesor, y tratando
»con él con verdad y llaneza, como
»está dicho, fiel es el Señor. Creed
»que si no andáis con malicia, ni
»tenéis soberbia, con lo que el de-
»monio os pensare dar la muerte, os
»da la vida. Que con limpia con-
»ciencia, poco daño o ninguno nos
»puede hacer.»*

Además de ser clara y sincera, debe ser la confesión íntegra; de todos y cada uno de los pecados graves, con las circunstancias que mudan de especie, o que hacen que con un mismo pecado se falte a dos o más preceptos, o que se oponga a diferentes virtudes; por ejemplo: el hurto de un objeto sagrado que esté destinado al culto, no sólo se opone

* Vid. cap. XXII, n. 7; Camp. cap. XL, n. 3, y cap. XLI, n. 2.

a la justicia, sino también a la religión. Esto es preciso declararlo en la confesión tal como lo tenga el penitente en su conciencia, porque el penitente se llega al confesor con deseos de alcanzar el perdón de Dios, a cuya vista no se ocultan los más secretos movimientos de nuestro corazón, y como ha dispuesto que el perdón nos venga por medio de la confesión, es preciso que en ella se declare todo lo que en nuestra conciencia está patente a sus divinos ojos.

Quien advertidamente dejare de confesar un sólo pecado grave, no sólo no quedaría perdonado, porque el confesor no puede absolver lo que no se ha confesado, sino que la confesión sería sacrílega. Entonces el penitente rehusaría la gracia, una vez que la gracia y el pecado no pueden estar juntos en el alma.

IX

LA SATISFACCIÓN

FINALMENTE, además del dolor y de la confesión, es necesaria la satisfacción para reparar la injuria hecha a Dios con el pecado. El penitente debe acercarse al Sacramento de la Penitencia con ánimo decidido de aceptar y cumplir la penitencia u obras satisfactorias que le imponga el confesor. El pecador arrepentido que atentamente considere la gravedad de sólo un pecado, y que mientras permanece en él no puede menos que ser enemigo de Dios, y digno de la pena eterna, ¿qué no aceptará gustoso para salir de ese estado y alcanzar el perdón?

El arrepentimiento, cuando es ver-

dadero, no sólo mueve al pecador a detestar el pecado, sino que le impulsa a reparar los daños que ha causado en su alma, y dominar por medio de la mortificación las pasiones que le han arrastrado a tanto mal.

Es verdad que el dolor de contrición puede ser tan perfecto, que alguna vez llegue a ser suficiente para pagar toda la pena merecida; pero esta contrición no rehusa la penitencia, sino que la desea con ansia, porque en el alma que está herida de este dolor, dice Santa Teresa, «siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; así está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene; parece también como un fuego que es grande, y para que no se aplaque, es menester haya siempre que quemar; así son las almas que digo, aunque fuese muy a su costa, querrían traer leña para que no cesase este fuego. Pues no tienen poco trabajo a ánimas que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia; faltar fuerzas corpora-

»les para hacer algo por El. Es una
»pena bien grande, porque, como le
»faltan fuerzas para echar leña en
»este fuego, y ella muere, porque
»no se mate, parece que ella entre
»sí se consume y se hace ceniza, y
»se deshace en lágrimas, y se que-
»ma, y es harto tormento, aunque
»es sabroso.»*

Pero el pecador no sabe si su amor es tan perfecto e intenso que llegue a satisfacer enteramente a la divina justicia; por lo mismo no debe descuidar las obras satisfactorias. De ordinario el dolor no pasa de atrición, que es insuficiente para borrar la culpa y satisfacer por las penas merecidas. Es cierto que con este dolor recibe el alma los méritos de Jesucristo, en más o menos abundancia, según las disposiciones con que se acerca al Sacramento, y por esos méritos alcanza el perdón de la pena eterna; pero suele quedar todavía en el alma el resto de la pena temporal, que es necesario pagar

* Vid. cap. XXX. n. 13.

para que quede cumplida la satisfacción que pide la divina justicia.

ORACIÓN

PARA ANTES DEL EXAMEN DE CONCIENCIA

Señor Dios todopoderoso, que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; yo os suplico humildemente por la intercepción de la Virgen María, Madre de vuestro unigénito Hijo, y por las oraciones y méritos de todos los Santos (muy especial de mi seráfica Maestra y Protectora Santa Teresa de Jesús) ayudéis mi memoria, para que me acuerde de todos mis pecados; ilustréis mi entendimiento, para que perfectamente los conozca; encendáis mi voluntad, para que por vuestro amor los aborrezca; me deis espíritu de compunción y lágrimas de corazón, para que los llore, y con humildad, devoción y claridad me acuse de ellos, y haga dignos frutos de penitencia; y por medio de vuestra infinita misericordia, y por los

méritos, pasión y muerte de vuestro Hijo y Señor mío Jesucristo alcance remisión entera y perdón de todas mis culpas y pecados. Amen.

AFFECTOS

PARA ANTES DE LA CONFESIÓN

Considerando la gloria que tenéis, Dios mío, aparejado a los que perseveran en hacer vuestra voluntad; y con cuántos trabajos y dolores la ganó vuestro Hijo, y cuán mal lo teníamos merecido, y lo mucho que merece que le agradezcamos la grandeza del amor, que tan costosamente nos ha enseñado amar, se ha afligido mi alma en gran manera.

Cómo es posible, Señor, que olvide todo esto, y que tan olvidado estuviera de Vos cuando os ofendí? ¡Oh, Redentor mío! Y cuán olvidado me olvidé de mí; y que sea tan grande vuestra bondad que os acordéis Vos de mí; y que habiendo caído por heriros a Vos de golpe mortal, olvidado desto, me tornéis a dar la mano, y despertéis de frenesí tan in-

curable, para que procure y os pida salud?

¡Bendito seáis, Señor, bendita tan gran misericordia, y alabado seáis por siempre por tan piadosa piedad!

¡Oh, ánima mía! ¡bendice para siempre a tan gran Dios! ¿Cómo te puedes tornar contra El? ¡Oh! ¡que a los desagradecidos la grandeza de la merced les daña! ¡Remediadlo Vos, Dios mío!

¡Oh alma mía! hasta cuándo serás dura de corazón, y le tendrás para ser contra este mansísimo Jesús? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá tu malicia contra El? No, que se acaba la vida como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen a dar aquella terrible sentencia.

¡Oh poderoso Dios mío! Pues, aunque no quiera me has de juzgar, por qué no miro lo que me importa teneros contento para aquella hora?*

Plegue al Señor, y no permita su Majestad tenga yo poder para ser contra El un punto; antes en este que estoy me consuma.

* Exclam. III.

¡Oh Señor mío, qué de veces os he hecho andar a brazos con el demonio! No bastara que os dejastes tomar en ellos cuando os llevó al pináculo para enseñarnos a vencerle? Bendita sea tanta piedad y misericordia; que vergüenza había de haber mi alma de haceros andar cada día a brazos con tan sucia bestia.

Mas bien sabe vuestra Majestad que sólo puedo presumir de vuestra misericordia, y que ya que no puedo dejar de ser lo que he sido, no tengo otro remedio sino llegarme a ella y confiar en vuestros méritos y en los de la Virgen Madre vuestra, y de los pecadores.*

Oh Señor mío, pues parece tenéis determinado que me salve, pues me tornáis a llamar, plega a vuestra Majestad sea así; y, de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, no tuviéredes por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada a donde tan de continuo habíades de morar?

* Vid. cap. XXVIII, n. 8.

Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mía la culpa, porque no me parece os quedó a Vos nada que hacer para que siempre fuera toda vuestra.*

Mas no parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido, aunque entonces no era esa mi intención; mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién sois Vos y quién soy yo.

Es ver cierto que ahora me templa el sentimiento de mis grandes culpas el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias.

En quién, Señor, pueden así resplandecer como en mí, que tanto he oscurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzastes a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa, sino yo!

Porque si os pagara algo del amor que me comenzastes a mostrar, no

* Vid. cap. I, n. 3.

le pudiera yo emplear en nadie, sino en vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuve tal ventura, válgame ahora vuestra misericordia.

¡¡¡Perdón, pues, Dios mío, perdón y misericordia!!!

ORACIÓN

PARA ANTES DE LA CONFESIÓN

Señor mío Jesucristo, aquí tenéis rendido a vuestros pies un miserable pecador, que ingrato hasta ahora a vuestros beneficios, sordo a vuestras inspiraciones y rebelde a vuestros llamamientos, ha quebrantado tantas veces vuestros divinos preceptos. Ya vengo a Vos como otro hijo pródigo, reconocido de mi ingratitud, a pedir os perdón de mis culpas, como pobre al rico, como miserable al misericordioso, como enfermo al médico y como pecador a mi Dios y Redentor.

Compadeceos, Señor, de mí según vuestra gran misericordia, y curad mis llagas con el precioso bálsa-

mo de la divina sangre, que por los pecadores como yo derramaron las vuestras. Me pesa, Dios mío, por vuestra infinita bondad de haberos ofendido. Pésame de tener tan poca disposición para confesar mis culpas. Pésame de cuantos pecados he hecho en toda mi vida, y me pesa de que no me pesa más.

Yo propongo con vuestro auxilio de enmendarme de todo, y huir las ocasiones de ofenderos. Os suplico, Señor, que me deis dolor verdadero de mis pecados, y un firme propósito para que jamás vuelva a cometerlos. Dadme gracia para que confiese bien, y os sea acepta mi confesión, supliendo Vos todas las faltas que en ella hiciere para que, vuelto a vuestra gracia, y perseverando en ella hasta mi muerte, os vea y alabe eternamente en la gloria. Amen.

FÓRMULA PARA LA CONFESIÓN

Rdo. Padre: a Dios nuestro Señor y a V. que está en su lugar, vengo a confesar todos mis pecados, cometidos por pensamiento, palabra y

obra; y si alguna de mis confesiones pasadas hubiera sido nula por falta de alguna de las debidas disposiciones, es mi intención renovarlas todas en la presente. Me acuso en primer lugar de la poca disposición con que vengo a recibir este sacramento, por el poco dolor que tengo de mis pecados, y por el poco tiempo que he empleado en hacer el examen de mi conciencia y el propósito de la enmienda; pero en particular me acuso... (*Hágase la confesión breve, clara y contrita de todos los pecados y faltas cometidos desde la última confesión*) y si esto no fuera suficiente, me acuso de todo lo que he ofendido a Dios en pensamiento, palabra y obra, no sólo desde mi última confesión, sino de toda mi vida; pero de una manera especial contra el N. mandamiento. De todo lo cual pido humildemente a Dios perdón y a Vos, Padre, penitencia saludable y absolución si me encuentra digno de ella.

AFECTOS

PARA DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

¡Oh, Jesús mío! ¡cuando se considera mi alma caída en el pecado y a Vos que la tornáis a dar la mano, y la levantáis, conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias y su gran miseria!

Levántase para conocer lo que os debe, porque ve no merecer la tierra que pisa, y la virtud que Vos en este sacramento pusisteis.

Alabaos porque dejastes tal medicina y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan.

Espántase desto: ¿y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, a traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón cuando esto digo, porque soy ruin.

Con estas lagrimillas de dolor y arrepentimiento de haberos ofendido, que aquí lloro, dadas por Vos,

agua de tan mal pozo en lo que es de mi parte, parece, Dios mío, que os hago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males y procurando deshacer las mercedes que Vos me habéis hecho. Ponedlas Vos, Señor mío, valor y aclarad agua tan turbia.*

Bendito seáis, Señor mío, que así hacéis de piscina tan sucia, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis bendito, oh regalo de los Angeles, que así queréis levantar un gusano tan vil.**

Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en sólo Vos confía.

¡Con cuánta razón, Señor, puedo yo para siempre cantar vuestras misericordias! Suplícoos yo, Dios mío, sea así, y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que es-

* Vid. cap. XIX. n. 5.

** Vid. cap. XIX. n. 1.

pantan a los que las ven y a mí me sacan de mí para poder mejor alabaros a Vos, que estando en mí sin Vos, no podría, Señor mío, nada.

No permitáis, Señor, ni queráis que se pierda alma que con tantos trabajos comprastes y tantas veces de nuevo la habéis tornado a rescatar, y quitar de los dientes del espantoso dragón.*

¡Oh, Señor mío, como sois Vos el amigo verdadero, y como poderoso, cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si os quieren!

Alábenos todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh, quién diese voces por él para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan, Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis.

¡Oh, quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie, sino a Vos! ¡Oh, Dios mío, quién tuviera entendimiento, y letras, y nuevas palabras para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma! Fálteme

* Vid. cap. XIV, n. 7.

todo, Señor mío, mas si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo a Vos.*

¡Oh Señor mío, qué bueno sois! ¡Bendito seáis para siempre! Alábenos, Dios mío, todas las cosas, que así me amastes de manera, que con toda verdad pueda hablar de vuestra largueza y magnanimidad en perdonar mis pecados: en fin vuestra, Señor mío, que perdonáis como quien sois.

¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras, que hagáis a almas que tanto os han ofendido, como la mía, merced tan soberana de tornarla a vuestra gracia y amistad.

Cierto a mí me acaba el entendimiento, y cuando llego a pensar en esto no puedo ir adelante. Dónde he de ir, sino tornar atrás? Pues daros gracias por tan gran merced no sé cómo.**

* Vid. cap. XXV, n. 9.

** Vid. cap. XVIII, n. 2.

ORACIÓN
PARA DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

Dios Criador, Dios Salvador, Dios glorificador, justo juez de vivos y muertos, por vuestros méritos tan infinitos, y los de vuestra Santísima Madre siempre Virgen María, y de todos los Santos, en especial los de mi seráfica Madre y Maestra Santa Teresa de Jesús, os suplico humildemente, que os sea agradable esta confesión que he hecho, y la aceptéis en vuestra gracia, y me perdonéis lo que en ella hubiere faltado por mi fragilidad, poca memoria y poca contrición, que yo de mi parte deseo que haya sido muy cumplida para llegar en gracia a recibirlos dignamente; y confío en vuestra misericordia y en el amor que me tenéis, que habré quedado enteramente absuelto y limpio de mis culpas; y os doy gracias por la paciencia con que me habéis sufrido, por la bondad con que me habéis conservado la vida y por la misericordia con que me ha-

béis movido a arrepentirme y confesarme. Dadme, Señor, vuestra gracia para que nunca os ofenda, antes bien os alabe aquí y en vuestra gloria. Amen.

por a misericordia con que me ha
que me habéis conservado la vida y
me habéis salvado por la bondad con que
doy gracias por la paciencia con que
suelto y libero de mi culpa; y os
que tanto quedo informado de
corde y de la vida que me tenéis
parados y estáis en vuestro amor
por tanto en vuestra misericordia
deos que he y seré vuestro culpado
para confesión que he de mi vida
por la bondad, por la memoria y
para lo que he y seré vuestro culpado
heis en vuestro amor y me perdona
confesión que he hecho y la aceptación
quiero que os sea agradable esta
liberación de la vida os suplico humildemente
mi amor y Misericordia Santa
todas las cosas que os agradan y os
Misericordia Virgen María y de
liberación. Y para lo que os suplico
y misericordia. Misericordia Santa
Dios que libere de vuestro amor de vuestro



Parte tercera

MIENTRAS LA COMUNIÓN

I

COMPOSICIÓN DE LUGAR

Este es el fuego que no ha de faltar nunca del altar.

Levit. cap. VI, v. 15.

APARECIÓSELE el Señor a Moyses y hablóle de esta manera: La ley del sacrificio que han de ofrecer los hijos de Aarón es esta: tomará el sacerdote un poco de la flor de la harina y la pondrá sobre el fuego que arde sobre el altar; de esta harina sin levadura comerán Aarón y sus hijos, y la comerán en el lugar

santo del atrio del Tabernáculo; todo el que comiere de esta harina será santificado, y ha de purificarse antes, porque será una cosa sacrosanta que se ofrecerá en el altar en memoria y olor suavísimo al Señor.*

Esto que el Señor dijo a Moyses es precisamente lo que se realiza todos los días en la Eucaristía; sobre el altar arde siempre el fuego del amor de Dios, y para que ese fuego no falte nunca y arda siempre, cuida de alimentarlo todos los días el sumo Sacerdote, Cristo Jesús; la flor de la harina que en ese altar y con ese mismo fuego se sacrifica por nuestro amor, es el cuerpo de Jesús, de quien cantó un poeta:

De la harina sois la flor,
para el Pan del Sacramento;
que nunca tuvo fermento
el cuerpo del Salvador.

Y después de habernos purificado, hemos de llegarnos a ese altar santo para comer de ese Pan sin levadura que, para nuestra santificación,

* Levit. cap. VI.

guarda Jesús en el sagrario. El renueva el sacrificio todos los días, y espera que nosotros vayamos también todos los días a ofrecer sobre ese fuego de su amor la ofrenda de nuestro amor y gratitud.

«Como conoce nuestra hechura
»el Hacedor della, nos dice Santa
»Teresa, y sabe que, por ser la ca-
»pacidad de nuestra alma infinita,
»cada día pide cosas nuevas, y no
»se quieta con recibir una sola, man-
»da el mismo Señor en el capítulo
»sexto del Levetico que, porque no
»se acabe el fuego del altar, cada
»día le cebase el sacerdote con nue-
»va leña, como significando en figu-
»ra que, para que el calor de la devo-
»ción no se muera ni resfríe (en los
»que comulgan todos los días) cada
»día le cebemos con nuevas y vivas
»consideraciones. Y aunque esto po-
»día parecer imperfección, es divina
»providencia, para que, siguiendo
»el alma su condición, siempre ande
»investigando las infinitas perfeccio-
»nes de Dios (que, para nuestra di-
»cha y felicidad, se ha quedado
»oculto bajo los accidentes de Pan

»en la Eucaristia) y no se contente
»con menos, pues sólo El puede
»henchir su capacidad.»

«Una cosa es la que se pretende
»sustentar, que es el fuego del amor
»de Dios; pero mucho leños son me-
»nester, y cada día se han de reno-
»var, porque el calor y eficacia de
»nuestra voluntad todo lo consume
»y todo le parece poco, hasta que lle-
»gue a abrasarse del mismo fuego,
»bien infinito, que llena sólo y sa-
»tisface nuestra capacidad. Pues
»(como la comunión diaria) sea la
»más dispuesta leña para sustentar
»vivo este fuego divino, porque de la
»frecuente repetición no venga a en-
»tibiarse la voluntad, parece que será
»conforme a razón buscar algún
»modo como, repitiéndola cada día,
»nos refresque el entendimiento con
»nueva consideración, y juntamente
»sustente el fuego y calor en la vo-
»luntad. Esto se hará cómodamente
»repartiendo (los siete oficios que Je-
»sús hace con las almas) por los sie-
»te días de la semana, tomando cada
»día el suyo con el título y nombre
»diferente, al que reduzcamos todo

»lo que en él pretendemos, y lo que
»de Dios deseamos alcanzar.»*

Los títulos y nombres de Dios son
estos: Padre, Rey, Esposo, Pastor,
Redentor, Médico y Juez, «Tratad,
»pues, con El como Padre, y como
»Rey, y como Esposo; a veces de
»una manera, a veces de otra, que
»El os enseñará lo que habéis de ha-
»cer para contentarle. Dejáos de ser
»bobas, pedidle la palabra, que vues-
»tro Esposo es, que os trate como
»tal. Mirad que os va mucho en te-
»ner entendida esta verdad, que está
»el Señor dentro de nosotros, y que
»allí nos estemos con El.»**

* Proloy. *Pater. Noster.*

** Cam, cap. XXVIII, n. 2,

II

EN LA COMUNIÓN

Al que se acerca a Dios le es necesario creer, porque sin fe es imposible agradarle.

Hebr. cap. XI, v. 6.

LA fe, dice San Juan Crisóstomo, que es el fundamento de nuestra religión, el vínculo de la caridad y el subsidio del amor; hace a los hombres familiares de Dios y amigos de Jesucristo. Por eso el alma, al acercarse a Jesús Sacramentado, fuente de vida eterna y manantial de amor, debe avivar la fe, que es el principio de su vida espiritual, de la misma manera que el corazón lo es de la vida corporal, para que, como dice Santa Teresa, «Ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle, por estar tan encubierto, se

»descubra a los del alma, y se le dé a
»conocer, que es otro mantenimiento
»de contentos y regalos, y que sus-
»tenta la vida.»* Y porque esta virtud
de la fe es el principio de todo lo
bueno, santo y divino que nace en
nuestro corazón, es la primera que
debemos practicar cuando nos acer-
camos a recibir la Sagrada Comu-
nión.

Igualmente debemos recoger los
sentidos para que nuestra alma, con-
vencida de la gran dignidad a la que
la va a sublimar el Señor, convir-
tiéndola en un cielo para su mora-
da, pueda atender con más adver-
tencia al buen Jesús que se humilla
en tal extremo, que se digna morar
en ella de una manera tan familiar y
amistosa. Así lo hacía Santa Tere-
sa, según que ella nos lo dejó escrito
con estas palabras, aunque hablando
en tercera persona.

«Mas sé desta persona, dice, que
»muchos años, aunque no era muy
»perfecta, cuando comulgaba, ni más

* Cam. cap. XXXIV, n. 4.

» ni menos que si viera con los ojos
» corporales entrar en su posada el
» Señor, procuraba esforzar la fe
» para (como creía verdaderamente
» que entraba éste Señor en su pobre
» posada) desocuparse de todas las
» cosas exteriores cuanto le era po-
» sible, y entrarse con El. Procuraba
» recoger los sentidos para que to-
» dos entendiesen tan gran bien:
» digo, no embarazasen a el alma
» para conocerle. Considerábase a
» sus pies y lloraba con la Magda-
» lena, ni más ni menos que si con
» los ojos corporales le viera en casa
» del Fariseo; y aunque no sintiese
» devoción, la fe la decía que estaba
» bien allí, y estábase allí hablando
» con El.»*

La otra virtud que hemos de practicar, cuando vamos a recibir la sagrada comunión, es la humildad, porque mientras más se humille nuestra alma en la presencia del Señor, más la subirá Dios. «Es imposible, dice la Santa, que si es uno

* Cam. cap. XXXIV, n. 6.

»humilde, no gane más. fortaleza en
»esta virtud, y aprovechamiento,
»porque está claro que ha de dar
»vuelta sobre su vida, y mirar lo poco
»que ha servido con lo mucho que
»debe al Señor, y la grandeza que
»El hizo en abajarse a sí para de-
»jarnos ejemplo de humildad, y mi-
»rar sus pecados, y a donde merecía
»estar por ellos.»*

Poniendo en comparación las vir-
tudes con las piezas del ajedrez,
continúa diciendo: «Creed que quien
»no sabe concertar las piezas del
»ajedrez, que sabrá mal jugar, y, si
»no sabe dar jaque, no sabrá dar
»mate... Cuán lícito sería para nos-
»otros (los que se acercan a la sa-
»grada comunión) esta manera de
»juego, y cuán presto, si mucho lo
»usamos, daremos mate a este Rey
»divino, que no se nos podrá ir de
»las manos, ni querrá. La dama es
»la que más guerra le puede hacer
»en este juego, y todas las otras
»piezas ayudan. No hay dama que

* Cam. Cap. XII, n, 5.

»ansí le haga rendir como la humil-
»dad. Esta le trajo del cielo en las
»entrañas de la Virgen, y con ella
»le traeremos nosotras de un cabello
»a nuestras almas. Y creed que quien
»más tuviere, más le terná, y quien
»menos, menos. Porque yo no en-
»tiendo, ni puedo entender, cómo
»haya, ni pueda haber humildad sin
»amor, ni amor sin humildad.»*

Esto es lo que tiene de excelente esta virtud de la humildad: que ella se abate, ella se esconde, ella se hace nada; pero haciéndose nada, ocultándose y abatiéndose, sublima, descubre y hace grande nuestra alma a los ojos del Señor que, si resiste a los soberbios, es atraído por los humildes. La humildad, pues, es el principio de nuestra grandeza en presencia de Jesús Sacramentado; por eso mucho se degrada el que se ensalza a sí mismo, mientras que el que se humilla en la presencia de Dios, es el mismo Dios el que le sublima y glorifica.

* Cam. cap. XVI, n. 1.

El mismo Jesús, al instituir la Eucaristía, nos dió el ejemplo de humildad más sublime que han visto los siglos, y nos dice expresamente que fué para que nosotros hagamos lo mismo: *Ejemplo os he dado, nos dice, para que, de la misma manera que yo lo he hecho, así lo hagáis vosotros.* Con lo cual nos da bien a entender que, así como El, al instituir la Eucaristía lava los pies de aquellos que la habían de recibir, enseñándonos con esto la limpieza y la pureza que debe preceder a la sagrada comunión, así también nosotros hemos de procurar recibirla en estas mismas condiciones.

ORACIÓN

PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

Aquí me llego, todopoderoso y eterno Dios, al sacrificio de vuestro unigénito Hijo, mi Señor Jesucristo, como enfermo al médico de la vida, como sucio a la fuente de misericordia, como ciego a la lumbré de la claridad eterna, como po-

bre al Señor de los cielos y de la tierra, y como desnudo al Rey de la gloria. Os ruego, pues, Señor, por vuestra infinita bondad y misericordia, tengáis por bien sanar mi enfermedad, limpiar mi suciedad, alumbrar mi ceguedad, enriquecer mi pobreza y vestir mi desnudez para que así pueda yo recibir el pan de los Angeles, al Rey de los reyes, al Señor de los señores con toda la reverencia y temor, con tanto dolor y verdadero amor, con tal fe y pureza, y con tal propósito y humildad, cual conviene para la salud de mi alma. Dadme, Señor, que reciba yo no solamente este Sacramento, sino la virtud y gracia del Sacramento. ¡Oh piadosísimo Padre! otorgadme que este unigénito Hijo vuestro, al cual yo propongo ahora recibir cubierto en esta vida, le merezca ver para siempre y sin velo en la otra. El cual con Vos vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

Lunes

NADA TE TURBE

Punto primero

No se turbe vuestro
corazón ni se acobarde.

Joan. XIV.—27.

No se turbe vuestro corazón ni haya miedo, dijo el Señor a sus Apóstoles; y esta misma reflexión te hace a ti, alma mía, Santa Teresa de Jesús, en estos momentos en que mora en tu corazón el Señor de cielos y tierra. *Nada te turbe*, te dice, porque, estando en ti el Señor de la majestad, no habrá quien sea contra ti, porque ese Dios de amor que se ha dignado hospedarse en tu cora-

zón, es todopoderoso; y si has puesto en El toda tu confianza, te comunicará fortaleza para salir bien de los lazos que te prepare el enemigo común.

«Tengo por una de las grandes
»mercedes que me ha hecho el Se-
»ñor (y hace a todas las almas que
»en El ponen su confianza) este áni-
»mo que me dió contra los demonios;
»porque andar un alma acobardada
»y temerosa de nada, sino de ofen-
»der a Dios, es grandísimo inconve-
»niente, pues tenemos Rey todopo-
»deroso y tan gran Señor (que se
»hospeda en el cielo de nuestra
»alma) que todo lo puede y a todos
»los sujeta. No hay que temer, an-
»dando, como he dicho, en verdad
»delante de su Majestad, y con lim-
»pia conciencia. Para esto, como he
»dicho, querría yo todos los temores:
»para no ofender en un punto a
»quien en el mismo punto nos puede
»deshacer. Que contento su Majes-
»tad, no hay quien sea contra nos-
»otros, que no lleve las manos en la
»cabeza.»*

* Vid. cap. XXVI. n. 1;

«Y va mucho en el alma que lle-
»ga aquí, a que el Señor de cielos y
»tierra haga morada en su corazón,
»conozca la dignidad grande en que
»está, y la gran merced que le ha
»hecho el Señor, y como de buena
»razón no había de ser de la tierra,
»porque ya parece la hace su bon-
»dad vecina del cielo, si no queda
»por su culpa. Y desventurada será
»si torna atrás (dejando la comu-
»nión); yo pienso será para ir hacia
»abajo, si la misericordia del Señor
»no la tornara a sí, porque la mayor
»parte será por graves culpas, a mi
»parecer, ni es posible dejar tan gran
»bien sin gran ceguedad de mucho
»mal. Y ansí ruego yo por amor del
»Señor a las almas a quien su Ma-
»jestad ha hecho tan gran merced,
»de que lleguen a este estado de tan-
»ta amistad y unión con El, que se
»conozcan y tengan en mucho, con
»una humilde y santa presunción
»para no tornar a las ollas de Egip-
»to.»*

Pon, pues, alma mía, tu confianza

* Vid. cap. XV. n. 2.

en ese Dios de amor que se ha dignado visitarte y morar en tu pobre corazón; y nada te turbe, que El te concederá cuantas gracias has menester para vencer todos los obstáculos que se opongan a tu aprovechamiento espiritual. «Pero entiende
»bien, alma mía, te dice Santa Teresa, bien como ello es, que estas
»gracias y favores te los da Dios sin
»ningún merecimiento tuyo, y agrá-
»déceselo a su Majestad; porque si
»no conoces que recibes, no te des-
»pertarás a amar (a ese Dios tan
»bondadoso); y es cosa muy cierta,
»que mientras más vemos estamos
»ricos con nuestro Dios y Señor,
»sobre conocer somos pobres de
»nuestra parte, más aprovechamien-
»to nos viene, y aun más verdadera
»humildad; lo demás es acobardar
»el ánimo, a parecer que no es ca-
»paz de grandes bienes, si encomen-
»zando el Señor a dárselos comienza
»él a atemorizarse con miedo de
»vanagloria. Creamos que quien nos
»da los bienes, nos dará gracia para
»que, en comenzando el demonio a
»tentar en este caso, le entendamos,

»y fortaleza para resistirle; digo, si
»andamos con llaneza delante de
»Dios, pretendiendo contentar sólo
»a El, y no a los hombres.»

«Es cosa muy clara que amamos
»más a una persona, cuando mucho
»se nos recuerda las buenas obras
»que nos hace. Pues si es lícito y
»tan meritorio, que siempre tenga-
»mos memoria que tenemos de Dios
»el ser, y que nos crió de no nada,
»y que nos sustenta, y todos los de-
»más beneficios de su muerte y tra-
»bajos, que mucho antes que nos
»criase los tenía hechos por cada
»uno de los que ahora viven; porqué
»no será lícito, que entienda yo, vea
»y considere muchas veces, que
»solía hablar en vanidades, y que
»ahora me ha dado el Señor, que no
»querría sino hablar con El»*, que
ha venido a mi alma, que mora en
mi pobre corazón y que tan bonda-
doso se muestra conmigo?

«¡No sé qué mayor amor puede
»ser que este!, que nos muestra

* Vid. cap. X, n. 4.

»nuestro Dios en el sacramento de
»su amor, y nos dejamos de entrar
»aquí todos, porque así dijo su
»Majestad: *Yo estoy con vosotros*
»*hasta la fin de los siglos.* ¡Oh,
»válame Dios, qué palabras tan ver-
»daderas! ¡Y cómo las entiende el
»alma que en la comunión lo ve en
»sí! ¡Y cómo las entenderíamos to-
»dos, si no fuese por nuestra culpa,
»pues las palabras de Jesucristo
»nuestro Rey y Señor no pueden
»faltar; mas faltamos nosotros en no
»disponernos y desasirnos de todo
»lo que nos puede embarazar.»*

«¡Oh, Señor mío, que si de veras
»os conociésemos, no se nos daría
»nada de nada, porque dais mucho
»a los que se quieren fiar de Vos!
»Creed, amigas, que es gran cosa
»entender que es verdad esto para
»ver que los favores de acá todos
»son mentira, cuando desvían algo
»el alma de andar dentro de sí. ¡Oh,
»válame Dios, quién os hiciese en-
»tender esto!»**

* Mor. Sept. cap. II, n. 7.

** Cam. cap. XXIX, n. 2.

Punto segundo

Yo soy Padre de misericordia y Dios de toda consolación.

2 Cor. cap. I. v. 3.

NADA te turbe, hija mía, porque soy Padre de misericordia y Dios de toda consolación. Yo te consolaré en toda tribulación. Yo estaré contigo todos los días hasta la consumación de los siglos, si tú no te apartas de mí. Yo estaré contigo y pondré en tu corazón la paz; te daré mi paz; pero no como la da el mundo, sino la paz en que descansan las almas, y es la felicidad de mis hijos. La paz que da el mundo, es solo paz en el nombre; pero la paz que yo te ofrezco en el Sacramento de mi amor, lo es en el nombre y en los efectos. Con la paz que da el mundo nunca descansará tranquilo tu co-

razón, mientras que en la paz que te ofrezco estará siempre sosegado y tranquilo, porque aquélla es susceptible de mucha turbación, y en ésta no hay turbación alguna, sino que todo es sosiego y tranquilidad. Descansa pues en esta paz y nada te turbe.

«Verdaderas son, te dice Santa
»Teresa, las palabras del Señor; no
»pueden faltar, antes faltarán los cie-
»los y la tierra, no le faltemos nos-
»otros, que no hagáis miedo que fal-
»te; y si alguna vez os faltare, será
»para mayor bien, como faltaban las
»vidas a los Santos cuando los ma-
»taban por el Señor, y era para au-
»mentarles la gloria con el martirio.
»Buen truco sería acabar con todo
»y gozar de la hartura perdurable.»*

¡Oh mi buen Jesús! ¡oh mi Padre
y Señor! Nada será capaz de turbar
la paz de mi corazón, mientras viva
unido a Vos, porque, si Vos, Señor
y Padre mío, estáis conmigo, a quién
temeré? a nadie, Señor, porque Vos

* Cam. cap. II, n. 1.

habéis afirmado mi corazón con vuestra promesa, y en la paz de vuestro amor dormiré y descansaré. Oid, pues, ahora, Padre y Dios mío, mis palabras y estad atento a la voz de mi corazón.

¡Oh Señor y Padre mío, conceded a mi alma esa paz que Vos habéis bajado del cielo! Esa paz, Jesús mío, que da descanso y sosiego al alma, y no cansa ni fatiga, como la que da el mundo. «Libradme, Dios mío, »os diré con Santa Teresa, libradme »de muchas maneras de paz que »tienen los del mundo; nunca, Señor, »me la dejéis probar, que es para »guerra perpetua. Cuando uno de »los del mundo anda muy quieto, »metido en grandes pecados, y tan »sosegado en sus vicios, que de nada »le remuerde la conciencia. Esta »paz es señal que el demonio y él »están amigos, y mientras vive no »le quiere dar guerra, porque, se- »gún algunos son malos, por huir »della, y no por amor de Vos, se »tornarían a Vos, enmendándose; »mas los que van por aquí nunca du- »raron en serviros, y como el demo-

»nio lo entiende, torna a dar gustos
»a su placer, y tórnase a su amis-
»tad, hasta que los da a entender
»cuán falsa era su paz.»*

No es ésta, Señor y Padre mío,
la paz que os pido, sino aquella que
ha menester mi alma, que nace de
Vos, según Santa Teresa, y que es
«Aquella santa paz que hace aventu-
»rar al alma a ponerse en guerra con
»todos los del mundo, quedándose
»ella con toda seguridad y pacífica.
»¡Oh qué dicha tan grande será para
»mi alma alcanzar esta merced! pues
»es juntarse mi alma con vuestra
»voluntad, de manera que no haya
»división entre Vos y ella, sino que
»sea una misma voluntad, no por
»palabra, no por solos deseos, sino
»puestos por obra».**

Esta paz, Padre y Señor mío, es
la que os pido y ha menester mi
alma, que trae consigo la serenidad,
la alegría y el gozo del Espíritu San-
to. Decid, pues, a mi alma que vaya
en paz, como lo digisteis a la glo-

* Con. cap. II, n. 1, 2.

** Con. cap. III, n. 1.

riosa Magdalena cuando se arrojó a vuestros pies en casa del Fariseo, pues «heme acordado con la Santa, »que esta salutación vuestra debe »ser mucho más de lo que suena: el »decir Vos a la gloriosa Magdalena »que se fuese en paz. Porque, como »vuestras palabras son hechas como »obras en nosotros, de tal manera »deben hacer operación en aquellas »almas que están dispuestas, que »aparten de ellas todo lo que es corpóreo en el alma, y la dejen en »puro espíritu, para que se pueda »juntar en unión celestial con el Espíritu increado; que es muy cierto »que, en vaciando nosotros todo lo »que es criatura, y deshaciéndonos »de ella por vuestro amor, Vos la »habéis de enchar de Vos mismo».*

Concededme, pues, esta paz, y con ella nada será capaz de turbar la tranquilidad de mi corazón.

«Cúmplase, Señor, en mí vuestra »voluntad de todos los modos y maneras que vos, Señor mío, quisié-

* Mor. Sept. cap. II, n. 6.

»redes: Si queréis con trabajos, dad-
»me esfuerzo y vengan; si con per-
»secuciones y enfermedades, aquí
»estoy; no volveré, Padre mío, ni es
»razón vuelva las espaldas. Pues no
»es razón falte por mi parte, sino
»que me hagáis Vos merced de dar-
»me gracia para que yo lo pueda
»hacer; disponed en mí, como en
»cosa vuestra, conforme a vuestra
»volunlad.»*

* Cam. cap. XXXII. n. 7.

Punto tercero

Todas mis delicias
son estar con los hijos
de los hombres.

Prov. VIII.

OH Padre y Señor mío! Bendito seáis Vos por siempre jamás, que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros conmigo, y haceros Padre de una cosa tan baja y miserable como yo; y cómo me dáis con el nombre de Hijo todo lo que me podéis dar, pues que queréis que os tenga por Padre, que es darme derecho a vuestra herencia y a todos los bienes del cielo. ¡Oh Jesús mío! con cuánta razón desea mi alma entrar en sí para mejor subir sobre sí misma a que le deis a entender qué cosa es el lugar donde estáis que es el cielo de mi alma.

«¡Oh Señor mío y bien mío! que

»no puedo decir esto sin lágrimas y
»gran regalo de mi alma, que que-
»ráis Vos, Señor, estar así con nos-
»otros, y estáis en el Sacramento,
»que con toda verdad se puede creer,
»pues lo es, y con gran verdad po-
»demos hacer esta comparación; y
»si no es por nuestra culpa, nos po-
»demos gozar con Vos, que Vos os
»holgáis con nosotros, pues decís ser
»vuestros deleites estar con los hijos
»de los hombres!»

«¡Oh, Señor mío! qué es esto?
»Siempre que oigo esta palabra me
»es gran consuelo, aún cuando era
»muy perdida. Es posible, Señor,
»que haya alma que llegue a que
»Vos le hagáis mercedes semejantes
»y regalos; y a entender que Vos os
»holgáis con ella, que os torne a
»ofender después de tantos favores,
»y de tan grandes muestras del amor
»que la tenéis, que no se puede du-
»dar, pues se ve claro la obra? Sí la
»hay por cierto, y no una vez, sino
»muchas, que soy yo; y plega a
»vuestra bondad, Señor, que sea yo
»sola la ingrata, y la que haya hecho
»tan gran maldad, y tenido tan ex-

»cesiva ingratitud; porque aun ya
»della algún bien ha sacado vuestra
»infinita bondad; y mientras mayor
»mal, más resplandece el gran bien
»de vuestras misericordias.»*

«¡Oh mi buen Jesús! Vos decís ser
»Padre de mi alma, y como vuestra
»palabra no puede faltar, obligaisos
»a que se cumpla en mí, que no es
»pequeña carga; pues en siendo Pa-
»dre, me habéis de sufrir, por gra-
»ves que sean las ofensas, si me
»torno a Vos, como el Hijo pródigo.
»Hasme de perdonar, hasme de con-
»solar en mis trabajos, hasme de
»sustentar, como lo ha de hacer un
»tal Padre, que forzado ha de ser
»mejor que todos los padres del mun-
»do; porque en Vos no puede haber
»sino todo bien cumplido; y después
»de todo esto hacerme participante
»y heredero de Vos.»

«Mirad, Señor mío, que ya que a
»Vos, con el amor que me tenéis y
»con vuestra humildad, no se os
»ponga nada delante, en fin, Señor,

* Vid. cap. XIV, n.7.

»estáis en la tierra y vestido della,
»pues tenéis nuestra naturaleza, pa-
»rece tenéis alguna causa para mirar
»mi provecho; mas mirad que estáis
»también en el cielo, Vos lo decís,
»es razón que miréis por vuestra
»honra; ya que estáis Vos (en la
»tierra ofrecido en este sacramento
»de vuestro amor a ser desatendido
»por mí) dejados libre en el cielo,
»no os obliguéis a tanto por gente
»tan ruin como yo, que os ha de dar
»tan malas gracias.»

«¡Oh buen Jesús, qué claro habéis
»mostrado ser una misma cosa en
»el cielo y en la tierra, y que vues-
»tra voluntad es una misma! ¡Qué
»confesión tan clara, Señor mío,
»qué cosa es el amor que me tenéis!
»Habéis andado rodeando y encu-
»briéndoos, y con el gran deseo que
»tenéis de mi bien, no se os pone
»cosa delante, por hacerme tan gran-
»dísima merced. Quién la podía ha-
»cer sino Vos, Señor? Al menos
»bien veo, mi Jesús, que habéis
»hablado como Padre de mi alma,
»y que sois poderoso para que se
»haga en el cielo lo que Vos decís

»en la tierra. Bendito seáis por siem-
»pre, Señor mío, que tan amigo sois
»de dar, que no se os pone cosa de-
»lante.»*

«No acaba, alma mía, de pagar
»en esta vida este servicio (que le
»haces a tu Padre celestial, en reci-
»birle en este sacramento); en tanto
»le tiene su Majestad, que nunca
»se cansa de dar; porque, no con-
»tento con tener nuestra alma una
»cosa consigo, por haberla ya unido
»a sí mismo (sacramentalmente por
»medio de la comunión) comienza a
»regalarse con ella, y a descubrirle
»secretos, y a holgarse de que en-
»tienda lo que ha ganado con esta
»unión y que conozca algo de lo que
»la tiene por dar.»**

«¡Con cuánta razón puedo yo para
»siempre cantar vuestras misericor-
»dias! Suplícoos yo, Dios mío y Pa-
»dre mío, sea así, y las cante yo
»sin fin, ya que habéis por bien de
»hacerlas tan grandísimas conmigo,
»que espantan a los que las ven, y a

* Cam. cap. XXVII.

** Cam. cap. XXXII, n. 8.

» mí me sacan de mí muchas veces
» para poder mejor alabaros a Vos;
» que estando en mí sin Vos, no po-
» dría nada, sino tornar a ser corta-
» das estas flores (de las virtudes)
» deste huerto (de mi alma), de suer-
» te que esta tierra (de mi corazón)
» tornase a servir de muladar, como
» antes. No lo permitáis, Señor, ni
» queráis se pierda alma que con
» tantos trabajos comprásteis, y tan-
» tas veces de nuevo la habéis torna-
» do a rescatar y quitar de los dientes
» del espantoso dragón.»*

* Vid. cap. XIV, n. 7.

Martes

NADA TE ESPANTE

Punto primero

No quieras temer ni
de nada te espantes.

Denth. cap. I. v. 21.

QUITO el Señor manifestar a sus discípulos un rasgo de la gloria y majestad que tiene en el cielo; y cuando a través de una nube muy luminosa vieron el rostro de Jesucristo, que resplandecía más que el sol, quedaron turbados y espantados de ver tanta gloria, y, sobrecojidos de grande miedo, se dejaron caer sobre sus rostros; pero el Señor los levantó y les dijo que no te-

mieran ni se espantaran. Esto mismo es, alma mía, lo que te persuade Santa Teresa, cuando recibes a Jesús Sacramentado en la comunión. *Nada te espante*, te dice, si el buen Jesús, por sola su bondad y misericordia, te muestra su grandeza y majestad a través de los accidentes en este Sacramento en el que, no sólo oculta su divinidad, sino también su humanidad.

En algunas parábolas de los libros Santos, quiso el Señor asemejarse a un Padre; pero en la del convite, que fué una figura de la Sagrada Eucaristía, quiso asemejarse a un Rey espléndido para darnos a entender que, así como en la mesa de un monarca se presentan, para alimento del cuerpo y del gusto, cuantos manjares pueden servir de satisfacción al apetito, en la Eucaristía te ofrece este Señor su mismo cuerpo y sangre, que contiene todos los bienes de la gloria con más abundancia de lo que sabes apetecer y desear. Pero este Rey de amor, cuya majestad llena el templo, y con su grandeza llena los cielos y la tierra, al sentar-

se en ese trono de amor que su caridad nos ha deparado en el altar, ha ocultado toda su gloria y grandeza bajo las especies y apariencias de pan para que, lejos de espantarte su majestad, te atraiga su mansedumbre y humildad.

Nada, pues, te espante, alma mía; al bajar sobre el Sacramento de amor, el buen Jesús se dejó en el cielo la justicia para darse enteramente a la clemencia y misericordia, y se abaja a ti con humildad para que tú te llegues a El con más confianza.

« Cuando yo me llegaba a comulgar, dice Santa Teresa, y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era la que estaba en el Santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia) los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! Mas si no encubriérades vuestra grandeza, quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor, alá-

»benos los Angeles y todas las cria-
»turas, que así medís las cosas con
»nuestra flaqueza para que, gozando
»de tan soberanas mercedes (como
»nos hacéis cuando venís a nuestra
»alma) no nos espante vuestro gran
»poder, de manera que aun no las
»osemos gozar, como gente flaca y
»miserable.»*

Ya ves, pues, como el buen Jesús, midiendo las obras de su poder con las fuerzas de tu debilidad y flaqueza, ha reducido su naturaleza y ocultado su majestad tras los velos de los accidentes eucarísticos para que con más confianza te llegues a El y goces de sus bondades y misericordias.

«¡Oh riqueza de los pobres, ex-
»clama Santa Teresa. Oh Rey de la
»gloria, y qué admirablemente sa-
»béis sustentar las almas, y, sin que
»vean tan grandes riquezas, poco a
»poco se las vais mostrando? Cuan-
»do yo veo una Majestad tan grande,
»disimulada en cosa tan poca, como

* Vid. cap. XXXVIII, n. 13.

»es la Hostia, es así, que después
»acá a mí me admira sabiduría tan
»grande, y no sé cómo me da el Se-
»ñor ánimo y esfuerzo para llegarme
»a El, si el que me ha hecho tan
»grandes mercedes, y hace, no me
»le diese; ni sería posible poderlo
»disimular ni dejar de decir a voces
»tan grandes maravillas.»

«Pues qué sentirá, Señor y Rey
»mío, una miserable como yo, car-
»gada de abominaciones, y que con
»tan poco temor de Dios ha gastado
»su vida, de verse llegar a este Se-
»ñor de tanta majestad, cuando quie-
»re que mi alma le vea? Cómo ha de
»juntar boca que tan malas palabras
»ha hablado contra el mismo Señor,
»a aquel cuerpo gloriosísimo, lleno
»de limpieza y de piedad? Que duele
»más y aflige el alma el amor que
»muestra aquel rostro de tanta her-
»mosura, con una ternura y afabili-
»dad, que temor pone la Majestad
»que ve en El.»*

«Pero con todo eso, *Nada te es-*

* Vid. cap. XXXVIII, n. 14,

»*pante*, te dice la Santa. Haz cuenta
»que dentro de ti está un palacio de
»grandísima riqueza, todo su edificio
»de oro y piedras preciosas, en fin,
»como para tal Rey y Señor, y que
»eres tú parte para que este edificio
»sea tal (como a la verdad lo es, que
»es así, que no hay edificio de tanta
»hermosura como un alma limpia y
»llena de virtudes; y mientras mayo-
»res más resplandecen las piedras) y
»que en este palacio está este gran
»Rey, y que ha tenido por bien ser
»tu huésped, y que está en un trono
»de grandísimo precio que es tu co-
»razón.»

«Parecerá esto al principio cosa
»impertinente, y podrá ser aprove-
»che mucho, porque todo es menes-
»ter para que entendamos con ver-
»dad que hay otra cosa más preciosa
»sin ninguna comparación, dentro de
»nosotros de lo que vemos por de
»fuera.»*

* Cam. cap. XXVIII, n. 6 y 7.

Punto segundo

He aquí a tu Rey que viene a ti lleno de mansedumbre.

Math. cap. XXI v. 5.

LLENO de mansedumbre hizo el Señor su entrada en la ciudad de Jerusalem, mientras el júbilo y alegría se mostraba en los semblantes de los que le recibían como Rey y Salvador; y revestido de esa misma mansedumbre hace la entrada en tu alma por medio de la Sagrada Comunión. ¿Pero serás tú, alma mía, tan ingrata como los habitantes de Jerusalem, que por la mañana le reciben con tanta solemnidad y por la tarde le olvidan, le desconocen y le abandonan hasta el extremo de verse obligado el Señor a salirse de entre ellos para buscar hospedaje en Bethania? No así, sino como Santa Te-

resa, que dice de sí misma: «Ha más
»de treinta años que comulgaba este
»día, si podía, y procuraba aparejar
»mi alma para hospedar al Señor;
»porque me parecía mucha la cruel-
»dad que hicieron los judíos, des-
»pués de tan gran recibimiento, de-
»jarle ir a comer tan lejos; y hacía
»yo cuenta de que se quedase con-
»migo, y harto en mala posada, según
»ahora veo, y ansí para la comunión
»me ha quedado aprovechamiento».*

Apareja, pues, tú, como la Santa, el cielo de tu alma para hospedar en él a este Rey de amor, que no desea otra cosa que sentarse en ese trono de amor de grandísimo precio que, como dice la Santa, es tu corazón, a fin de poder reinar en él. «Piensas
»que importa poco saber qué cosa
»es ese cielo, y a dónde se ha de
»hospedar este Rey de amor? Pues
»yo te digo que, para entendimien-
»tos derramados, importa mucho, no
»sólo creer esto, sino procurarlo en-
»tender por experiencia, porque hace

* Pápel, n. 2.

»recoger el alma. Ya sabes que Dios
»está (sacramentalmente en tu cora-
»zón, pues lo acabas de recibir),
»pues claro está, que a donde está
»Dios es el cielo; sin duda lo puedes
»creer, que a donde está su Majes-
»tad, está toda la gloria; pues mirad
»que dice San Agustín que le bus-
»caba en muchas partes, y le vino a
»hallar dentro de sí mismo».

«Piensas que importa poco para
»un alma derramada entender esta
»verdad, y ver que no ha menester
»para hablar con su Rey ir al cielo,
»ni para regalarse con él, ni ha me-
»nester hablar a voces? Por ¿paso
»que hable, está tan cerca, que nos
»oír, ni ha menester alas para ir a
»buscarle, sino ponerse en soledad
»y mirarle dentro de sí, y no extra-
»ñarse de tan buen huésped, sino
»con gran humildad hablarle como a
»Rey, pedirle como a Rey, contarle
»sus trabajos, pedirle remedio para
»ellos, entendiendo que no es digna
»de ser su hija y esclava.»

«Déjese de unos encogimientos
»que tienen algunas personas, y
»piensan que es humildad. Sí, que

»no está la humildad en que, si el
»Rey os hace una merced, no la to-
»méis, sino tomarla y entender cuán
»sobrado os viene, y holgaros con
»ella. Donosa humildad, que me ten-
»ga yo al Emperador del cielo y de
»la tierra en mi casa, que se viene a
»ella por hacerme merced, y por
»holgarse conmigo, y que por hu-
»mildad ni le quiera responder, ni
»estarme con El, ni tomar lo que me
»da, sino que le deje solo? Y que
»estando diciéndome y rogando que
»le pida, por humildad me quede
»pobre, y aun le deje ir, de que ve
»que no acabo de determinarme.»*

«No te imagines, pues, vacía en
»lo interior, te dice la Santa (porque
»en tu corazón se ha hospedado tu
»Rey y Señor) que tengo por impo-
»sible, si trajeses cuidado de acor-
»darte que tienes tal huésped dentro
»de ti, que te dices tanto a las co-
»sas del mundo, porque verías cuán
»bajas son para las que dentro po-
»sees. Porque si entiendes bien lo
»que es tu alma, lo que puede me-

* Cam. cap. XXVIII, n. 1.

»recer tu alma y quién está dentro
»de tu alma (después de la sagrada
»comunión) y si entiendes ahora que
»en ese palacio pequeñito de tu
»alma cabe tan gran Rey, no le de-
»jaras tantas veces solo; alguna te
»detuvieras con El, y más procura-
»ras que no estuviera tan sucia.
»Mas qué cosa de tanta admiración,
»que quien hinchiera mil mundos
»con su grandeza, encerrase en cosa
»tan pequeña! Así quiso caber en
»el vientre de su Sacratísima Madre.
»Como es Señor, consigo trae la
»libertad; y como nos ama, hácese
»a nuestra medida.»*

¿Qué te detiene, pues, alma mía, en estos momentos que tienes en tu interior al Rey de cielos y tierra? Qué haces que no te aprovechas de tantas riquezas como te ofrece este divino Rey, y pone a tu disposición? San Juan Crisóstomo te recuerda que en la Eucaristía puso el Señor a tu disposición todos los tesoros de su divinidad; el Concilio de Trento te asegura que ese Rey de

* Cam. cap. XXVIII, n. 7 y 8.

las almas, con el fin único de comunicarse más íntimamente contigo y enriquecerte con todos los bienes del cielo, instituyó ese Sacramento de su cuerpo, en el que no sólo te da las riquezas de su amor, sino que te comunica su propia vida y te la prodiga con abundancia infinita.

«Por cierto, te dice Santa Teresa, »que si te llegases al Santísimo Sa- »cramento con fe y amor, que de »una vez bastase para dejarte rica, »cuanto más de tantas. Sino que no »parece sino cumplimiento el lle- »garte a él, y así te hace tan poco »fruto. ¡Oh miserable mundo que »ansí tienes atapados los ojos a los »que viven en ti para que no vean »los tesoros con que podrían gran- »gear riquezas perpetuas! ¡Oh Se- »ñor del cielo y de la tierra! ¡Oh »Rey de mi alma! Qué es posible »que, aun estando en esta vida mor- »tal, se pueda gozar de Vos con par- »ticular amistad? Seáis bendito Se- »ñor y Rey mío, que por vuestra »parte no perderemos nada.»*

* Con. cap. III, n. 10,

Punto tercero

Hé aquí que el reino de Dios está dentro de vosotros mismos.

Luc. cap. XVII. v. 21.

EL reino de Dios, alma mía, está dentro de ti misma. Así te lo asegura el mismo Dios; porque su reino no es exterior, sino de humildad, de dulzura y de amor. Por eso el mismo Jesús te invita a buscarle, no en la pompa exterior del mundo, sino en el fondo mismo de tu corazón, en donde El quiere sentar su trono y reinar en él por su amor y por su espíritu.

«¡Oh Rey de la gloria y Señor de todos los reyes, dice Santa Teresa, cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! Cómo no son menester terceros para vos! Con mirar vuestra persona se ve

» luego que sois solo el que merecéis
» que os llamen Señor. Según la
» Majestad mostráis, no es menester
» gente de acompañamiento, ni de
» guarda, para que conozcan que
» sois Rey; porque acá un Rey solo,
» mal se conocerá por sí; aunque él
» más quiera ser conocido por rey,
» no le conocerán, que no tiene más
» que los otros, es menester que se
» vea por lo creer. Y así es razón
» tenga estas autoridades postizas,
» porque si no las tuviese, no le ter-
» nían en nada; porque no sale de sí
» el parecer poderoso, de otros le ha
» de venir la autoridad.»

« ¡Oh Señor mío! ¡Oh Rey mío!
» Quién supiera ahora representar la
» Majestad que tenéis? Es imposible
» dejar de ver que sois grande Empe-
» rador en Vos mismo, que espanta
» a mirar esta Majestad; mas más
» espanta, Señor mío, mirar con ella
» vuestra humildad y el amor que
» mostráis a una como yo. En todo
» se puede tratar y hablar con Vos
» como quisiéremos, perdido el pri-
» mer espanto y temor de ver vuestra
» Majestad, con quedar mayor para

»no ofenderos, mas no por miedo
»del castigo, Señor mío, porque éste
»no se tiene en nada en comparación
»de no perderos a Vos.»*

«Es cierto que yo me he regalado
»hoy con el Señor y atrevido a que-
»jarme de su Majestad, y le he di-
»cho: Cómo, Dios mío, que no bas-
»ta que me tenéis en esta miserable
»vida, y que por amor de Vos paso
»por ello, y quiero vivir a donde
»todo es embarazos para no gozaros,
»sino que he de comer y dormir y
»negociar y tratar con todos, y todo
»lo paso por amor de Vos? Pues
»bien sabéis, Señor mío, que me es
»tormento grandísimo, y que tan po-
»quitos ratos como me quedan ahora
»de Vos, os me escondáis. Cómo se
»compadece esto en vuestra miseri-
»cordia? Cómo lo puede sufrir el
»amor que me tenéis? Creo, Señor,
»que si fuera posible poderme es-
»conder yo de Vos, como Vos de
»mí, que pienso y creo del amor que
»me tenéis, que no lo sufriríades;

* Vid. cap. XXXVII. n. 3. LIV

»mas estáis Vos conmigo y veisme
»siempre; no se sufre esto, Señor
»mío, suplicoos miréis que se hace
»agravio a quien tanto os ama. Al-
»gunas veces desatina tanto el amor,
»que no me siento, sino que en todo
»mi seso doy estas quejas, y todo
»me lo sufre el Señor; alabado sea
»tan buen Rey.»*

«También me parece que anda su
»Majestad a probar quién le quiere,
»descubriendo quién es con deleite
»tan sabroso, por avisar la fe, si está
»muerta, de lo que nos ha de dar,
»diciendo: Mira que esto (que ahora
»gozas, regalándote conmigo) es una
»gota del mar grandísimo de bienes,
»por no dejar nada por hacer con los
»que ama; y como ve que le reciben
»ansí, da y se da. Quiere a quien le
»quiere; y qué bien querido, y qué
»buen amigo! ¡Oh Señor de mi alma,
»y quién tuviera palabras para dar a
»entender que dais a los que se fían
»de Vos, y qué pierden los que lle-
»gan a recibiros en la sagrada comu-

* Vid. cap. XXXVII. n. 5.

»nión y se quedan consigo mismos!
»No queráis Vos esto, Señor, pues
»más que esto hacéis Vos, que os
»venís a una posada tan ruín como
»la mía. Bendito seáis por siempre
»jamás.»*

«No está claro, alma mía, que a
»quien Dios hiciese merced tan gran-
»de de juntarse con su alma en tanta
»amistad, como en la Sagrada Co-
»munióñ, que la ha de dejar bien
»rica de bienes suyos? Mas ya ves
»es menester grande ayuda suya
»para cosa semejante, porque cierto
»éestas no pueden ser tuyas, sino el
»pedir y el desear te haga esta mer-
»ced (de reinar en tu corazón con
»tanta gracia y amistad como El de-
»sea) y aun esto con su ayuda, que
»de lo demás, qué ha de poder un
»gusano como tú, pues que el peca-
»do te tiene tan acobardada y mise-
»rable, que todas las virtudes imagi-
»nas tasadamente con tu bajo natu-
»ral.»**

Mas Vos, Dios mío, y Rey mío,

* Vid. cap. XXII. n. 11.

** Con cap. III, n. 8.

habéis medido vuestra largueza con mi flaqueza y poquedad para que, gozando de tan soberanas mercedes como vuestra Majestad con tanto amor y amistad me hace, no me espante vuestro gran poder; pues «podríame acaecer lo que a un labrador, y esto sé cierto es así, hallóse un tesoro, y como era más que cabía en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él, le dió una tristeza, que poco a poco se vino a morir de puro afligido y cuidadoso, de no saber qué hacer dél. Si no le hallara junto, sino que poco a poco se lo fueran dando y sustentando con ello, viviera más contento que siendo pobre, y no le costara la vida».*

¡Bendito sea un Rey tan bueno que así se porta con su esclava! Alábenos, Señor y bien mío, los ángeles por siempre jamás. Amen.

* Vid. cap. XXXVIII, n. 14.

Miércoles

TODO SE PASA

Punto primero

No quieras amar al mundo ni las cosas que hay en el mundo, porque el mundo pasa y su concupiscencia; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

I. Joan. cap. II, v. 15 y 17.

TODO se pasa! ¡Si, alma mía, todo se pasa en esta vida! Pasan las cosas de este mundo, y pasa también el mundo con ellas, porque todo lo que hay en el mundo, según el Discípulo Amado, no es más que concupiscencia de la carne, concupis-

cencia de los ojos y soberbia de la vida. Por eso, el amor desordenado que pones en las riquezas, en los honores y en todo lo que puede lisonjear tus sentidos, pasará juntamente con la sombra y figura del mundo. Sólo el amor y amistad a que te invita el buen Jesús desde el Sagrario ha de durar para siempre, si no lo pierdes por tu culpa, porque sólo El permanece siempre de la misma manera en el Sacramento de sus amores, en donde día y noche, y hasta la consumación de los siglos, está ofreciendo a las almas ese amor y esa amistad que las ha de hacer felices y dichosas no sólo en esta vida, sino también en la gloria del cielo.

Por eso, no debes poner tu confianza ni mucho menos tu amor, en ninguna de las criaturas que suelen faltar al mejor tiempo, y sólo confiar y amar al buen Jesús que, como dice Santa Teresa, no falta nunca, y es el mejor y verdadero amigo. «Qué mejor amigo, dice, que el buen » Jesús que se quedó en el altar sólo » por hacerte compañía y labrar tu

»felicidad; pues El mismo dice que
»tiene todas sus complacencias en
»estar contigo? Este si que es el ver-
»dadero amigo; de todos los demás,
»cuando pensares tener más, estarás
»más boba.»*

Si has probado las dulzuras del amor de Jesús Sacramentado, y no las aprecias más que las falaces y mentidas dulzuras con que el mundo suele engañar a sus amadores, eres semejante a una esposa ingrata que roba el cariño y amor a su esposo para ponerlo en cualquier alaja de las que su esposo le ha dado para mostrarle el amor que la tiene. Todas las que te pueden dar contento en la tierra, no son más que migajas que han caído de la mesa del Señor, o, como dice la Santa, una gota del mar grandísimo de bienes que el buen Jesús te tiene reservadas; pero si tú pones tu amor en ellas y lo apartas de El, no correspondeste a las finezas de su amor que te las muestra, no para que te detengas en ellas,

* Cart. 76 tom. 2.

sino para que le ames más y no te apartes nunca de El.

«Sería gran villanía y grosería, dice Santa Teresa, la Esposa del Rey, a quien él escogió, siendo de baja suerte, no hacer presencia en su casa, y corte el día que él quiere que la haga, como lo hizo la Reina Vasthi, lo cual el Rey sintió, como lo cuenta la Santa Escritura. Lo mismo suele hacer nuestro Señor con las almas que se esquivan dél; pues su Majestad lo manifiesta diciendo: *Que sus regalos eran estar con los hijos de los hombres.* Y si todos huyesen, privarían a Dios de sus regalos, según este atributo, aunque sea debajo de color de humildad, lo cual no sería, sino indiscreción y mala crianza, y género de menosprecio, no recibir de su mano lo que él da; y falta de entendimiento del que tiene necesidad de una cosa para el sustento de la vida, cuando se la dan, no tomarla.»*

No seas tú, alma mía, de las que huyen la compañía de Jesús Sacra-

* Cart. VIII. n. 12 tom. I.

mentado. ¡Dichosa mil veces serás, si en este mundo no buscas otro consuelo que estar en compañía del buen Jesús que se ha dignado quedarse en el Santísimo Sacramento para desposarse contigo, y que si lo hace oculto bajo los accidentes, es para comunicarse mejor, entrando en tu corazón y poseerlo todo entero. »No quiere este divino Esposo de tu »alma, dice la Santa, que os quedéis »con nada; poco o mucho todo lo »quiere para sí; y conforme a lo que »entendiéredes de vos que habéis »dado, se os darán mayores o me- »nores mercedes.* En este desasi- »miento que hemos de tener está el »todo, si va con perfección. Aquí »digo está todo, porque abrazándo- »nos con solo el Criador, y no se »nos dando nada por todo lo criado, »su Majestad infunde las virtudes »que habemos menester para esto, »de manera que, trabajando nos- »otros poco a poco lo que es en »nosotros, no ternemos mucho más »que pelear, que el Señor toma la

* Mor. Quint. cap. I n. 2.

»mano contra los demonios y contra
»todo el mundo en nuestra defensa.
»Pensáis que es poco bien procurar
»este bien de darnos todas a El
»todo, sin hacernos partes, pues en
»El están todos los bienes, como
»digo?»*

«Bendito seáis Vos, mi Dios, y
»alábenos los ángeles y todo lo
»criado, que es grandísima merced
»la que me hacéis, esperándome con
»tanto amor. Ya no hay disculpa
»para mí, Señor, yo lo confieso, y
»así he más menester vuestra mi-
»sericordia para que me perdonéis.**

»Buena estuviera yo, Señor, si estu-
»tuviera en mi mano el cumplirse
»vuestra voluntad en el cielo y en la
»tierra. Ahora la mía os doy libre-
»mente, aunque a tiempo que no va
»libre de intereses, porque ya tengo
»probado y con gran experiencia
»dello, la ganancia que es dejar li-
»baramente mi voluntad en la vues-
»tra.»***

* Cam. cap. VIII. n. 1.

** Cam. cap. VIII, n. 1.

*** Cam. cap. XXXII, n. 3.

Punto segundo

Yo te desposaré conmigo para siempre, y sabrás que yo soy el Señor.

Oseas, cap. II, v. 20.

UNA de las finezas que a Santa Teresa hizo Jesús Sacramentado para manifestarle el amor que la tenía, fué darle su mano derecha, un día después de la comunión y decirle: *Mira este clavo, que es señal que serás mi Esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo de Criador, y como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera Esposa mía; mi honra es ya tuya y la tuya mía.** «Claro» está, dice la Santa, que a quien »Dios hiciere merced tan grande de

* Papel, n. 17.

»juntarse con su alma en tanta amis-
»tad, que la ha de dejar bien rica
»de bienes suyos,* porque júntase
»una suavidad en lo interior del
»alma, tan grande, que se da bien a
»sentir está nuestro Señor bien ve-
»cino della;** pero el alma no entien-
»de cómo ni por dónde entra aquel
»bien, que querría no perderle: que-
»rría no menearse, ni aún mirar,
»porque no se le fuese»***

«Sabed que es el mayor gozo que
»en la vida se puede gustar, aunque
»se junten todos los deleites y gus-
»tos del mundo. Vése el alma criada
»y mejorada, sin saber cuándo lo
»mereció; enseñada a grandes ver-
»dades, sin ver el Maestro que la
»enseña; fortalecida en las virtudes,
»regalada de quien tan bien lo sabe
»y puede hacer, no sabe el alma a
»qué lo comparar, sino al regalo de
»la madre que ama mucho al hijo y
»le cría y regala.»****

* Con. cap. III, n. 8.

** Con. cap. II, n. 4.

*** Con. cap. IV, n. 5.

**** Con. cap. IV, n. 8.

Esta fineza, alma mía, que hizo el Señor a Santa Teresa de Jesús, está dispuesto a hacerla contigo, si no queda por tu culpa. Con amoroso acento te dice desde la Hostia Santa: *Yo quiero desposarte conmigo en amor para que tú seas toda mía y yo todo tuyo, pues, siendo tu Dios, tu Padre y tu Rey, he bajado del cielo a la tierra para subirte de la tierra al cielo; y, al quedarme en este sacramento, no tuve otro deseo que encender en tu corazón las llamas en que arde el mío, y no quiero otra cosa sino que arda también el tuyo y que arda mucho para que experimentes las dulzuras de mi amor.* Estas son, alma mía, las ansias de Jesús Sacramentado, dulcemente enamorado de tu corazón; encender en él las llamas de ese amor puro y santo en que arden las almas santas; comunicarte esas inspiraciones que marcan las sendas de la virtud, y hablarte al corazón esas palabras de vida eterna que son el consuelo de sus escogidos y dan ánimo y esfuerzo al alma para seguir al Amado por el camino del cielo.

«Pero no te espantes, te dice la
»Santa, de las muchas cosas que es
»menester mirar para comenzar este
»viaje divino, que es camino real
»para el cielo. Gánase yendo por él
»gran tesoro; no es mucho que cues-
»te mucho a nuestro parecer; tiempo
»verná que se entienda cuán no nada
»es todo para tan gran precio.»*

«Cuando un alma comienza, por
»no la alborotar de verse tan peque-
»ña para tener en sí cosa tan gran-
»de, el buen Jesús no se da a cono-
»cer hasta que va ensanchando esta
»alma poco a poco, conforme a lo
»que entiende es menester para lo
»que pone en ella. El punto está en
»que no se la demos por suya con
»toda determinación y la desemba-
»racemos para que pueda poner y
»quitar como en cosa propia. Esta
»es su condición, y tiene razón su
»Majestad no se lo neguemos. Y
»como El no ha de forzar nuestra
»voluntad, toma lo que le damos;
»más no se da a sí del todo hasta que

* Cam. cap. XXI.

»nos damos del todo a El; esto es
»cosa cierta y porque importa tanto,
»os lo acuerdo tantas veces; ni obra
»en el alma como cuando del todo
»sin embarazo es suya, ni sé cómo
»puede obrar; es amigo de todo con-
»cierto. Pues si el palacio de nuestra
»alma henchimos de gente baja y
»de baratijas, cómo ha de caber el
»Señor en su corte.»*

«La pobre alma, aunque quisiera,
»no puede lo que querría, ni puede
»nada sin que se lo den; y esta es su
»mayor riqueza, quedar, mientras
»más sirve, más adeudada, y muchas
»veces fatigada de verse sujeta a
»tantos inconvenientes y embarazos
»y ataduras como trae el estar en la
»cárcel deste cuerpo, porque querría
»pagar algo de lo que debe a su Ma-
»jestad. Qué puede pagar el alma
»que, como digo, no tiene que dar
»si no lo recibe? Sino conocerse, y
»esto que puede con el favor de Dios
»que es darle su voluntad, hacerlo
»cumplidamente.»**

* Cam. cap. XXVIII, n. 8.

** Dam. cap. XXXII, n. 8.

«¡Oh hijas mías! Déos nuestro
»Señor a entender o, por mejor de-
»cir, a gustar (que de otra manera no
»se puede entender) cual es el gozo
»del alma cuando está así. Allá se
»avengan los del mundo con sus
»riquezas y señoríos, y con sus
»deleites y con sus honras y sus
»manjares, que si todo lo pudiesen
»gozar, sin los trabajos que trae
»consigo, lo cual es imposible, no
»llegara en mil años al contento
»que en un momento tiene un alma,
»a quien el Señor llega aquí. Si San
»Pablo dice *que no son dignos to-*
»*dos los trabajos del mundo para*
»*la gloria que esperamos*, yo digo
»que no son dignos ni pueden mere-
»cer una hora desta satisfacción que
»aquí da Dios al alma, y ningún
»gozo y deleite tiene comparación
»con ellos, a mi parecer, ni se pue-
»de merecer un regalo tan regalado
»de nuestro Señor y una unión tan
»unida, un amor que tanto da a en-
»tender y gustar las bajezas de las
»cosas del mundo. ¡Donosos son
»sus trabajos para compararlos con
»esto! Que si no son pasados por

»Dios, no valen nada; y si lo son,
»su Majestad los da aún medidos
»con nuestras fuerzas, que de mise-
»rables y pusilánimes los tenemos
»tanto.»*

* Con. cap IV, n. 9.

Punto tercero

Mi Amado para mí, y
yo para mi Amado.

Cant. cap. II, v. 16.

PARECE, Señor mío, que descansa
»mi alma, considerando el gozo
»que terná, si por vuestra misericor-
»dia le fuere concedido gozar de Vos.
»Mas querría primero serviros, pues
»ha de gozar de lo que Vos, sirvién-
»dola a ella, le ganastes. Qué haré,
»Señor mío? Qué haré, mi Dios?
»¡Oh qué tarde se han encendido
»mis deseos y qué temprano andá-
»bades Vos, Señor, granjeando y
»llamando para que toda me emplea-
»se en Vos! Por ventura, Señor,
»desamparastes al miserable o apar-
»tastes al pobre mendigo, cuando se
»quiere llegar a Vos? Por ventura,
»Señor, tienen término vuestras
»grandezas o vuestras magníficas

»obras? ¡Oh Dios mío y misericor-
»dia mía! ¡Y cómo las podéis mos-
»trar ahora en vuestra sierva! ¡Po-
»deroso sois, gran Dios; ahora se
»podrá entender si mi alma se en-
»tiende a sí, mirando el tiempo que
»ha perdido y cómo en un punto po-
»déis Vos, Señor, hacer que lo torne
»a ganar.»

«Parece que desatino, pues el
»tiempo suelen decir que no se pue-
»de tornar a cobrar. Bendito sea mi
»Dios. ¡Oh Señor! confieso vuestro
»gran poder; si sois poderoso, como
»lo sois, qué hay imposible al que
»todo lo puede? Quered Vos, Señor
»mío, quered que, aunque soy mise-
»rable, firmemente creo que podéis
»lo que queréis, y mientras mayores
»maravillas oigo vuestras y consi-
»dero que podéis hacer más, más se
»fortalece mi fe y con mayor deter-
»minación creo que lo haréis Vos.
»Y qué hay que maravillarse de lo que
»hace el todopoderoso? Bien sabéis
»Vos, mi Dios, que entre todas mis
»miserias nunca dejé de conocer
»vuestro gran poder y misericordia.
»Válame, Señor, esto en que no os

» he ofendido. Recuperad, Dios mío,
» el tiempo perdido con darme gra-
» cia en el presente y porvenir para
» que parezca delante de Vos con
» vestiduras de boda, pues si queréis
» podéis, pues más que esto hacéis
» Vos, que os venís a una posada tan
» ruin como la mía. Bendito seáis
» por siempre jamás.»*

«De gran provecho es, alma mía,
» ocuparte en pensar estas grande-
» zas y regalarte en ser Esposa de
» Rey tan sabio y poderoso, aunque
» en esta obra que hace el Señor no
» puedas hacer nada; mas, para que
» su Majestad te haga esta merced,
» puedes hacer mucho disponiéndote.** Tiene el Señor en tanto este
» rendimiento de la voluntad, y con
» razón, porque es hacerle señor del
» libre albedrío que nos ha dado; que,
» ejercitándonos en esto, el Señor
» ayuda tanto de su parte, que por la
» misma causa que sujetamos nues-
» tra voluntad y razón por El, nos
» hace señores della. Entonces, sien-

* Excl. IV. Cam. cap. XXVIII, n. 2.

** Mor. Quint. cap. II. n. 2 y 1.

»do señores de nosotros mismos,
»nos podemos con perfección em-
»plear en Dios, dándole la voluntad
»limpia para que la junte con la
»suya, pidiéndole *que venga fuego*
»*del cielo, de amor suyo que abra-*
»*se este sacrificio*, quitando todo lo
»que le puede descontentar; pues ya
»no ha quedado por nosotros que,
»aunque con hartos trabajos, le he-
»mos puesto sobre el altar, que, en
»cuanto ha sido en nosotros, no toca
»en la tierra.»*

«¿Qué esposa hay que, recibien-
»do muchas joyas de valor de su es-
»poso, no le dé siquiera una sortija,
»no por lo que vale, que ya todo es
»suyo; sino por prenda que será
»suya hasta que muera? ¿Pues qué
»menos merece este Señor para
»que burlemos dél, dando y toman-
»do una no nada que le damos? Sino
»que este poquito de tiempo que nos
»determinamos de darle de cuanto
»gastamos con otros, y con quien no
»nos lo agradecerá, ya que aquel rato

* Fund. cap. V. n. 10.

»le queremos dar; después de la co-
»muni6n, démosle libre el pensa-
»miento, y desocupado de otras co-
»sas, y con toda determinaci6n de
»nunca jam6s se lo tornar a tomar,
»por trabajos que por ello nos ven-
»gan ni por contradicciones, ni por
»sequedades, sino que ya, como
»cosa no mía, tenga aquel tiempo y
»piense me le pueden pedir por jus-
»ticia, cuando del todo no se le qui-
»siere dar.»*

«¡Oh cristianos! ¡oh hijas mías!
»Despertemos ya por amor del Se-
»ñor deste sueño del mundo y mire-
»mos que aun no nos guarda para la
»otra vida el premio de amarle, que
»en ésta comienza la paga. ¡Oh Je-
»sús mío! quién pudiese dar a enten-
»der la ganancia que hay en arrojar-
»nos en los brazos deste nuestro
»Señor, y hacer un concierto con su
»Majestad, *que yo para mi amado,*
»*y mi amado para mí; y mire El*
»*por mis cosas, y yo por las tuyas!*
»Y no nos queramos tanto, que nos

* Cam. cap. XXIII.

»saquemos los ojos, como dicen. Y
»torno a decir, Dios mío, y a supli-
»caros por la sangre de vuestro Hijo,
»que me hagáis esta merced: que al-
»cance que me *bese con el beso de*
»*su boca*, y dadme vuestros pechos
»que sin Vos, qué soy yo Señor? Si
»no estoy junto a Vos, que valgo?
»Si me desvíó un poquito de vuestra
»Majestad, a dónde voy a parar? Oh,
»Señor mío, y misericordia mía, y
»bien mío, y qué mejor le quiero en
»esta vida yo que estar tan junta a
»Vos que no haya división entre Vos
»y mí? con esta compañía, qué se
»puede hacer dificultoso? Qué no se
»puede emprender por Vos, tenién-
»doos tan junto? Qué hay que agra-
»decirme, Señor, sino culparme muy
»mucho por lo que no os sirvo? Y
»ansí os suplico con San Agustín,
»con toda determinación, *que me*
»*deis lo que mandáredes*, y mandad-
»me lo que quisiéredes, y no volve-
»ré las espaldas jamás con vuestro
»favor y ayuda.»*

* Con. cap. IV. n. 10.

Jueves

DIOS NO SE MUDA

Punto primero

Yo soy el Señor y no
me mudo.

Malaq. cap. III. v. 6.

No parece, alma mía, sino que el Dios de cielos y tierra que se acaba de hospedar en tu corazón, para mayor consuelo tuyo, haga generosa ostentación de su inmutabilidad en este sacramento de sus amores, donde permanece siempre el mismo, y donde siempre te recibe con el mismo amor y misericordia. *Todo se pasa*, te decía ayer Santa

Teresa, y hoy, en confirmación de lo mismo, te dice que *Dios no se muda*.

El no mudarse, el permanecer siempre con el mismo amor y benevolencia, no es propio de los hombres, que faltan a lo mejor, sino sólo de Dios que permanece siempre lo mismo. La inmutabilidad es un atributo de Dios, que de ninguna manera puede convenir a los hombres; por eso los hombres se mudan con tanta frecuencia, mientras el buen Jesús permanece siempre el mismo en la Eucaristía; y en atención a esto te dice la Santa: «Mira »bien cuán presto se mudan las per- »sonas, y cuán poco hay que fiar de »ellas; y así asirse bien de Dios que »no se muda.»*

Todas las cosas son inconstantes; y esto mismo te ha de inclinar a buscar tu consuelo en sólo Dios que no se muda y está siempre dispuesto a atenderte en todas tus necesidades en el Santísimo Sacramento, donde la Santa encontraba el remedio para todos sus males, según que ella mis-

* Aviso 62.

ma te lo asegura diciendo: «Por ven-
»tura había pretendido esto (moles-
»tar a la Santa desaprobando lo que
»había hecho por orden de Dios) el
»demonio para quitarme la paz y
»quietud, y que así no podría tener
»oración, estando desasosegada y
»perdida el alma. Cosas desta he-
»chura juntas me ponía delante, que
»no era en mi mano pensar en otra
»cosa; y con esto una aflicción y es-
»curidad y tinieblas en el alma, que
»yo no lo sé encarecer. De que me
»vi así, fuíme a ver el Santísimo
»Sacramento, aunque encomendar-
»me a él no podía; paréceme estaba
»con una congoja como quien está
»en agonía de muerte».

«¡Oh váleme Dios y qué vida esta
»tan miserable! No hay contento se-
»guro ni cosa sin mudanza. Había
»tan poquito, que no me parece tro-
»cara mi contento con ninguno de la
»tierra, y la misma causa dél me
»atormentaba ahora de tal suerte,
»que no sabía qué hacer de mí.
»¡Oh, si mirásemos con advertencia
»las cosas de nuestra vida, cada uno
»vería con advertencia en lo poco

»que se ha de tener contento ni des-
»contento della! Es cierto que me
»parece que fué uno de los recios
»ratos que he pasado en mi vida:
»parece que adivinaba el espíritu lo
»mucho que estaba por pasar, aunque
»no llegó a ser tanto como esto, si
»durara. Mas no dejó el Señor pade-
»cer a su pobre cierva, porque nunca
»en las tribulaciones me dejó de so-
»correr; y así fué en ésta, que me
»dió un poco de luz para ver que era
»demonio, y para que pudiese enten-
»der la verdad y que todo era querer-
»me espantar con mentiras; y así
»comencé a acordarme de mis gran-
»des determinaciones de servir al
»Señor y deseos de padecer por El.»

«Con estas y otras considera-
»ciones, haciéndome gran fuerza,
»prometí delante del Santísimo Sacra-
»mento de hacer todo lo que pudie-
»se... En haciendo esto, en un ins-
»tante huyó el demonio, y me dejó
»sosegada y contenta, y lo quedé y
»lo he estado siempre. El contento
»es tan grandísimo, que pienso yo
»algunas veces, qué pudiera escoger
»en la tierra que fuera más sabroso?

»Bendito sea El que todo lo da, y en
»cuyo poder todo se puede.»*

Ya ves, alma mía, cómo se porta el buen Jesús con las almas que acuden al Santísimo Sacramento en busca de alivio y de consuelo; en El encontraba la Santa el remedio para todos sus males, el consuelo en sus congojas y una gloria para su alma, como ella misma nos dice con estas palabras: «Pues fué para mí como estar en una gloria, ver poner el Santísimo Sacramento».** Y no cabe duda que todo esto encontrarás tú también, si como ella, le tratas con fe, con amor y con entera confianza, pues El es el mismo, porque no se muda.

«Y con tan buen amigo presente, »te dice Santa Teresa, con tan buen »capitán, que se puso en lo primero »en el padecer, todo se puede sufrir: El ayuda y da esfuerzo, nunca »falta, es amigo verdadero; y veo yo »claro y he visto después que, para »contentar a Dios y que nos haga

* Vid. cap. XXXVI, n. 4 y 8.

** Vid. cap. XXXVI, n. 3.

»grandes mercedes, quiere que sea
»por manos desta Humanidad Sa-
»cratísima, en quien dijo su Majes-
»tad se deleita. Muy muchas veces
»lo he visto por experiencia; hámelo
»dicho el Señor. He visto claro que
»por esta puerta hemos de entrar,
»si queremos nos muestre la sobe-
»rana Majestad grandes secretos.»

«Ansi que tú, alma mía, no quie-
»ras otro camino; por aquí vas se-
»gura. Este Señor nuestro, es por
»quien nos vienen todos los bienes.
»El te enseñará; mirando su vida, es
»el mejor dechado. Qué más quere-
»mos de un tan buen amigo al lado,
»que no nos dejará en los trabajos y
»tribulaciones, como hacen los del
»mundo? Bienaventurado quien de
»verdad le amare y siempre le tra-
»jere cabe sí, pues tan cerca le te-
»nemos en el Sacramento, donde
»está ya glorificado. Compañero
»nuestro en el Santísimo Sacramen-
»to, que no parece fué en su mano
»apartarse un momento de nos-
»otros.»*

* Vid. cap. XXII, n. 3 y 4.

Punto segundo

Yo soy el buen Pastor; y el buen Pastor da la vida por sus ovejas.

Joan, cap. X, v. 11.

No solamente es Jesús en la Eucaristía el camino que nos lleva al cielo, la verdad que alumbrá nuestro espíritu y la vida que alimenta nuestra alma y alienta nuestra voluntad para unirla a sí mismo con su gracia, sino que es también el que nos dirige para que no nos extraviemos. *Yo soy el buen Pastor, nos dice, y el buen Pastor da la vida por sus ovejas; el que viniere a mí, no será echado fuera, sino que será salvo y hallará buenos pastos, porque yo soy el Pan de vida, y el que viene a mí no tendrá hambre ni sentirá jamás sed, pues*

*he venido para que tengáis vida y la tengáis en más abundancia porque la vida que yo os doy es la vida eterna.**

«Mas, aunque no sea sino llegar
»a la puerta (que es el buen Jesús)
»es harta misericordia la que nos
»hace Dios, porque, puesto que son
»muchos los llamados, son pocos
»los escogidos; pero para llegar
»aquí, hemos menester mucho, mu-
»cho, y no nos descuidar poco ni
»mucho; por eso, Hermanas mías,
»alto a pedir al Señor, que pues en
»alguna manera podemos gozar del
»cielo en la tierra, que nos dé su
»favor para que no quede por nues-
»tra culpa y nos muestre el camino,
»y nos dé fuerzas en el alma para
»cabar hasta llegar a este tesoro es-
»condido, pues es verdad que le hay
»en nosotras mismas.»**

«Es muy buen vecino (su Majes-
»tad) y tanta su misericordia y bon-
»dad que, aun estándonos en nues-
»tros pasatiempos y negocios, con-

* Joan, cap. VI y X.

** Mor. Quint. cap. I, n. 2.

»tentos y baraterías del mundo, y
»aun cayendo y levantando en pecados,
»con todo esto tiene tanto este
»Señor nuestro que le queramos y
»procuremos su compañía, que una
»vez u otra no nos deja de llamar
»para que nos acerquemos a El; y
»es esta voz tan dulce que se deshace
»la pobre alma en no hacer luego
»lo que le manda. Y vosotras, Her-
»manas, no tengáis en poco esta
»primer merced ni os desconsoléis,
»aunque no respondáis luego al Se-
»ñor, que bien sabe su Majestad
»aguardar muchos días y años, en
»especial cuando ve perseverancia
»y buenos deseos. Esto es lo más
»necesario aquí, porque con ella ja-
»más se deja de ganar mucho.*

«Porque este divino Pastor es tan
»amante de sus ovejas, que por una
»que perdió, se vistió de su misma
»piel por no espantar a las otras con
»el hábito de Majestad. Si la oveja
»se desmanda a lo vedado, procura
»apartarla y reducirla con el dulce

* Mor. Segun. cap. I, n. 2 y 3.

»silbo de su santa inspiración; si no
»lo hace por bien, arrójale el cayado
»de algún trabajo, de manera que la
»espante y no la hiera ni la mate. A
»las fuertes mantiene y hace andar;
»a las flacas espera; a las enfermas
»cura; a las que no pueden caminar,
»las lleva sobre sus hombros, su-
»friendo sus flaquezas; y a todas
»cuando, después de haber comido
»su Cuerpo y Sangre, reposan y ru-
»mian la comida, El les guarda el
»sueño y, sentándose en medio
»dellas, con la suavidad de sus con-
»solaciones, les hace música en sus
»almas como el pastor con la flauta a
»sus ovejas.»*

Ya ves, alma mía, cómo se porta este buen Pastor con sus ovejas, cuando se acercan a El en sus necesidades. En el Santísimo Sacramento encontraba Santa Teresa el remedio para todos sus males, el consuelo en sus congójas y una gloria para su alma, según que ella misma nos lo asegura diciendo: «Fué para mí como

* Pet. Quint. *Pater Noster*.

» estar en una gloria, ver el Santísi-
» mo Sacramento, que no sabía qué
» hacer de mí. ¡Oh, si mirásemos con
» advertencia las cosas de nuestra
» vida, cada uno vería con experien-
» cia en lo poco que se ha de tener
» contento ni descontento della, sino
» sólo en Dios que no se muda. Ben-
» dito sea El que todo lo da y en cuyo
» poder se puede confiar.»*

«¡Oh Señor mío, cómo se os pa-
» rece que sois poderoso! No es me-
» nester buscar razones para lo que
» Vos queréis, porque sobre toda ra-
» zón natural hacéis las cosas tan
» posibles, que dais a entender bien
» que no es menester más de amaros
» de veras y dejarlo de veras todo
» por Vos para que Vos, Señor mío,
» lo hagáis todo fácil. Bien viene
» aquí decir que fingís trabajo en
» vuestra ley, porque yo no lo veo,
» Señor, ni sé como es estrecho el
» camino que lleva a Vos. Camino
» real veo que es, que no senda: ca-
» mino que quien de verdad se pone

* Vid. cap. XXXVI, n. 3, 4 y 5.

»en él, va más seguro. Muy lejos
»están los puertos y rocas para caer,
»porque lo están de las ocasiones.
»Senda llamo yo, y ruin senda y
»angosto camino el que de una parte
»está un valle muy hondo a donde
»caer, y de otra un despeñadero; no
»se han descuidado cuando se des-
»peñan y se hacen pedazos. El que
»os ama de verdad, bien mío, seguro
»va por el ancho camino y real (por
»donde Vos, como buen Pastor, lo
»guiáis) lejos está el despeñadero;
»no ha tropezado tantico cuando le
»dais Vos, Señor, la mano; no basta
»una caída y muchas, si os tiene
»amor y no a las cosas del mundo
»para perderse, va por el valle de la
»humildad.»*

Guiadme, Dios mío, por este camino real que lleva al cielo, y no permitáis que me desmande á lo vedado, apartándome de vuestras santas inspiraciones.

* Vid. cap. XXXV, n. 9.

Punto tercero

Si alguno tiene sed
venga a mí y beba.

Joan, cap. VII, v. 37.

EL hambre y la sed del espíritu no se satisface, sino cuando el alma se alimenta de la vida que el buen Pastor nos dejó en el Sagrario. *Yo soy, nos dice Jesús, el Pan de vida que he bajado del cielo; si alguno comiere de este Pan vivirá eternamente, porque el Pan que yo doy es mi propia carne, y el que no come la carne del Hijo del hombre y bebe su sangre no tendrá vida; pero el que la come y la bebe tiene en sí la vida eterna. El que tenga sed de vida eterna, que venga a mí y beba, que para eso he bajado del cielo, para comunicar mi vida y comunicarla en abundancia.**

* Joan, cap. VI.

«Se ha de considerar, dice Santa
»Teresa, en el misterio del Santísi-
»mo Sacramento la excelencia deste
»manjar que es la misma substancia
»del Padre, que, encareciendo esta
»merced hecha a los hombres, dice
»David, que nos harta el Señor de
»la médula de las entrañas de Dios.
»Mayor fué esta merced que el ha-
»cerse hombre, porque en la Encar-
»nación no deificó más que su alma
»y su carne, uniéndola con su per-
»sona; pero en este Sacramento
»quiso Dios deificar a todos los
»hombres, los cuales se mantienen
»mejor con los manjares con que se
»criaron de niños, y como fuimos
»engendrados en el Bautismo de
»todo Dios, quiso que de todo El
»nos mantuviésemos conforme a la
»dignidad que nos dió de hijos.»*

Nadie hasta ahora ha podido pon-
derar dignamente la excelencia de
este manjar con que el buen Pastor
de las almas alimenta a las que se le
acercan con verdaderas disposicio-
nes. De dos mesas divinas nos habla

* Cuart. Pet. *Pater. Nost.*

la Sagrada Escritura; de la que Dios prepara a las almas bienaventuradas en el cielo, y de la que el buen Pastor nos tiene siempre preparada en la Sagrada comunión; pero el mismo Evangelista que describe la primera, se pasma con sólo el recuerdo de la segunda, porque, aun siendo tantos y tan grandes los bienes que el Señor comunica a los Santos en el cielo, que, según San Pablo, nadie vió ni oyó ni en el corazón del hombre subió las cosas que Dios tiene preparadas para los que le aman, todavía son mayores, si cabe, las que Jesús comunica a las almas que dignamente le reciben. Los bienes del cielo de alguna manera se pueden explicar, pero los que Jesús guarda en el Sagrario son tan sublimes que, según Santo Tomás, exceden a toda ponderación.

«Su Majestad nos le dió, dice la
»Santa, este mantenimiento y maná
»de la Humanidad que le hallamos
»como queremos, y que si no es por
»nuestra culpa, no moriremos de
»hambre; que de todas cuantas ma-
»neras quisiere comer el alma, ha-

»llará en el Santísimo Sacramento
»sabor y consolación. No hay necesi-
»dad ni trabajo ni persecución que
»no sea fácil de pasar, si comenza-
»mos a gustar de los suyos.»*

«Mas háse de considerar el amor
»con que se da, pues manda que to-
»dos le coman, so pena de muerte;
»y sabiendo su Majestad que mu-
»chos le habían de comer en pecado
»mortal, con todo eso es tan vehe-
»mente y eficaz el amor que nos tie-
»ne, que por gozar del amor con que
»sus amigos le comen, rompe con
»las dificultades y sufre tantas inju-
»rias de los enemigos; y para mos-
»trarnos más este amor, se quiso
»consagrar e instituir este divino
»manjar cuando y al tiempo que era
»entregado a la muerte por nos-
»otros.»

«Este amor es el que quiere el
»Señor que aquí consideremos cuan-
»do comulgamos; y aquí han de ir a
»parar todos nuestros pensamientos,
»y a éste quiere que lleguemos; y

* Cam. cap. XXXIV. n. 2.

»este agradecimiento nos pide cuan-
»do manda que, comulgando, nos
»acordemos que murió por nosotros;
»y bien se ve la gana con que se nos
»da, pues llama a este manjar Pan
»de cada día, y quiere que se le pi-
»damos cada día; pero ha de adver-
»tir la limpieza y virtudes que han
»de tener los que así le reciben.*

«¡Oh que es nada cuanto hacemos
»ni cuanto pudiéramos hacer por un
»Dios que así quiere comunicarse
»a un gusano. Y si tenemos esperan-
»za de aun en esta vida gozar deste
»bien, qué hacemos? En qué nos de-
»tenemos? Qué es bastante para que
»un momento dejemos de buscar a
»este Señor, como lo hacía la Espo-
»sa por barrios y plazas? ¡Oh que es
»burlería todo lo del mundo sino nos
»llega y ayuda a esto, aunque dura-
»ran para siempre sus deleites y ri-
»quezas y gozos cuantos se pudie-
»ran imaginar! Que es todo asco y
»basura, comparado a estos tesoros
»(de amor y amistad que nos guarda

* Cuar. Pet. *Pater Noster*.

» Jesús en el Sagrario) que se han de
» gozar sin fin. Ni aun éstos no son
» nada en comparación de tener por
» nuestro al Señor de todos los teso-
» ros del cielo y de la tierra. Bendita
» sea tanta misericordia y con razón
» serán malditos los que no quisieren
» aprovecharse della y pierden a este
» Señor. »*

« ¡Oh ceguedad humana! Hasta
» cuando, hasta cuando se quitará
» esta tierra de nuestros ojos para
» ver cómo contentar a su Majestad.
» No puede dejar de lastimarme mu-
» cho ver lo que perdemos por nues-
» tra culpa. Porque, aunque es ver-
» dad que son cosas que las da el
» Señor a quien quiere, si quisiésemos
» a su Majestad como El nos quiere,
» a todos las daría; no está deseando
» otra cosa sino tener a quien dar,
» que no por eso se disminuyen sus
» riquezas. »**

* Mor. Sext. cap. IV. n. 7 y 8.

** Id. id. n. 9 y 10.

Viernes

LA PACIENCIA TODO LO ALCANZA

Punto primero

La paciencia contiene en sí una obra perfecta para que seáis perfectos y no faltéis en nada.

Sant. cap. I v. 4.

LAS penalidades y trabajos de esta vida no son amables en sí mismos y nuestra naturaleza por instinto las rehúsa; pero, considerando el fruto inestimable de gracia y de gloria que atesoran, las buscan las almas santas como gracias particulares que les vienen de la mano de Dios, porque el Señor, por medio de esas penalidades sufridas con paciencia y resignación, las purifica y santifica, limpián-

dolas de toda mancha e imperfección y, guiándolas por el camino de la cruz que es camino más seguro para el cielo. Por eso dice el Apóstol que la paciencia tiene por galardón al mismo Dios que es el sumo de todos los bienes, que nos ha de hacer felices por toda una eternidad en la gloria ó, como más brevemente dice Santa Teresa, la paciencia todo lo alcanza.

La fuente de la paciencia está en el Sagrario y a ella hemos de acudir para beber de sus aguas que saltan hasta la vida eterna, y son las que endulzan las penas de esta vida y dan ánimo y valor para soportarlas resignadamente, conformándonos con la voluntad de Dios; pues, como dice la Santa, nuestro adorable Redentor «no se quedó para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos y animarnos, y sustentarnos a hacer esta voluntad de Dios que hemos dicho se cumpla en nosotros.* Pues que es larga la vida y hay en ella muchos trabajos,

* Cam. cap. XXXIV, n. 1.

» y es menester mirar a nuestro de-
» chado Cristo como los pasó para
» llevarlos con perfección. Es muy
» buena compañía el buen Jesús ocul-
» to por nuestro amor en el Sagrario
» para no nos apartar della, y gusta
» mucho que nos dolamos de sus pe-
» nas, aunque dejemos nuestro con-
» tento y gusto algunas veces.»*

«En lo que está la suma perfec-
» ción, claro está, que no es en re-
» galos interiores ni en grandes arro-
» bamientos ni en visiones ni en es-
» píritu de profecía, sino en estar
» nuestra voluntad conforme con la
» de Dios; que ninguna cosa enten-
» damos que quiere, que no la quera-
» mos con toda nuestra voluntad, y
» tan alegremente tomemos lo amar-
» go como lo sabroso, entendiendo
» que lo quiere su Majestad.»**

Por eso dijo el Señor a Santa Te-
resa un día: *«Piensas, hija, que está
» el merecer en gozar? No está sino
» en obrar y en padecer y en amar...
» Cree, hija, que a quien mi Padre*

* Mor. Sext. cap. VII, n. 10.

** Fund. cap. V, n. 8.

»más ama, da mayores trabajos y
»a éstos corresponde el amor. En
»qué te lo puedo más mostrar que
»en querer para ti lo que quise para
»mí? Mira estas llagas que nunca
»llegarán aquí tus dolores. Este es
»el camino de la verdad. Así me
»ayudarás a llorar la perdición que
»traen los del mundo (entendiendo
»tú esto) que todos sus deseos y
»cuidados y pensamientos se em-
»plean en como tener lo contrario.*
»Aquí me enseñó el Señor el grandí-
»simo bien que es pasar trabajos y
»persecuciones por El; porque fué
»tanto el acrecentamiento que vi en
»mi alma del amor de Dios y otras
»muchas cosas que yo me espanta-
»ba; y esto me hace no poder dejar
»de desear trabajos:** que aun en
»esta vida lo paga su Majestad por
»unas vías que sólo quien goza dello
»lo entiende.»***

Estos son, alma mía, los dones
que reparte Jesús en el Sagrario a

* Papel. n. 1.
** Vid. cap. XXXIII, n. 3.
*** Vid. cap. IV, n. 1.

las almas que le son fieles en el amor: a las que ve débiles y sin fuerzas para llevar la cruz, las ayuda para aliviarles el peso y no pierdan el mérito; a las que ve más animadas las da más fuerzas y las aumenta más la cruz para aumentarles también el mérito. «Así que estos son »sus dones en este mundo, dice la »Santa. Va conforme al amor que »nos tiene. A los que ama más da »estos dones; mas a los que menos, »menos, y conforme al ánimo que ve »en cada uno y al amor que tiene a »su Majestad. Quien le amare mucho »verá que puede padecer mucho por »El; al que amare poco dará poco. »Tengo yo para mí que la medida »de poder llevar gran cruz o pequeña »es el amor».*

Oye, pues, alma mía, la voz del buen Jesús que te llama y te dice: *Ven a mí si estás cargada y apenada con algún trabajo, que yo te aliviaré o haré que con gusto y alegría lledes sobre tus hombros esa cruz que yo te envío, porque mi*

* Cam. cap. XXXII, n. 5.

amor te la hará suave y ligera. «Es
»excelente manera de aprovechar y
»muy en breve; y quien trabajare a
»traer consigo esta preciosa compa-
»ñía y se aprovecharé mucho della,
»y de veras cobrará amor a este Se-
»ñor a quien tanto debemos, yo lo
»doy por aprovechado. Para esto no
»se nos ha de dar nada de no tener
»devoción, sino agradecer al Señor
»que nos deja andar deseosos de con-
»tentarle, aunque sean flacas las
»obras». **

«Representad al mismo Señor jun-
»to con vos y mirad con qué amor y
»humildad os está enseñando, y
»creedme, mientras pudiéredes no
»estéis sin tan buen amigo. Si os
»acostumbráis a traerle cabe vos y El
»ve que lo hacéis con amor y que an-
»dáis procurando contentarle, no le
»podréis, como dicen, echar de vos;
»no os faltará para siempre; ayudaros
»ha en todos vuestros trabajos; te-
»nerle heis en todas partes. Pensáis
»que es poco un tal amigo al lado?» **

* Vid. cap. XII. n. 1.

** Cam. cap. XXVI, n. 1.

Punto segundo

El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí.

Math. cap. X v. 38.

EN tanto tiene el buen Jesús tu aprovechamiento, y es tanto lo que te ama, que te guarda para ti parte de sus trabajos en la tierra para hacerte participante de su misma gloria en el cielo. *En qué, te dice, como a Santa Tererese, te puedo mostrar más mi amor que en querer para ti lo quise para mí?* Por eso te invita a que le sigas por el mismo camino que anduvo El. *Toma tu cruz, te dice, y sigueme, que yo iré delante para mostrarte el camino y para animarte con mi ejemplo.* «Pues ya sabes, te dice» Santa Teresa, que la vida del que quiere ser de los allegados amigos

»de Dios, es un largo martirio; largo
»porque para compararle a los que
»de presto los degollaban, puédese
»llamar largo; mas toda la vida es
»corta, y algunas cortísimas. Y qué
»sabes si serás de tan corta que des-
»de una hora o momento que te de-
»termines a servir del todo a Dios,
»se acabe. Posible sería, que en fin
»todo lo que tiene fin, no hay que
»hacer caso dello, y de la vida mu-
»cho menos, pues no hay día segu-
»ro; y pensando que cada hora es la
»postrera, quién no la trabajará?»*

«Con tan buen amigo presente
»(como tenemos en el Sagrario que
»no se ha quedado más que para
»animarnos), con tan buen Capitán
»que se puso en lo primero en el
»padecer, todo se puede sufrir: El
»ayuda y da esfuerzo, nunca falta,
»es amigo verdadero.** ¡Oh, Empe-
»rador nuestro, sumo poder, suma
»bondad, la misma sabiduría sin
»principio, sin fin, sin haber términos
»en vuestras perfecciones; son infi-

* Cam. cap. XII. n. 2.

** Vid. cap. XXII, n. 3.

»nitas sin poderse comprender, un
»piélago sin suelo de maravillas, una
»hermosura que tiene en sí todas las
»hermosuras, la misma fortaleza!
»¡Oh, válame Dios, quién tuviera
»aquí junta toda la elocuencia de los
»mortales y la sabiduría para saber
»bien, como acá se puede saber,
»que todo es no saber nada para en
»este caso dar a entender algunas
»de las muchas cosas que podemos
»considerar para conocer algo de
»quién es este Señor y bien nues-
»tro.»*

«¡Oh Señor mío y bien mío! cómo
»queréis que se desee vida tan mise-
»rable que no es posible dejar de
»querer, y pedir me saquéis della, si
»no es con esperanza de perderla
»por Vos o gastarla muy de veras en
»vuestro servicio; y sobre todo en-
»tender que es vuestra voluntad! Si
»lo es, Dios mío, muera con Vos,
»como dijo Santo Tomás, que no es
»otra cosa sino morir muchas veces,
»vivir sin Vos y con estos temores

* Cam. cap. XXII.

»de que puede ser posible perderos
»para siempre. Por eso, Redentor
»mío, la bienaventuranza que os pido
»es estar unida con Vos ya en segu-
»ridad con los bienaventurados; que
»con estos temores, qué contento
»puede tener mi alma, que todo su
»contento es contentaros a Vos?»*

No sólo se quedó nuestro adora-
ble Redentor en el Sagrario para ser
nuestro ejemplo y fortaleza sino que
El mismo se nos ofrece para ser el
camino por donde nuestra alma ha de
subir al cielo. Camino sin tropiezos
que no puede ni quiere desviarnos
de la gloria. «¡Oh Señor y Redentor
»mío, dice la Santa, que todo el daño
»nos viene de no tener puestos los
»ojos en Vos! Que si no mirásemos
»otra cosa sino al camino, presto
»llegaríamos; mas damos mil caídas
»y tropezones y erramos el cami-
»no por no poner los ojos, como
»digo, en el verdadero camino. Pa-
»rece que nunca se anduvo, según
»se nos hace nuevo; cosa es para

* Mor. Terc. cap. I, n. 2.

»lastimar por cierto lo que algunas
»veces pasa; por esto digo que no
»parecemos cristianos ni leímos la
»Pasión en nuestra vida».

«Cuando no nos damos a su Ma-
»jestad con la determinación que El
»se da a nosotros, harto hace en vi-
»sitarnos de cuando en cuando,
»como a criados que están en su
»viña; más estotros (que se le dan
»con toda determinación para que
»haga dellos según su voluntad) son
»hijos regalados, no los querría qui-
»tar de cabe sí, ni los quita, porque
»ya ellos no se quieren quitar; sién-
»talos a su mesa, dales de lo que El
»come hasta quitar, como dicen, el
»bocado de la boca para dársele.»*

«¡Oh válame Dios! cual está un
»alma cuando está así, toda ella
»querría fuese lenguas para alabar
»al Señor. Todo su cuerpo y alma
»querría se despedazase para mos-
»trar el gozo que con esta pena
»siente. Qué se le pondrá entonces
»delante de tormentos que no le

* Cam. cap. XVI, n. 6 y 8.

»fuese sabroso pasarlo por su Señor?
»Ve claro que no hacían casi nada
»los Mártires de su parte en pasar
»tormentos, porque conoce bien el
»alma viene de otra parte la fortaleza.
»Pues no me parece he encarecido cosa,
»que no quede baja en este modo de gozo
»que el Señor quiere en este destierro que
»goce un alma. Bendito seáis por siempre,
»Señor, alábenos todas las cosas por siempre.»

«No puede ya, Dios mío y Redentor mío,
»esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos,
»como de verse sin Vos le vienen; que si ha
»de vivir, no quiere descanso en esta vida,
»ni se le deis Vos. Querría ya mi alma verse
»libre; el comer la mata, el dormir la congoja,
»ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasar
»en regalo, y que nada ya la puede regalar
»fuera de Vos; que parece vive contra natura,
»pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos.
»¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada
»y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que
»se llegan a Vos! Delgada, porque es suave;

»pesada, porque vienen veces que
»no hay sufrimiento que la sufra; y
»no se querría jamás ver libre della,
»sino fuese para verse ya con Vos.
»Cuando se acuerda que no os ha
»servido en nada, y que viviendo os
»puede servir, querría carga muy
»más pesada, y nunca hasta el fin
»del mundo morirse; no tiene en
»nada su descanso a trueque de ha-
»ceros un pequeño servicio; no sabe
»que desee, mas entiende que no
»desea otra cosa sino a Vos.»*

* Vid. cap. XVI, n. 5.

Punto tercero

Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador.

Isaías, cap. XII, v. 3.

DE la misma manera que una madre, con natural presteza se prepara a sacar la leche de sus pechos para alimentar la vida de sus hijos, a esta semejanza, dice San Juan Crisóstomo, nuestro Redentor se apresuró solícito a dejar en el Sagrario su preciosa Sangre para alimento de nuestra alma. Aquí es donde se cumple lo del profeta Isaías, *que beberíamos con gozo de las aguas que saldrían de las fuentes del Salvador*, porque en el Sagrario es donde está ese divino manantial de la Sangre preciosa que derramó el Señor para salvar nuestra alma.

El principal motivo, dice San Bernardo, por el cual el buen Jesús

abrió su amoroso corazón, fué para franquear el paso a nuestra alma, por donde había de entrar en esa divina morada y hacer en ella su habitación, y para que, entrando allí con sed ardiente, la sacie con ese precioso licor que nace de ese mismo corazón. «¡Oh Señor mío, qué
»bueno sois! Bendito seáis para
»siempre; alábenos, Dios mío, todas
»las cosas, que así nos amastes de
»manera, que con verdad podamos
»hablar desta comunicación que, aun
»en este destierro, tenéis con las
»almas; y aun con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad; en fin vuestra, Señor mío, que
»dais como quien sois. ¡Oh largueza
»infinita, cuán magníficas son vuestras obras! Espanta a quien no tiene ocupado el entendimiento en
»cosas de la tierra, que no tenga
»ninguno para entender verdades.
»Pues que hagáis a almas que os
»han ofendido mercedes tan soberanas, cierto a mí me acaba el entendimiento, y cuando llego a pensar
»en esto, no puedo ir adelante. Dónde ha de ir que no sea tornar atrás?

»Pues daros gracias por tan grandes
»mercedes no sabe cómo».

«Señor, mira lo que hacéis, no
»olvidéis tan presto tan grandes ma-
»les míos; ya que para perdonarme
»los hayáis olvidado, para poner
»tasa en las mercedes os suplico se
»os acuerde. No pongáis, Criador
»mío, tan precioso licor en vaso tan
»quebrado, pues habéis ya visto de
»otras veces que lo torno a derra-
»mar. No pongáis tesoro semejante
»a donde aun no está, como ha de
»estar, perdida del todo la codicia
»de consolaciones de la vida, que lo
»gastará mal gastado. No sea tanto
»el amor, oh Rey eterno, que pongáis
»en aventura joyas tan preciosas.
»Parece, Señor mío, se da ocasión
»para que se tengan en poco, pues
»las ponéis en poder de cosa tan
»ruin, tan baja, tan flaca y misera-
»ble y de tan poco tomo.»*

«¡Oh Señor mío, como sois Vos
»el amigo verdadero, y como pode-
»roso, cuando queréis podéis, nunca
»dejáis de querer si os quieren! Alá-

* Vid. cap. XVIII, n. 2.

»benos todas las cosas, Señor del
»mundo. ¡Oh quién diese voces por
»él para decir cuán fiel sois a vues-
»tros amigos! Todas las cosas fal-
»tan, Vos, Señor de todas ellas,
»nunca faltáis. Poco es lo que dejáis
»padecer a quien os ama. ¡Oh Se-
»ñor mío, qué delicada y pulida y
»sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh
»quien nunca se hubiere detenido
»en amar a nadie, sino a Vos! Pa-
»rece, Señor, que probáis con rigor
»a quien os ama, para que en el ex-
»tremo del trabajo se entienda el
»mayor extremo de vuestro amor.
»Fálteme todo, Señor mío, mas si
»Vos no me desamparáis, no os fal-
»taré yo a Vos... no me faltéis Vos,
»Señor, que ya tengo experiencia
»de la ganancia con que sacáis a
»quien en sólo Vos confía.»*

Es tan grande el amor que Jesús tiene a las almas, que no contento con haber derramado su Sangre preciosa para purificarlas del pecado, no quiso separarse de ellas en la muerte, fijando su morada en el sa-

* Vid. cap. XXV, n. 9.

grario, donde permanece lleno de amor, franqueándolas la entrada de su amoroso corazón para que, como dice la Santa, edifiquen en él la casa donde han de morir. «Esta casa
»querría dar a entender aquí que es
»Cristo. En una parte he leído u
»oído que nuestra vida está escon-
»dida en Cristo o en Dios, que todo
»es uno; o que nuestra vida es Cris-
»to. Pues veis aquí lo que podemos
»con el favor de Dios hacer, que su
»Majestad mismo sea nuestra mo-
»rada, labrándola nosotros. Parece
»que quiero decir que podemos qui-
»tar y poner en Dios, pues digo que
»El es la morada, y que la podemos
»nosotros fabricar para meternos en
»ella. Y como sí podemos, no quitar
»de Dios ni poner, sino quitar de
»nosotros; que no habremos acabado
»de hacer en esto todo lo que pode-
»mos, cuando este trabajillo, que no
»es nada, junte Dios con su grande-
»za y le dé tan gran valor, que el
»mismo Señor sea el premio desta
»obra. Y así como ha sido el que
»ha puesto la mayor costa, así
»quiere juntar nuestros trabajillos

»con los grandes que padeció su
»Majestad y que todo sea una
»cosa».*

«Parece nos quiere el Señor apar-
»tar de todo a las que nos trajo
»aquí para llegarnos más sin emba-
»razo su Majestad a sí. ¡Oh Criador
»y Señor mio! Cuándo merecí tan
»gran dignidad, que parece habéis
»andado rodeando como os llegar
»más a mí? Plega a vuestra bondad
»no lo pierda por mi culpa.** No lo
»permitáis, Señor, ni queráis se
»pierda alma que con tantos traba-
»jos comprastes, y tantas veces de
»nuevo la habéis tornado a rescatar
»y quitar de los dientes del espanto-
»so dragón.»***

Procura, pues, alma mía, hacer esta labor, quitando tu amor propio y tu voluntad, y el estar asida a ninguna cosa de la tierra. Que si así obrases, verás como ves a Dios y te ves tan metida en su grandeza, que sea esto toda tu felicidad.

* Mor. Quint. cap. II, n. 4.

** Cam. cap. VIII. n. 1.

*** Vid. cap. XIV, n. 7.

Sábado

QUIEN A DIOS TIENE NADA LE FALTA

Punto primero

Dios nos dió a su propio Hijo, y con El nos dió también todas las cosas.

Rom. cap. VIII. v.

CUÁN engañosas son, alma mía, todas las cosas de esta vida! Aun la misma vida resulta igualmente un engaño manifiesto. Vuela presuroso el corazón en busca de lo que pide el deseo y, cuando lo consigue, halla un nuevo vacío en lo mismo que ha logrado. «Acá, dice Santa Teresa, está toda la vida llena de

»engaños y dobleces; cuando pensáis tenéis una voluntad ganada, según lo que os muestra, venís a entender que todo es mentira; bienaventurada alma que la trae el Señor a entender esta verdad».* Cree el hombre llenar el vacío que encuentra en su corazón con la posesión de cuanto desea, y se encuentra que esa misma posesión abre en su deseo mayores y más hondos vacíos.

Dónde, pues, alma mía, hallarás esa dicha y felicidad que tanto anhelas? Piensas que la encontrarás en alguna de las cosas de la tierra? ¡No, alma mía, no! ¡No fueron hechas las cosas de la tierra para satisfacer cumplidamente los deseos de tu corazón! Nada, que no sea Dios, podrá llenar ese inmenso vacío que sientes en ti misma, aun después de poseer todo cuanto anhela tu corazón; porque sólo Dios que te crió para sí, es quien puede satisfacer cumplidamente esa sed de dicha

* Vid. cap. XXI, n. 1.

y felicidad que te devora. Porque, siendo el hombre la criatura más noble que hay en la tierra, nada puede encontrar en las demás que le llene cumplidamente.

Por eso el Señor que conoce los anhelos de tu corazón, te llama desde el Sagrario, y te convida a las delicias de su amor que son las únicas que le pueden llenar y satisfacer en esta vida. En vano buscarás descanso para tu alma en las cosas de la tierra, porque, fuera de Dios, no hay más que vanidad y aflixión de espíritu. En el Sagrario guarda el buen Jesús la verdadera felicidad del alma; allí, como decía la Santa, «Dá-
»sele ya un poco de noticia de los
»gustos de la gloria, porque comien-
»za su Majestad a comunicarse al
»alma y quiere que sienta ella cómo
»se le comunica. Comiézase luego
»en llegando aquí el alma, a perder
»la codicia de lo de acá, porque ve
»claro que un momento de aquel
»gusto no se puede haber acá ni hay
»riquezas ni señoríos ni honras ni
»deleites que basten a dar un cierra
»ojo y abre deste contentamiento,

» porque es verdadero, y contento
» que se ve que nos contenta; porque
» los de acá por maravilla me pare-
» ce entendemos a donde está este
» contento, porque nunca falta un
» sí no».*

«Entiende que la verdadera honra
» no es mentirosa, sino verdadera,
» teniendo en algo lo que es algo y
» lo que es nada tenerlo en no nada,
» pues todo es nada y menos que
» nada lo que se acaba y no contenta
» a Dios».** Por eso dice la Santa que
quien a Dios tiene nada le falta, y a
medida que más gustemos de Dios,
menos gusto encontraremos en las
cosas de la tierra, porque Dios, se-
gún expresión de la misma Santa,
«es como un manjar que comen dél
» muchas personas, y las que comen
» poquito, quédales sólo buen sabor
» por un rato; las que más, ayuda a
» sustentar; las que comen mucho,
» da vida y fuerza; y tantas veces se
» puede comer y tan cumplido deste
» manjar de vida, que ya no coman

* Vid. cap. XIV, n. 3.

** Vid. cap. XX, n. 18.

»cosa que les sepa bien, sino El;
»porque ve el provecho que le hace,
»y tiene ya tan hecho el gusto a esta
»suavidad, que querría más no vivir,
»que haber de comer otras cosas que
»no sean, sino para quitar el buen
»sabor que el buen manjar dejó.»*

Bien opulento se hallaba David de todo cuanto de sí pueden dar los bienes temporales; pero ninguno de ellos apagaba aquella sed con que suspiraba por Dios cuando decía: *Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea mi alma, Dios mío, porque por ti muere de sed mi alma y mi carne, y como en un desierto y vereda sequísima me presenté al Santuario para ver tu gloria y tu virtud.*** Su corazón estaba herido por la flecha del amor divino; y al alma en quien entra este incendio, como dice la Santa, nada la satisface sino es el mismo Dios. «Ansi no le satisface ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más;

* Vid. cap. XXII, n. 10.

** Psalm. XLI y 62.

»mayores contentos de Dios, deseos
»de satisfacer su deseo de gozar más
»de estar con El: esto es lo que quiere».*

¡Oh fuente de vida, oh vena de aguas vivas! ¡Cuándo, Dios mío, me hartaré de vuestra dulzura! ¡Cuándo dejaré esta tierra desierta, yerma y seca para aparecer en vuestra presencia y apagar la sed de mi corazón! ¡Sed tiene mi alma, Dios mío, de Vos! ¡cuándo, Señor, apareceré delante de vuestro rostro! ¡Abráceos ahora, bien mío, sin el cual no hay cosa buena! ¡Góceos mi alma, fuente de todos los bienes, sin la cual no hay cosa que se pueda llamar buena, porque sin Vos nada se posee, y a quien a Vos tiene nada le falta. Sólo Dios basta.

* Vid. cap. XVII. n. 3.

Punto segundo

De Dios' viene toda
medicina.

Ecclis. cap. XXXVIII.

NADIE puede dudar, según dice el Sabio, que el Señor sacó de la tierra los medicamentos y dió a las yerbas y plantas virtud y eficacia para curar nuestros males. Salomón escribió varios libros de la naturaleza y propiedades de las plantas; pero previendo el Santo Ezequías, no sin especial luz del cielo, que el hombre, abusando de este beneficio, se olvidaría de Dios, si para todos sus males encontraba remedios naturales, destruyó esos libros para que el hombre, en sus dolencias, no se olvidase de recurrir a Dios, según el consejo del Sabio que dice: *En tu enfermedad ruega al Señor, y El te*

*curará.** Así lo practicaba Santa Teresa, como ella misma lo afirma diciendo: «Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad, y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen».**

Las mejores medicinas y más eficaces son las que vienen del cielo. Por eso el buen Jesús, como Médico celestial de las almas, nos ha dejado en el Sagrario el remedio para todos nuestros males. ¡Oh si las almas supieran recurrir a este Señor en el Santísimo Sacramento! En él hallarían eficaz remedio para todos los males que sufren, pues en él está el Médico celestial que no se quedó para otra cosa, sino para sanar las dolencias de nuestra alma. «Algunas veces, dice la seráfica Doctora, y casi ordinario, al menos lo más continuo, en acabando de comulgar descansaba, y aun algunas en llegando al Sacramento, luego a la hora quedaba tan buena, alma y

* Ecclis. cap. XXXVIII. v. 9.

** Vid. cap. VI. n. 2.

»cuerpo, que yo me espanto; no me
»parece sino que en un punto se
»deshacen todas las tinieblas del
»alma y, salido el Sol, conocía las
»tonterías en que había estado.
»Otras, con sola una palabra que me
»decía el Señor, con sólo decir: *No*
»*estés fatigada, no hayas miedo,*
»quedaba del todo sana, o con ver
»alguna visión, como si no hubiera
»tenido nada. Regalábame con Dios,
»quejábame a Él como consentía
»tantos tormentos que padeciese;
»mas ello era bien pagado, que casi
»siempre eran después en gran abun-
»dancia las mercedes; no me parece,
»sino que sale el alma del crisol,
»como el oro, más afinada y glorifi-
»cada para ver en sí al Señor».*

Y es que este Médico celestial ha concedido tal virtud y eficacia a este Sacramento, que su divina influencia, no sólo alimenta y sustenta las almas, sino que también cura y sana las enfermedades de los cuerpos, según lo experimentaba la Santa,

* Vid. cap. XXX, n. 10.

que encontraba en el Santísimo Sacramento la medicina para todos sus males. «Una cosa me espanta, le »decía a San Pedro de Alcántara, »que estando desta suerte (cuando le »apretaban los males corporales, y »se le turbaba el entendimiento, que »ninguna cosa de Dios podía pensar) »en llegándome a comulgar, queda »el alma y el cuerpo tan quieto, tan »sano y tan claro el entendimiento, »con toda la fortaleza y deseos que »suele, y tengo experiencia desto, »que son muchas veces; al menos »cuando comulgo ha más de medio »año, que notablemente siento clara »salud corporal y, a mi parecer, no »es antojo, que lo he echado de ver »y tenido cuenta con ello. Y así »cuando tengo este recogimiento no »tengo miedo a ninguna enfermedad».*

«Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba »los enfermos, qué hay que dudar »que hará milagros estando tan den-

* Cart. XI, n. 27 tom. 2.

»tro de mí, si tenemos fe viva, y nos
»dará lo que le pidiéremos, pues
»está en nuestra casa? Y no suele
»su Majestad pagar mal la posada,
»si le hacen buen hospedaje. Si os
»da pena no verle con los ojos cor-
»porales, mirad que no nos convie-
»ne, que es otra cosa verle glorifica-
»do o cuando andaba por el mundo.
»No habría sujeto que lo sufriese de
»nuestro flaco natural ni habría mun-
»do ni quien quisiese parar en él,
»porque en ver esta verdad eterna,
»se vería ser mentira y burla todas
»las cosas de que acá hacemos caso.
»Y viendo tan gran Majestad, cómo
»osaría una peccadorcilla como yo,
»que tanto le ha ofendido, estar tan
»cerca dél? debajo de aquellos acci-
»dentes de pan está tratable, porque,
»si el Rey se disfraza, no parece que
»se nos da nada de conversar sin
»tantos miramientos y respetos; pa-
»rece que está obligado a sufrirlo,
»pues se disfrazó. Quién osaría lle-
»gar con tanta tibieza, tan indigna-
»mente, con tantas imperfecciones?
»Cómo no sabemos lo que pedimos,
»y cómo lo miró mejor su sabiduría;

» porque a los que ve que se han de
» aprovechar, El se les descubre,
» que, aunque no lo vean con los ojos
» corporales, muchos modos tiene de
» mostrarse al alma por grandes sen-
» timientos interiores y por diferen-
» tes vías.»*

Confía, pues, alma mía, en la gran
bondad y misericordia de este Mé-
dico celestial; descúbrele todas las
heridas de tu corazón, y pídele te
aplique esos remedios que El tan
liberalmente reparte en el Sagrario,
pues de allí han de venir las medici-
nas que curen las dolencias de tu
espíritu y de tu corazón. ¡Oh Dios
mío! ¡Oh Médico de mi alma! Po-
séaos yo, Señor, a Vos solo, porque
sin Vos nada tengo, y con Vos nada
me faltará, pues a quien Dios tiene
nada le falta, porque sólo Dios basta.

* Cam. cap. XXXIV, n. 7.

Punto tercero

Honra al médico por la necesidad que tienes de él, pues por eso te lo ha dado el Altísimo.

Ecclis. cap. XXXVIII.

Es muy limitado nuestro corazón para agradecer debidamente los bienes inmensos que el buen Jesús nos ha dejado en el Sagrario, pues según San Lucas, de él sale una virtud que lo sana todo. En ese Pan del cielo nos dejó el Señor todo cuanto hemos menester para la vida, no sólo del alma, sino también del cuerpo. Manjar de salud lo llama San Juan Crisóstomo, porque es todo vida y nada dolencia lo que se oculta tras los accidentes de pan y vino, y sólo es sepulcro de la misma muerte. «Pensáis que no es mantenimiento, aún para estos cuerpos,

»este santísimo manjar, y gran me-
»dicina aún para los males corpora-
»les? Yo sé que lo es, dice Santa
»Teresa, por lo que experimentó en
»sí misma, y conozco una persona
»de grandes enfermedades que, es-
»tando muchas veces con grandes
»dolores, como con la mano se le
»quitaban, y quedaba buena del todo.
»Esto muy ordinario, y de males
»muy conocidos que no se podían
»fingir, a mi parecer. Y porque las
»maravillas que hace este santísimo
»Pan en los que dignamente le reci-
»ben, son muy notorias, no digo
»muchas que pudiera decir desta
»persona que he dicho, que lo podía
»yo saber, y sé que no es mentira.
»Mas a ésta hablábala el Señor dado
»tan viva fe, que cuando oía a algu-
»nas personas decir que quisieran
»ser en el tiempo que andaba Cristo
»nuestro bien en el mundo, se reía
»entre sí, pareciéndole que, tenién-
»dole tan verdaderamente en el San-
»tísimo Sacramento como entonces,
»que qué más se les daba».*

* Cam. cap. XXIV. n. 5.

Ahí, pues, le tienes, alma mía, en el Santísimo Sacramento tan real y verdadero como cuando andaba en el mundo; en el Sagrario está con los brazos abiertos y lleno de aquella misma caridad con que recibía a los enfermos para curarlos, y esperando que tú le manifiestes tus dolencias.

«Mírale, pues, como dice la Santa, »aquel costado abierto, descubriendo su corazón y entrañable amor »con que nos amó, cuando quiso »fuese nuestro nido y refugio, y por »aquella puerta entrásemos en el »Arca al tiempo del diluvio de nuestras tentaciones y tribulaciones. »Suplícale que, como El quiso que »su costado fuese abierto en testimonio del amor que nos tenía, dé »orden que se abra el nuestro, y le »descubramos nuestro corazón, y le »manifestemos nuestras necesidades »y acertemos a pedir el remedio y »medicina para ellas».*

«Si esto habéis de pedir, mirando »una imagen de Cristo, bobería me »parece dejar en este tiempo la mes-

* Cart. al Sr. Obispo de Osma.

»ma persona, per mirar el dibujo.
»No lo sería, si tuviésemos mucho
»un retrato de una persona que qui-
»siésemos mucho, y la misma per-
»sona nos viniese a ver, dejar de
»hablar con ella y tener toda la con-
»versación con el retrato? Sabéis
»para cuándo es muy bueno y santi-
»simo y cosa en que yo me deleito
»mucho? Para cuando está ausente
»la misma persona y quiere darnos
»a entender que lo está; es gran re-
»galo ver una imagen de quien con
»tanta razón amamos; a cada cabo
»que volviese los ojos la querría ver.
»En qué mejor cosa ni más gustosa
»a la vista la podemos emplear, que
»en quien tanto nos ama y en quien
»tiene en sí todos los bienes?»

«Mas acabando de recibir al Se-
»ñor, pues tenéis la misma persona
»delante, procurad cerrar los ojos
»del cuerpo y abrir los del alma y
»miraros al corazón; que yo os digo,
»y otra vez lo digo, y muchas lo
»querría decir, que si tomáis esta
»costumbre todas las veces que co-
»mulgáredes, procurando tener tal
»conciencia que os sea lícito gozar a

menudo deste bien, que no viene
tan disfrazado que, como he dicho,
de muchas maneras no se dé a co-
nocer, conforme al deseo que tene-
mos de verle; y tanto lo podéis de-
sear, que se os descubra del todo.*
¡Oh deleite mío, Señor de todo
lo criado y Dios mío! Hasta cuán-
do esperaré ver vuestra presen-
cia? Qué remedio dais a quien tan
poco tiene en la tierra para tener
algún descanso fuera de Vos? ¡Oh
vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh
vida que no se vive! ¡Oh qué sola
soledad! ¡Qué sin remedio! Pues
cuándo, Señor, cuándo, hasta cuán-
do? Qué haré, bien mío, qué haré?
Por ventura desearé no desearos?
¡Oh mi Dios y mi Criador! Que
llagáis y no ponéis la medicina;
herís y no se ve la llaga; matáis
dejando con más vida; en fin, Se-
ñor mío, hacéis lo que queréis como
poderoso. Pues un gusano tan des-
preciado, mi Dios, queréis que su-
fra estas contrariedades? Sea así,

* Cam. cap. XXXIV, n. 8 y 9.

»mi Dios, pues Vos lo queréis, que
»yo no quiero sino quereros. ¡Mas
»hay, hay. Criador mío! Que el do-
»lor grande hace quejar y decir lo
»que no tiene remedio, hasta que
»Vos queráis!... Quered, gloria mía,
»que crezca mi pena o remediadla
»del todo. ¡Oh muerte, muerte! ¡No
»sé quién te teme, pues está en ti la
»vida! ¡Mas quién no temerá, habien-
»do gastado parte della en no amar
»a su Dios! Y, pues soy esta, qué
»pido y qué deseo? Por ventura el
»castigo tan bien merecido de mis
»culpas? No lo permitáis Vos, bien
»mío, que os costó mucho mi res-
»cate.»*

* Exclam. VI.

Domingo

SOLO DIOS BASTA

Punto primero

A quien Dios le ha
dado sus riquezas, nada
le falta.

Ecclesiastes cap. VI, v. 2.

Dios es luz de todas las luces, bien de todos los bienes y felicidad de todas las felicidades. Por eso ninguna cosa, por grande y sublime que sea, si no es Dios, no debe ocupar tu ánimo, porque sólo Dios que es en sí mismo infinito y contiene la bondad y perfección de todas las cosas de una manera infinitamente más perfecta, puede llenar las aspiraciones de tu alma y completar la felicidad de tu corazón. Cualquier

cosa que no sea Dios, dice San Agustín, para mí no es dulce; y todo cuanto quiera concederme su divina largueza, si así le place a El, puede quitármelo desde luego, con tal que me deje a sí mismo.* Y es que los que han gustado los bienes y dulzuras del cielo, al punto desprecian las de la tierra, y nada que no sea el mismo Dios les satisface; porque Dios, para ellos, es la preciosa margarita que, hallada por el alma, la inclina a renunciar todo lo que no sea Dios. Así se encontraba la Santa, según ella misma se lo escribió a uno de sus confesores: «Yo le digo, »mi Padre, que ya mis holguras, a »mi parecer, no son de este mundo, »porque lo que quiero no lo tengo, y »lo que tengo no lo quiero, que es el »mal; que lo que solía holgarme con »los confesores ya no es; y ha de »ser más que confesor: menos que »cosa que sea como el alma, no »hinche su deseo».**

Así suspiraba, alma mía, el cora-

* Sup. Psalm. 26.

** Cart. al P. Domingo Bañez.

zón de Santa Teresa, mirando sólo al Sagrario para unirse con Dios, no hallando ya gusto y descanso en ninguna cosa de la tierra; porque su alma, enamorada de Jesús Sacramentado, volaba velozmente con propensión nativa hacia lo celestial y sublime para sosegar y recibir hartura en el bien infinito, fin de su alma, última perfección, centro y lugar natural de todos sus deseos. Bien dijo Santo Tomás, que todo el orbe terreno, respecto del alma humana, es como una gota de rocío, incapaz de poder llenarla;* pero Santa Teresa dice algo más cuando afirma: «Quien a Dios tiene nada le falta, porque solo Dios basta.» Así no es de extrañar que muchas veces exclamara. «Cuándo, mi Dios, ha »de estar ya toda junta mi alma en »vuestra alabanza? Aquí veo el mal »que nos causó el pecado, pues así »nos sujetó a no hacer lo que que- »remos de estar siempre ocupados »en Dios». **

* Opusc. 38. cap. 9.

** Vid. cap. XVII, n. 5.

El que tiene a Dios, alma mía, lo tiene todo, mientras que nada tiene el que no tiene a Dios, por más que posea todas las abundancias de este mundo. Si me dieras todas las cosas que has criado, le decía San Agustín a Dios, de nada me serviría ni causaría hartura en mi alma, si tú mismo no te dabas a tu siervo,* porque de qué sirven las riquezas, las dignidades y los honores para causar regalo y hartura en un alma que ha llegado a sentir el gusto de Dios, si éste se le ausenta y no le goza? de nada por cierto, porque, de la misma manera que el ave que está presa en jaula muy dorada, siempre suspira por salir y volar a lo alto, sin que mitigue su apetito la preciosidad y riqueza de su encierre, así también el alma del justo, aunque la circunden todas las delicias y abundancias de la tierra, no por eso deja de gemir y suspirar por Dios a quien ama y adora.

Porque, así como el alma es la vida del cuerpo, Dios es la vida del alma, y de la misma manera que el

* In manual. cap. 3.

cuerpo no puede vivir sin en alma,
el alma no puede vivir sin Dios. Por
eso la Santa exclamaba: «¡Oh vida,
»vida! cómo puedes sustentarte es-
»tando ausente de tu vida? En tanta
»soledad, en qué te empleas? Qué
»haces, pues todas tus obras son
»imperfectas y faltas? Qué te con-
»suela, oh ánima mía, en este tem-
»pestuoso mar? Lástima tengo de mí,
»y mayor del tiempo que no viví las-
»timada. ¡Oh Señor, que vuestros
»caminos son suaves! Mas quién ca-
»minará sin temor? Temo de estar
»sin serviros y cuando os voy a ser-
»vir, no hallo cosa que me satisfaga
»para pagar algo de lo que debo.
»Parece que me quería emplear toda
»en esto y, cuando bien considero
»mi miseria, veo que no puedo hacer
»nada que sea bueno, si no me lo
»dais Vos. ¡Oh Dios mío! Misericor-
»dia mía! Qué haré para que no des-
»haga yo las grandezas que Vos ha-
»céis conmigo? Vuestras obras son
»santas, son justas, son de inestima-
»ble valor y con gran sabiduría,
»pues la misma sois Vos, Señor. Si
»en ella se ocupa mi entendimien-

»to, quéjase la voluntad, porque
»querria que nadie la estorbase a
»amaros; pues no puede el entendi-
»miento en tan grandes grandezas
»alcanzar quién es su Dios, y deséa-
»le gozar y no ve como, puesta en
»cárcel tan penosa como esta morta-
»lidad. Todo la estorba, aunque pri-
»mero fué ayudada en la considera-
»ción de vuestras grandezas a donde
»se hallan mejor las innumerables
»bajezas mías. Para qué he dicho
»esto, mi Dios? A quién me quejo?
»Quién me oye, sino Vos, Padre y
»Criador mío? Pues para entender
»Vos mi pena, qué necesidad tengo
»de hablar; pues tan claramente veo
»que estáis dentro de mí? Este es mi
»desatino. ¡Mas hay Dios mío! Cómo
»podré yo saber cierto que no estoy
»apartada de Vos? ¡Oh vida mía!
»Qué has de vivir con tan poca segu-
»ridad de cosa tan importante? Quién
»te deseará, pues la ganancia que de
»ti se puede sacar o esperar, que es
»contentar en todo a Dios, está tan
»incierta y llena de peligros».*

* Exclam. I.

Punto segundo

Jesús es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos.

Act. Apost. cap. X, v. 42.

QUÉ gozo, qué consuelo y qué regocijo no debe inundar nuestro corazón, al considerar que ese mismo Jesús, que se quedó en el Sagrario, después de haber derramado su Sangre para libertar y redimir nuestra alma, que se había hecho rea de muerte eterna por el pecado, es el que Dios ha puesto por Juez de nuestra misma alma? Qué confianza no nos debe inspirar el amor y clemencia de ese divino Juez que, no contento con haber comprado nuestra alma con la efusión de su Sangre divina, y habernos facilitado el camino del cielo, y abierto las

puertas de la gloria, nos ha dejado en el Sagrario esa misma Sangre divina para que lavemos, purifiquemos y adornemos nuestra alma a fin de que en el día de la cuenta se hallen esclarecida, refulgente y hermosa, como la de un niño?

Excede a toda inteligencia tanta misericordia, y es mejor pasar en silencio tan profundo arcano, que fiarle a la lengua humana que carece de palabras para explicar tanto amor y tanta clemencia. Lo que hemos de hacer es estudiar la manera más perfecta de disponer nuestra alma para el recibo de este soberano Juez que deja las delicias del cielo para venir-las a buscar en la fidelidad de nuestra alma, y nos aprovechemos de su compañía. «Así lo debemos hacer, »dice Santa Teresa, unas veces para »confusión nuestra y otras para con- »fianza. Porque, qué confusión es »que los que tenemos tal y tan amo- »roso Padre, tan potentísimo Rey, »tan suavísimo Esposo, tan buen »Pastor, tan rico y misericordioso »Redentor, tan eficaz y piadoso Mé- »dico, seamos tan ingratos y tan

»desaprovechados en todo? Y cuán
»grande temor pone tanta carga de
»beneficios de su parte y de la nues-
»tra tanta ingratitude y desamor? Pero
»con todo eso, grande e incompara-
»ble es la confianza que se cobra
»para parecer en juicio, y conside-
»rando que se ha de hacer delante
»de un Juez que es nuestro Padre,
»Rey, etc.»*.

Abierto el costado de Jesús por la lanza, El nos abrió, dice Santo Tomás, la puerta que franquea la entrada al Paraíso de la gloria; y la Sangre que salió de él lavó la mancha de nuestra alma, aplacó a Dios, quitó la debilidad de nuestro corazón, y los que estaban desterrados entraron en su Reino; y con esa misma Sangre divina ha formado en el Sagrario un baño universal donde pueden bañarse todos los pecadores**; pero tanta misericordia no se le oculta al «Demonio que, según la Santa, es tan soberbio, que pre-

* Súp. Pet. *Pater. Nost.*, n. 4.

** Opus. 6 subs. Simb. Apost. art. 4.

»tende entrar en las almas por las
»puertas que entra Dios, que son
»las comuniones, las confesiones y
»las oraciones, y poner ponzoña en
»lo que es medicina».* Ya que no
puede poner veneno en el mismo
Sacramento, procura ponerlo en la
misma recepción, o en las disposi-
ciones con que se recibe, para que
así, lo que es medicina y vida reci-
bido con buenas disposiciones, sea
veneno y muerte recibido de mala
manera.

«Para que se vea la misericordia
»de Dios y nuestra ingratitud y para
»que se entienda el gran bien que
»hace Dios a un alma que la dispo-
»ne para traerla a sí con voluntad,
»aunque no esté tan dispuesta como
»es menester, y como si ella perse-
»vera, por pecados y tentaciones y
»caídas de mil maneras que ponga
»el demonio, en fin tengo por cierto
»la saca el Señor a puerto de salva-
»ción. De lo que tengo experiencia
»puedo decir y es que por males que

*. Aviso, 16,